In Memoriam

Angel Floro Costa

10 de Junio de 1906

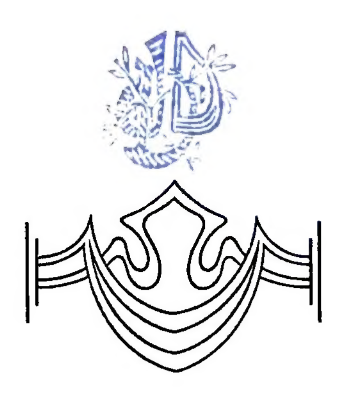


MONTEVIDEO
Tip. Uruguaya—Bs. As. 155
1906

In Memoriam

Angel Floro Costa

10 de Junio de 1906



MONTEVIDEO
Tip. Uruguaya—Bs. As. 155
1906



IN MEMORIAM

Datos biográficos—Inmensa labor intelectual—Estadista, escritor, abogado, hombre de ciencia, crítico—Medio siglo de actividades—Su actuación, sus obras y sus ideas — Homenaje pûblico.

Despachos telegráficos de la Argentina, han comunicado la triste nueva del fallecimiento ocurrido en Buenos Aires, del eminente hombre público, doctor Angel Floro Costa.

Aunque sea materialmente imposible, condensar en las estrechas columnas de una publicación diaria, la vida y la obra de un hombre de la talla del extinto, trataremos aunque de una manera suscinta, de apuntar todos los datos que se relacionen con su relevante personalidad.

Nació el doctor Costa el 18 de Agosto de 1838 en la ciudad de Montevideo, contando por lo tanto, al morir 68 años de edad.

Graduóse de doctor en jurisprudencia teniendo apenas 21 años, en el de 1860.

En 1861 obtuvo en concurso con nota de sobresaliente, la cátedra de geografía general y astronomía, de reciente creación en nuestra Universidad.

Por esa época, poco más ó menos, dió á luz su primera obra intitulada *Divagaciones Filosóficas y Literarias*, en la que ya dejaba entrever su futura personalidad de estilista y su talentosa intelectualidad.

Durante la Cruzada Libertadora, el doctor Costa emigró á la Argentina donde abrió su estudio con notable éxito.—Fué entonces miembro fundador de la Sociedad Científica Argentina y miembro activo de la Paleontológica, de que era presidente el sabio naturalista alemán doctor Burmeister.

Fué entonces también nombrado asesor honorario del Consejo Nacional de Higiene, puesto que desempeñó tres años, gratuitamente, mereciendo honrosísimas notas de ese Cuerpo, por los importantes servicios prestados.

Con los seudónimos de *Aristarco, Numa Pompilio* y otros, produjo estudios notables sobre las distintas crísis financieras produci-

das en la República Argentina en un espacio de veinte años, de 1865 hasta 1885.

Estos estudios le valieron los más conceptuosos elogios de las primeras personalidades intelectuales argentinas de aquella época.

Entre esos estudios merecen mencionarse, sobre todo, los titulados: *El Banco de la Provincia decapitado por el Banco Nacional* (1874), y *Defensa de las instituciones de crédito de la provincia de Buenos Aires* (1875).

A pesar de su calidad de extranjero, fué electo miembro de la Municipalidad de Buenos Aires, y candidato á su presidencia.

Sintiéndose enfermo, regresó á su patria en 1878 donde permaneció sólo nueve meses debido á las persecuciones de que fué objeto por parte del gobierno del coronel Latorre.

En esa época publicó su folleto *Panfletos contra puñales,* cuyas ediciones se agotaron inmediatamente, así como su gran obra *Nirvana,* de inmensa resonancia, y de la cual se ocuparon extensamente las primeras intelectualidades de ambas orillas del Plata.

Abandonado el gobierno por el coronel Latorre, nuevamente retorna á su patria el doctor Costa, nombrándole el entonces Ministro de Gobierno, doctor Mateo Magariños Cervantes, Fiscal de Hacienda de Estado, puesto que desempeñaba con anterioridad.

Surgida la preponderancia del general Máximo Santos, que tanto había fustigado el doctor Costa, y aprovechando la debilidad del entonces gobernante doctor Francisco A. Vidal, hizo firmar á éste un decreto destituyendo al doctor Costa, declarándosele *traidor á la patria.*

Tal arbitraria resolución fué tomada en virtud de un artículo publicado por éste en *El Siglo,* motivado por un brindis del doctor Dardo Rocha, gobernador entonces de la Provincia de Buenos Aires.

A raíz de esta exoneración, entregóse el doctor Costa de lleno á las tareas periodísticas, — emprendiendo una verdadera campaña redentora en pro de la Administración Pública de su patria.

Y aquí aparece el eminente escritor luciendo una nueva fase de su fecunda y vigorosa intelectualidad. Esgrimiendo el arma de Menipo, dió á luz sus famosas «Excelsior» y «Ecos del partido colorado», publicaciones dignas de las áticas plumas de Larra ó Beaumarchais. — Sus notables *Menipeas,* conmovieron y agitaron hondamente al ambiente de Montevideo, y en la prensa y en los salones y en todas partes, en fin, sus hermosas sátiras fueron el tema obligado de propios y extraños.

Firme en su ruta, el doctor Angel Floro Costa continuó valientemente la campaña comenzada. — Fué entonces cuando Santos decretó su prisión, sumiéndosele en las lóbregueces de una de las abominables mazmorras del tristemente célebre 5.° de Cazadores, donde fué sometido á vejámes é insultos de toda clase, no siendo fusilado debido á los conjuntos esfuerzos de los diplomáticos brasileño y argentino, doctor Ponte Ribeiro y doctor Benjamín Victorica.

Decir si los esfuerzos del doctor Angel Floro Costa y su le-

vantada campaña fueron ó no comprendidos y compensados por los hombres de su época, tarea es esta que corresponde á mayor espacio y á trabajos de otra índole que el presente bosquejo; — pero aunque no emitamos juicio en este sentido, es indudable que la altívica prédica del doctor Angel Floro Costa ejerció poderosa influencia y ayudó eficazmente la caída del general Santos. — En cuanto á su estilo, él influyó de una manera visible en la prensa y en la literatura patria. — Fundador primero de *La Defensa* y después de *El Progreso*, sostuvo á diario polémicas ardientes y brillantes sobre cuestiones políticas, religiosas y financieras, llegando bien pronto á gozar de sólida é inmensa fama de humorista original, conquistando el puesto de primer escritor satírico de su país. — Y realmente, tal le consagraron la fama de sus producciones, donde campeaba, ya la sátira festiva de Horacio ó la elevada de Persio y Juvenal, ya el ingenio y gracia de Quevedo y Moratín (hijo), ya la energía y grandeza de Jovellanos.

Como epigramático hubiera sido un Cátulo ó un Marcial, un Baltazar de Alcázar ó un Iriarte. — Parodiando la frase de Quintiliano él hubiera podido exclamar: *satira tota nostra est!*

No nos detendremos, por no disponer de espacio, á considerar más extensamente esta fase del múltiple talento del ilustre muerto. — Con las producciones del género aludido y otras de índole diversas con que deleitó é instruyó el doctor Costa á sus contemporáneos, habría para llenar muchas, pero muchas, columnas de diario.

Como senador por el departamento de Florida, su voz resonó en el Parlamento uruguayo tratando y abordando con clarovidencia y verdadera competencia científica, los más arduos problemas de la industria y del comercio, de la política ó de las finanzas.— Que la multiplicidad de su poderoso intelecto y su inmenso y valioso caudal de ilustración así se lo permitían.

En su puesto de senador vino á confirmar su fama de orador de alta talla, fama á que se había hecho acreedor, sobre todo, desde su célebre oración fúnebre pronunciada el 2 de Febrero de 1884, al pié del monumento de los Mártires de Quinteros; pieza retórica que por su fondo filosófico, histórico y político, recuerda una producción de Bossuet ó de Massillon, ó una de las famosas oraciones de Vicente Vela.

Los discursos que entonces pronunció replicando al Ministro de Hacienda doctor Carlos María Ramírez sobre la *Deuda Pública* y otro sobre la *Hacienda Pública*, están compilados en extensos volúmenes. —Su libro sobre este último tema, en el que trata sobre su organización definitiva, contiene importantísimos é interesantes proyectos, como el *Proyecto sobre régimen bancario del Uruguay*; *Proyecto y Anexos del Catastro Geométrico y Parcelario de la República O. del Uruguay*; *Proyecto sobre deuda flotante*; *Discurso fundando el proyecto de ley sobre sericicultura*; *Discurso fundando el proyecto sobre estudios previos para hacer el puerto de Montevideo*; *Proyectos sobre Montepío y acuñación de Monedas anexos al*

régimen Bancario, etc. — Este libro así como los planos importantísimos que contiene, entre ellos el de la red Geodésica del Uruguay y otros que sirven de base á su proyecto de catastro geométrico y Parcelario, fué mandado imprimir oficialmente por la Honorable Cámara de Senadores, como justo tributo ú homenaje á su importancia y á la inmensa laboriosidad que tal obra representa.

Fué autor de la *Carta Orgánica* del Banco de la República O. del Uruguay, así como de sus *Estatutos.*

Los *Anales* del foro uruguayo se enriquecieron también con las concienzudas producciones del talentoso é infatigable publicista. — Su *Drama judicial* es un alegato que consta de más de doscientas páginas, así como su *Código de organización de la administración de justicia*, por el que se crea la *Alta Corte*, confeccionado por encargo oficial, dan una idea acabada de la pluralidad de su talento al par que de sus fecundos conocimientos en materia jurídica y de su capacidad indiscutible de concienzudo codificador. — El discurso fundando dicho proyecto de Código, constituye una notable pieza de inmensa erudición, digna del más preferente y meditado estudio.

También en las ciencias naturales ha descollado este fecundo publicista. — Entre sus publicaciones de este género es digna de notarse la intitulada *Exploración geológica del Uruguay.* También escribió sobre la *Canalización del Estuario del Plata*, de cuya empresa fué representante y director, así como de la *Canalización de la Pampa Central*, cuya empresa también patrocinó. — Sobre todo, se destacó en estas últimas cuestiones, en lo que se relaciona con la canalización del estuario del Plata. — A este respecto, su archivo es valiosísimo y bien conocida es su gestión ante el gobierno argentino, para el pago de una deuda reconocida por gobiernos anteriores del vecino país, y relativa al aprovechamiento de sus estudios y trabajos hechos en el famoso *Canal de las limetas*, — causa por la cual se encontraba accidentalmente en la capital bonaerense donde tan de improviso le ha sorprendido la muerte. — Diputado varias veces, fué elegido el año 1901 por el departamento del Salto, en completa oposición con el elemento que obedecía al presidente Cuestas. Por ese tiempo residía en Buenos Aires, á donde se había retirado á raíz de los sucesos del 98, y donde había abierto su estudio de abogado.

Fué ardiente defensor de la candidatura del actual presidente Batlle y Ordóñez y uno de sus más acérrimos propagandistas y defensores. — Reelecto diputado por Montevideo el año 1904, acaba de fallecer ocupando este puesto en la Cámara de Representantes.

Siempre fué el doctor Angel Floro Costa amigo de los elementos jóvenes, á quienes trataba con benevolencia y tono paternal.

Sus últimas *Menipeas*, vinieron á confirmar una vez más si cabe, su nombre y fama de escritor, dentro y fuera del territorio de su patria.

Era autor, además, de una importante ley de Premios al ejército

constitucional; y su discurso sobre Organización del Ministerio es una magnífica obra. Por último, había publicado hace muy poco, los hermosos rasgos biográficos del doctor Juan Carlos Gómez, con motivo de la repatriación de los restos de este ilustre hombre público.

El doctor Angel Floro Costa era Catedrático fundador del aula de Geografía y Astronomía de la Universidad de Montevideo. — Miembro de la Sociedad Científica Argentina y de la Sociedad Paleontológica de Buenos Aires. — Miembro correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid. — Miembro honorario de la Asociación de escritores y artistas Españoles. — Miembro correspondiente del Centro de Artes Decorativas de Barcelona. — Miembro correspondiente de la Unión Internacional de Derecho y Economía Política Comparada de Berlín, etc.

El doctor Angel Floro Costa, pertenecía á esa ilustre generación de la cual era uno de sus representantes más preclaros; de esa generación que va desapareciendo, esbozándose, formando el glorioso pretérito, el archivo glorioso de nuestra historia patria.

Su plateada cabeza, ha caído vencida por la dura é inexorable ley de la Naturaleza! — Con él pierde la patria una de sus más vigorosas intelectualidades y la sociedad uno de sus miembros más conspícuos, — pues sus vinculaciones sociales en ambas orillas del Plata, eran vastísimas y selectas.

Ha muerto el doctar Costa, cuando mucho se esperaba aún de su inagotable venero creador; cuando mucho se esperaba aun del importante cargo diplomático que el gobierno le iba á confiar; y ha muerto en la gran capital de sus íntimas y amistosas afecciones. Con él ha desaparecido como diría Piquet, *el más aristotélico de nuestros publicistas contemporáneos!*

La Prensa.

El doctor Angel F. Costa

Las exequias fúnebres—Traslación de sus restos—Honores decretados—Demostraciones de duelo.

El inesperado fallecimiento del doctor Angel Floro Costa ocurrido anteayer en Buenos Aires, da mérito en estos momentos á generales demostraciones de duelo por la pérdida del eminente hombre público. En esta crónica hallarán los lectores todas las noticias que se relacionan con el luctuoso suceso.

La traslación de los restos—Cambio de telegramas

Habiéndose encomendado al Cónsul General en la Argentina los trámites para la traslación del cadáver, aquel envió al Presidente de la Cámara el siguiente telegrama:

Buenos Aires, Junio 11 de 1906.—Al doctor Antonio M. Rodríguez, Presidente de la Cámara de Diputados.—Recibí telegrama y acepto honrosa comisión. De acuerdo con familia doctor Costa consideramos imposible llevar hoy el cadáver. Esta noche será velado en el Club Oriental, ofrecido con ese objeto por Comisión Directiva. Aún no aceptado ese homenaje patriótico, faltaría tiempo para embarcarse hoy. Cadáver ha sido embalsamado.

Saldremos mañana vapor de la carrera. Agradeceremos avise si viene hoy alguna Comisión de la Cámara.—Salúdalo.—*Antonio Bachini.*

El doctor Rodríguez remitió á su vez el siguiente despacho:

Montevideo, Junio 11 de 1906.—A señor Antonio Bachini, Cónsul General en la Argentina.—Club Oriental.—Recibí telegrama. Cámara no resolvió enviar Comisión por creer que hoy podrían embarcarse ahí. Esperamos restos pasado mañana, según sus telegramas. Honores públicos resueltos. Velaráse cadáver en el Cuerpo Legislativo. Agradecemos su aceptación.—*Antonio M. Rodríguez,* presidente de la Cámara.

En el Comité Ejecutivo Colorado

Con asistencia de los señores Antonio M. Rodríguez, Enciso, Guillot, Manini, Arena, Sosa, Brito, Stirling, Areco y Blengio Roca, se reunió ayer de tarde el Comité Ejecutivo Colorado.

Como demostración de duelo por la muerte del doctor Angel Floro Costa, que era uno de los miembros de la Corporación, se acordó aplazar la orden del día para la próxima reunión.

Después se trató la forma de adherirse al homenaje que se proyecta tributar á ese ciudadano, acordándose:

1.° Designar al doctor Manuel B. Otero para que hable en nombre del Comité al inhumarse los restos.

2.° Dirigir una nota de pésame á la señora viuda.
3.° Colocar la bandera á media asta en el local del Comité.
4.° Designar una comisión para recibir y acompañar los restos, formada por los señores Manuel B. Otero, Alvaro Guillot, Manuel Stirling, Ventura Enciso, Juan Blengio Roca, Julio María Sosa, Laureano B. Brito y Juan J. Amézaga.
5.° Publicar una invitación á todos los colorados para que concurran al entierro.

Invitación á los colorados

He aquí la invitación que el Comité Ejecutivo Colorado dirije á sus correligionarios:

«El Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado, invita á todos sus correligionarios para asistir al acto de la inhumación de los restos del eminente ciudadano doctor don Angel Floro Costa, cuya descollante actuación partidaria lo hace acreedor al más digno homenaje de nuestra comunidad política. – Montevideo, Junio 12 de 1906. —*Antonio M. Rodríguez*, presidente; *Pedro Manini Ríos, Julio María Sosa, Samuel Blixén*, secretarios.

En la Universidad

Antes de levantarse la sesión del Consejo Universitario, el decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Carlos M. de Pena, hizo moción, que fué aceptada, para que se pasara á la familia del doctor Angel Floro Costa una expresiva carta de pésame, invocando los títulos del doctor Costa, como fundador de la Cátedra de Geografía General y como publicista eminente.

Ya antes de ese momento, la Universidad se había asociado al duelo, suspendiendo las clases de Geografía y de Literatura.

También anunciaron á sus discípulos los catedráticos del aula de Economía Política, doctores Pena y Acevedo, que en honor del ilustre publicista el primero de esos señores pronunciaría algunas palabras en las clases de hoy.

Los honores militares

El gobierno ha resuelto que mañana á las 9 a. m., un batallón de infantería concurra al muelle de la Capitanía, para custodiar y rendir honores hasta el edificio del Cuerpo Legislativo á los restos que llegarán en el vapor *Eolo*.

En el entierro los honores serán rendidos por una sección de artillería al mando del capitán Lagomarsino, y los batallones 2.°, 4.° y 5.° de infantería, mandando la línea el jefe del Estado Mayor, coronel Bazzano.

El entierro

Se ha resuelto, en vista de las noticias que en esta sección aparecen y trasmitidas desde Buenos Aíres, que la ceremonia del entierro del doctor Costa, con los honores militares correspondientes, tenga lugar el jueves próximo, á las 10 de la mañana.

Durante el día y la noche del miercoles serán velados sus restos en las antesalas del Senado, donde se preparará la capilla ardiente.

Del doctor Bernardo García

Acabamos de recibir la siguiente tarjeta:

Muy estimado amigo doctor Arena:—Para el caso en que figuren los nombres de los Diputados que concurrieron á la sesión de hoy en la crónica respectiva de su diario, le pido haga constar que mi ausencia á dicha sesión fué motivada por un compromiso profesional contraido con anterioridad, del cual no pude desocuparme hasta hora múy avanzada de la tarde.

A no ser esa circunstancia hubiera concurrido con mucho gusto á la sesión, y con mi voto á sancionar honores merecidos á la memoria del talentoso doctor Costa, porque ante la muerte, desaparecen las disidencias personales y políticas, para dar paso al respeto que me merecen los grandes ciudadanos. — Suyo siempre affmo. — *Bernardo García.*—11/1906.

Ultimas noticias

La Agencia Havas, trasmite á última hora el siguiente despacho:

Buenos Aires, 12 — Todo el día de ayer la casa de Angel Floro Costa, se vió concurridísima.

Anoche el cadáver fué trasladado al Club Oriental, velándose en sencilla pero severa capilla ardiente.

El ataud está rodeado de varias coronas hermosas de flores naturales.

Esta tarde se embarcarán los restos á bordo del vapor *Eolo*.

Al ser sacado del Club Oriental, hablará el doctor Juan A. Golfarini.

Anoche velaron el cadáver el Encargado de Negocios del Uruguay, el Consul General del mismo país y numerosos y distinguidos miembros de la colonia uruguaya y argentinos.

(El Día, Junio 12.)

Por el doctor Costa

Los homenajes en Buenos Aires — Ceremonias — La traslación de los restos — El «Eolo» en el puerto — Los honores en Montevideo.

A la hora de cerrar nuestro diario empiezan en nuestra ciudad á exteriorizarse las demostraciones de duelo por la sensible muerte del doctor Angel Floro Costa. En el *Eolo*, fondeado en este puerto desde esta mañana, han llegado los restos del eminente hombre público, conducidos por una comisión de compatriotas y caballeros argentinos, cuya nómina anticiparon los telegramas que van publicados en esta misma sección. Además de las comisiones oficiales designadas para hacerse cargo y acompañar el cadáver del extinto hasta el recinto legislativo, una gran concurrencia asiste á la demostración.

El batallón 3.° de Cazadores al mando del coronel Villardino está formado frente á la Capitanía para rendir los honores decretados por el Ejecutivo, hasta la llegada del féretro al Cuerpo Legislativo. La columna, una vez producido el desembarco y hecho cargo del cadáver la Comisión Legislativa, recorrerá las calles Colón y 25 de Mayo hasta Juan Carlos Gómez.

He aquí ahora las noticias que pueden adelantarse sobre las ceremonias realizadas en Buenos Aires y las que tendrán lugar en Montevideo.

Los telegramas que van enseguida, recibidos de Buenos Aires, dan cuenta de las ceremonias allí realizadas con motivo del fallecimiento del doctor Costa.

En el Club Oriental

Buenos Aires, 12. — En el Club Oriental se hallaban para acompañar los restos del doctor Angel Floro Costa, hasta el *Eolo*, entre otros, los siguientes señores:

Ingeniero Morales, doctor Juan A. Golfarini, Lamadrid, Terra, diputado Pera, Obispo Romero, Abdón Aróstegny.

El comandante García, representaba al Presidente de la República.

Antes de salir el féretro, Monseñor Romero ofició un responso, y el doctor Golfarini pronunció un discurso en el que dijo que el extinto era un digno representante de una generación brillantísima.

Traslación de los restos

Buenos Aires, 12 — Después del discurso pronunciado por el doctor Golfarini en el Club Oriental se transportó el féretro con los

restos del doctor Costa á una carroza que lo trasladó hasta el *Eolo*.

Llevaban los cordones y presidían el duelo un hermano del extinto, doctor Jaime Costa, su hijo político señor Carril, Secretario del Consulado del Uruguay, señor Barboza Terra, Ingeniero señor Morales, doctor Ernesto Frías y comandante García.

Seguía numerosa concurrencia de orientales y personalidades argentinas.

A las 4 y 40 llegó el cadáver y en tierra hablaron el señor Pérez Gomar á nombre del Gobierno Oriental y el señor Urien, como amigo.

Luego se trasladó el cadáver á la capilla ardiente levantada en el centro del *Eolo*.

Lo acompañan hasta Montevideo su hijo político y esposa, hija del extinto, señora Martha Costa de Carril, su hijo Ramón Costa, su sobrino Raymond, señoritas de Escola y su apoderado señor Pelletán.

En representación del Club Oriental lo acompañan los señores Silva, Bastos, Maciel y Ernesto Frías.

Mañana parte otro miembro del Club, el señor Esteban Lamadrid.

Numerosas coronas y flores naturales rodeaban el féretro, entre ellas se destacaba una hermosa palma de bronce enviada por la Legación y Consulado Uruguayos.

La capilla ardiente

Como ya hemos dicho, los restos del extinto legislador serán velados en la antesala de la Cámara de Senadores, que es á la vez de la Asamblea General.

En dicho local se ha instalado por la casa Donelly y C.ª, encargada también del servicio fúnebre, la capilla ardiente, la que ha sido severa y sencillamente adornada con profusión de grandes candelabros de plata, crespones, alfombras y cortinados.

Los retratos de los constituyentes que figuran en aquella sala constituirán el más significativo homenaje hacia los restos del talentoso ciudadano.

El Club «Vida Nueva»

Anoche se reunió la Comisión Directiva de este centro político, resolviendo por unanimidad designar al doctor Joaquín de Salterain para que lleve la palabra en representación del Club « Vida Nueva », en el acto de la inhumación de los restos del doctor Costa. Así mismo resolvió por unanimidad invitar á sus asociados, según los términos del siguiente aviso:

Club « Vida Nueva ». — Habiendo la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva », resuelto adherirse á las manifestaciones de pública condolencia por el fallecimiento del distinguido correligionario y emi-

nente publicista, doctor Angel Floro Costa, invita á sus asociados á concurrir á la ceremonia de la inhumación de sus restos, que se verificará mañana á las 10 a. m. — Montevideo, Julio 13 de 1906. — *Alberto Zorrilla*, presidente; *Sebastián Puppo, Oscar Ferrando y Olaondo, Juan José Amézaga*, secretarios.

Centro Colorado de la 15.ª Sección

La Comisión Directiva del Centro Colorado y Escuela Ciudadana de la 15.ª sección, invita á sus afiliados y á sus correligionarios en general, á asistir al sepelio del ilustre ciudadano, doctor Angel Floro Costa, fallecido recientemente en la vecina ciudad de Buenos Aires.

El extinto, meritorio ciudadano y empeñoso paladin de la causa colorada, era un justo orgullo de los orientales, pues su cerebro portentoso había alcanzado á avasallar todas las ramas del saber humano.

Esta Comisión espera que todos los afiliados á este centro concurran á hacer acto de presencia en el sepelio, pagando de este modo el último tributo á los despojos del ilustre muerto.—Salvador, Tajes, presidente honorario; Enrique Kiefer, presidente titular; Ricardo Janicelli, vicepresidente; Luis J. Salvo, tesorero; José B. Sanguinetti, subtesorero; Domingo Miliapache, inspector vocal; vocales: Alfredo Cordero, Félix Saenz, Francisco Beyra; Agustin J. Cortez, Juan P. Martínez, secretarios.

Adhesión del Ateneo

En sesión de ayer la Comisión Directiva del Ateneo resolvió adherirse al duelo por la muerte del doctor Angel Floro Costa, enviando una nota de pésame á la familia del extinto.

Desde Chile

El doctor Enrique Piccione, director de *El Pensamiento Latino*, de Santiago de Chile, ha dirigido al señor Raúl Montero Bustamante, el siguiente despacho telegráfico, á fin de que dicho joven lo represente en las exequias del doctor Costa:

« Santiago de Chile, Junio 12 de 1906.—A Raúl Montero Bustamante.—Montevideo.—Manifestando mi profunda condolencia por sensible fallecimiento del ilustre doctor Angel Floro Costa, ruégole se sirva representar á *Pensamiento Latino*, en los solemnes funerales.—*Enrique Piccione*. »

(El Día, Junio 13.)

Las honras fúnebres—El cadáver en Montevideo—La demostración de hoy.

Un desfile ininterrumpido á la capilla ardiente instalada en el recinto legislativo, demuestra la impresión que ha causado en Montevideo la muerte del talentoso hombre público don Angel Floro Costa.

En los álbums, telegramas y tarjetas aparecen los nombres de las más distinguidas personalidades del foro, de la ciencia, y de la política. A la hora de empezar á circular nuestro diario un inmenso cortejo acompaña los restos hasta la Necrópolis.

Contínuamos nuestra crónica interrumpida ayer en el momento de desembarcar el féretro del vapor *Eolo* que lo condujo desde Buenos Aires.

Hácia el Cuerpo Legislativo

La comisión de legisladores se hizo cargo del cadáver, que fué depositado en la carroza de gala, tomando los cordones los señores ministro de gobierno doctor Claudio Williman, ministro de la guerra general Vazquez, diputados doctor Antonio M. Rodríguez, Pedro Manini Ríos, doctor Carlos Onetto y Viana, doctor Germán Roosen y doctor Ernesto Frías.

El batallón 3.° de cazadores rindió los honores militares y mezclado á un numerosísimo público, siguió hasta el recinto legislativo, donde el cadáver del doctor Casta fué depositado en la capilla ardiente preparada en las antesalas del Senado.

En la capilla ardiente

Está formada con sencillez. En su parte superior, al frente, se destaca en letras de oro la inscripción: Doctor Angel Floro Costa. El féretro fué colocado sobre el túmulo y cubierto con la bandera nacional.

Durante todo el día y parte de la noche han desfilado por la capilla infinidad de personas que dejaban sus firmas en los álbums expresamente colocados á la entrada.

A la familia del extinto la presidencia de la Cámara de Senadores le destinó especialmente la sala de reunión de comisiones, contigua á la capilla ardiente.

La guardia de honor

Durante todo el día prestó la guardia de honor en la capilla una compañía del batallón 3.° de cazadores al mando del capitan Amarano Mattos, tenientes Benito Díaz y Francisco Becta y subteniente Justino Olivera.

Esta guardia fué relevada esta mañana á las 7 por la compañía

de cadetes de la Academia General Militar que continuará prestando los honores hasta el momento del entierro.

Representación del Ejecutivo

En la ceremonia del sepelio representará al Poder Ejecutivo el ministro de Gobierno, doctor Williman.

Pésame del Presidente

El doctor Jacobo Varela Acevedo presentó ayer, en nombre del señor Presidente de la República, su pésame á la familia del doctor Costa, lamentándose de tan irreparable pérdida.

Los honores militares

Según se ha dicho, los honores militares están á cargo de los batallones 1.º, 3.º, 4.º y 5.º de cazadores, que comandan respectivamente los coroneles Leonardo Arias, Pedrc Villardino, teniente coronel Manuel Dubra y coronel Guillermo West, y una sección del Regimiento de Artillería al mando del capitan Lagomarsino.

Mandará lá línea el jefe del Estado Mayor, coronel Bazzano.

Los oradores

Como acto de deferencia hácia la delegación del Club Oriental, que ha venido acompañando los restos, se ha dispuesto que hable primero en el cementerio el doctor Ernesto Frías, que lo hará en nombre de aquél. Inmediatamente despues pronunciarán su discurso, en representación de la Cámara, el doctor Antonio María Rodríguez, á quien seguirá en el uso de la palabra el doctor Manuel Otero, en nombre del Comité Departamental Colorado; doctor Joaquín Salterain por el Club Vida Nueva y el señor Raúl Montero Bustamante representando al *Pensamiento Latino,* órgano de la prensa de Santiago de Chile.

Homenaje de la familia Mitre

Los deudos del general Bartolomé Mitre, telegrafiaron ayer al corresponsal de *La Nación* en ésta, señor Enrique Lemos, para que los represente en el entierro y coloque á nombre de ellos una corona en la tumba del doctor Costa, por quien el fallecido patricio argentino demostró siempre gran afecto.

La delegación del Club Oriental

Los señores doctor Ernesto Frías, Antonio Bachini, Manuel Silva y Bastos, Francisco A. Maciel y Esteban Lamadrid, que han ve-

nido acompañando el cadáver, lo han hecho como delegados del Club Oriental de Buenos Aires.

Se ha acordado que el alojamiento de esa Comisión en el Grand Hotel Lanata corra por cuenta del Parlamento.

La calle Angel Floro Costa

En su sesión de ayer, y de acuerdo con el pedido del Cuerpo Legislativo, la Municipalidad resolvió dar el nombre de Angel Floro Costa á la calle Pastor, en la Aguada.

(El Día, Junio 14.)

Cuerpo Legislativo

Cámara de Representantes — 36.ª Sesión Ordinaria — 11 de Junio de 1906 — Preside el doctor don Antonio María Rodríguez.

Entran al salón de sesiones, á las 2 y 55, los señores Representantes: Rivas, Cortinas, Roxlo, Ponce de León (don Vicente), Casaravilla Vidal, Devincenzi, Sosa, Quintana (don Alberto S.), Olivera (don Félix A.), Muró, Freire (don Tulio), Pelayo, Saldaña, García (don Luis Ignacio), Lezama, Stirling, Semblat, Travieso, Sudriers, Enciso, Castro, Onето y Viana, Iglesias Canstatt, Quintana (don Julián), Massera, Areco, Fleurquin, Magariños Veira, Samacoitz, Accinelli, Manini Ríos, Pérez Olave, Vidal (don Blas), Rodríguez Larreta, Terra, Rodríguez (don Gregorio L.), Canessa, Brito, Otero, Berro, Ferrando y Olaondo, Canfield, Tiscornia, Borrás, Lenzi, Cabral, Ramón Guerra, y Guillot; faltando con aviso los señores: Olivera (don Lauro A.), Lacoste, Mora Magariños, Fernández, Vidal (don Alfredo), Viera, Navarrete, Paullier, Freire (don Román), Arena, Carvalho Lerena, Icasuriaga, y Martínez; con licencia, los señores: Barbaroux y Albín; y sin aviso, los señores: Suárez, Vásquez Acevedo, García (don Bernardo), Ponce de León (don Luis), Borro, Lussich, De Herrera, y Roosen.

Señor Presidente—La Mesa cumple con el penoso deber de comunicar á la Honorable Cámara el sensible fallecimiento de nuestro eminente colega, el doctor don Angel Floro Costa, representante por Montevideo, ocurrido ayer en la ciudad de Buenos Aires.

El objeto de la citación para la sesión presente, ha sido el de habilitar á la Honorable Cámara para adoptar las medidas que estime convenientes con motivo de este penoso acontecimiento.

Ruego, pues, á la Honorable Cámara quiera resolver si está dispuesta á celebrar sesión con el objeto indicado.—(Apoyados).

—Si no se hace uso de la palabra, se va á votar.

Si la Honorable Cámara resuelve celebrar sesión.

Los señores por la afirmativa, en pie. — (Afirmativa).

—Está abierta la sesión.

—Va á darse cuenta de dos proyectos de ley que han sido entregados á la Mesa con motivo de este mismo asunto.

(Se lee lo siguiente:)

« El Senado y Cámara de Representantes, etc., decretan:

Artículo 1.° El Poder Ejecutivo dispondrá que se tributen honores de Ministro de Estado al eminente ciudadano doctor don Angel Floro Costa.

Art. 2.° Las exequias serán costeadas por el Tesoro Nacional.

Art. 3.° El cadáver será velado en el recinto del Cuerpo Legislativo.

Art. 4.° Comuníquese, etc.

Montevideo, 11 de Junio de 1906.

Julio M.ª Sosa — Carlos Oneto y Viana — Antonio M.ª Rodríguez — Carlos de Castro (hijo) — *Julio Muró* (hijo). »

« El Senado y Cámara de Representantes, etc., etc.

DECRETAN:

Artículo 1.° Concédese por gracia especial á doña Enriqueta Latorre de Costa, viuda del doctor don Angel Floro Costa y á sus hijas solteras, una pensión anual é inembargable de dos mil cuatrocientos pesos, debiendo aquellas renunciar á todo derecho que pueda corresponderles por la Ley General de Jubilaciones.

Art. 2.° Comuníquese, etc.

Montevideo, 11 de Junio de 1906.

Carlos Oneto y Viana — Jnlio Muró (hijo) *Carlos de Castro* (hijo) — *Antonio M. Rodríguez — Julio M. Sosa.* »

Señor Areco — Me parece, señor Presidente, que antes de entrar á considerar estos proyectos, lo que corresponde, desde luego, es que la Honorable Cámara se ponga de pie en homenaje al colega que acaba de fallecer. — (Apoyados).

Señor Presidente — Habiendo sido apoyada la moción del señor diputado Areco, está en discusión.

Si no se hace uso de la palabra, se va á votar.

Si se aprueba la moción precedente. — (Afirmativa).

—Invito á á la Honorable Cámara á que se ponga de pie, en

señal de duelo con motivo del fallecimiento del representante por Montevideo, doctor don Angel Floro Costa.

(Se ponen de pie todos los señores diputados).

Señor Areco — Corresponde también que, sin perjuicio de la sanción que se dé á los proyectos de que se acaba de dar lectura por la Mesa, que en las exequias del doctor Costa haga uso de la palabra el Presidente de la Honorable Cámara — en nombre de la misma — y que se pase una nota de pésame á la familia. — (Apoyados).

Señor Presidente — Habiendo sido apoyada la moción del señor diputado Areco, está en discusión.

Señor Pelayo — Con el propósito de honrar, de manera más notoria, la memoria del esclarecido ciudadano, — cuya pérdida deploramos intensamente en este momento — voy á permitirme proponer una ampliación á la última moción formulada por el señor diputado Areco, y es la siguiente:

Que se dé el nombre del Doctor Angel Floro Costa, á una de las calles adyacentes al futuro Palacio Legislativo...—(Apoyados).

—... ya que la brillante y poderosa intelectualidad de aquel esclarecido ciudadano se destacó principalmente en las luchas del Parlamento Nacional. — (Muy bien... — Apoyados).

Señor Presidente — Habiendo sido apoyada la moción del señor diputado Pelayo, está en discusión conjuntamente con la del señor diputado Areco.

Si no se hace uso de la palabra, se votarán por su orden estas mociones.

Si se aprueba la moción del señor diputado Areco.

Los señores por la afirmativa, en pie. — (Afirmativa).

— Entiendo que la indicación del señor diputado Pelayo es para que se dirija una nota á la Municipalidad...

Señor Pelayo — Sí señor: en la forma que se ha hecho en casos análogos.

Señor Presidente .. — expresando la complacencia con que la Honorable Cámara vería que la Municipalidad de Montevideo designara á una de las calles adyacentes al Palacio Legislativo con el nombre del Doctor Angel Floro Costa.

Los señores por la afirmativa, en pie. — (Afirmativa).

—Presumo que la Honorable Cámara habrá prestado su conformidad tácita para que los proyectos leídos se traten sobre tablas.— (Apoyados).

—En ese concepto, sírvase el señor Secretario dar lectura.

(Se lee el referente á los honores que deben tributarse al doctor don Angel Floro Costa).

—En discusión general.

Si no se hace uso de la palabra, se va á votar.

Si se pasa á la discusión particular.

Los señores por la afirmativa, en pie. — (Afirmativa).

(Se lee el artículo 1.º).

—En discusión.

El señor Secretario me sugiere una corrección de forma, que tal vez correspondería intercalar en el artículo 1.º. Donde dice: « *que se tributen honores de Ministro de Estado al eminente ciudadano doctor don Angel Floro Costa* », poner: *al cadáver del eminente ciudadano doctor don Angel Floro Costa.*

Señor Sosa — Pero ya el artículo 1.º lo establece...

(Se vuelve á leer el artículo 1.º).

Señor Radriguez (don Gregorio L.) — *A los restos del eminente ciudadano.*

Señor Presidente — Perfectamente.

Se va á votar este artículo en la forma indicada.

Los señores por la afirmativa en pie. — (Afirmativa).

(Se lee el artículo 2.º).

—En discusión.

Si no se observa, se votará.

Si se aprueba este artículo.

Los señores por la afirmativa, en pie. — (Afirmativa).

(Se lee el artículo 3.º).

Señor Oneto y Viana — Debería ponerse — *en el recinto de la Cámara de Representantes.* — (Apoyados).

Señor Sosa — Si se pone — *en el recinto de la Cámara de Representantes,* hay que anular ese artículo, porque entonces no requeriría sanción del Honorable Senado. No tendría nada que ver ese Cuerpo con las resoluciones internas de la Cámara.

Señor Presidente — La mente de los iniciadores de este proyecto es de que se convierta en capilla ardiente el salón de la Cámara de Representantes, por considerar que el recinto legislativo lo forman ambas Cámaras, pero este proyecto tiene que ir al Senado, les ha parecido á sus autores—como bien lo ha indicado el señor Sosa—que debería manifestarse que los honores se tributarían en el recinto legislativo.

Señor Vidal (don Blas) — Y además, señor presidente, porque es un honor público que debe ser concedido únicamente por ley.

Señor Presidente — Se va á votar este artículo.

Si se aprueba.

Los señores por la afirmativa, en pie. — (Afirmativa).

—El 4.º es de orden...

Señor Tiscornia — Voy á ampliar lo que dice el artículo 2.º.

En él se establece que se tributarán honores de ministro á los restos del doctor Angel Floro Costa; pero no se menciona como se ha de hacer la traslación de esos restos, desde que entiendo que están en Buenos Aires.

Si tuviera la bondad el señor Secretario de leer el artículo 2.º.

(Se lee).

Señor Tiscornia — *Trayendo los restos.*

Señor Presidente - Se comprende.

Señor Tiscornia — ¿De modo que está entendido que la traslación de los restos se hará por cuenta del Estado?...

Señor Presidente — Sí señor: es entendido que así se hará, y en ese concepto considera la Mesa que se ha aprobado el artículo; y se ha telegrafiado á Buenos Aires, porque se había explorado la opinión de la mayoría de los señores diputados presentes, quienes habían manifestado su conformidad, por lo que la Mesa se ha dirigido á la familia del doctor Costa y al señor Cónsul General, para que se hiciera práctico de inmediato ese pensamiento.

Queda sancionado el proyecto, y se comunicará al H. Senado.

— Léase el proyecto que concede pensión á la señora viuda é hijas solteras del doctor Costa.

(Se lee).

Señor Oneto y Viana — En antesalas, con los compañeros que firman este proyecto, convenimos que lo fundaría con cierta extensión, señor presidente; pero, dadas las manifestaciones hechas ya por la Cámara, respecto á la aprobación de las distintas mociones y que todas ellas han concurrido á uniformar opiniones en cuanto á la personalidad del extinto, yo me limitaré á decir breves palabras.

Entiendo que la familia de un ciudadano de la talla del doctor Angel Floro Costa, que queda en una situación pecuniaria bastante estrecha, debe ser amparada por el Estado.

En casos análogos, cuando la muerte del ilustre ciudadano Carlos María Ramírez, y cuando la muerte del eminente ciudadano José Ladislao Terra, el Cuerpo Legislativo procedió en una forma parecida á la que, según los autores del proyecto, debe procederse ahora.

Por estos breves fundamentos yo pido á los señores diputados que, por aclamación, voten la pensión en la forma proyectada.

Señor Rodríguez (don Gregorio L.) — Presumiendo que sea aceptada la indicación que acaba de formular el señor diputado por Rivera y que la Cámara se disponga á votar por aclamación el proyecto de ley, me considero en el caso de proponer una enmienda en el artículo 1.° que se ha leido y es — que se eleve la pensión á 3.000 pesos anuales en vez de 2.400.

Creo que cuando el Cuerpo Legislativo, en casos como el ocurrente, vota una pensión á los deudos de un tan eminente ciudadano como indudablemente lo era el doctor Angel Floro Costa, cuya memoria no será olvidada en múltiples años entre nosotros, debido á la variedad de conocimientos que brillaban en la inteligencia de este nuestro colega, no estamos en el caso de hacer pequeñas economías y reducir casi á una porción congrua el sustento que queremos llevar para una familia habituada á vivir con holgura que podía proporcionarle el talento y el trabajo de su jefe, hoy desaparecido.

Creo, pues, que no es votar una pensión espléndida el asignarle 250 pesos á una familia; y es por eso que yo me permito pedir á mis honorables colegas quieran votar modificado el artículo 1.°, y en vez de 2.400 $, asignarle 3.000 pesos. — (Apoyados).

Señor Presidente — Habiendo sido apoyada esta moción, está en discusión conjuntamente con el proyecto que se ha leído.

Si no se hace uso de la palabra se votarán por su orden los dos artículos.

Señor Pelayo — Yo creo que sería bueno conocer la opinión de los autores del proyecto, porque si ellos aceptaran la modificación propuesta por el doctor Rodríguez, se podría votar un solo articulo.

Señor Oneto y Viana — Yo estoy conforme.

Señor Castro — Yo también.

Señor Presidente — ¿Los demás autores del proyecto aceptan?

Señor Muró — Por mi parte estoy conforme.

Señor Presidente — ¿El señor Sosa acepta?

Señor Sosa — No señor, no acepto.

No porque desconozca los altos merecimientos del doctor Costa y las necesidades de su familia, sino porque en casos análogos, tratándose de personalidades eminentes como el doctor Costa, hemos votado también, cuando más, 200 pesos! — (Apoyados).

Y creo que deben colocarse á todos los que se hallen en idénticas condiciones, en el mismo nivel, si queremos hacer leyes parejas y de justicia.

Señor Berro — Hay una razón más, señor presidente, y es — que el primer proyecto va, seguramente, á ser votado por unanimidad, lo que es de desearse, y el segundo proyecto, dolorosamente no sería votado por unanimidad: es una circunstancia bastante penosa para los que se verán obligados á negar su voto á la pensión de 3.000 pesos.

Por mi parte votaré sumamente complacido el primer proyecto, y me sería sumamente penoso el negar mi voto al segundo proyecto: desearía que fuera unánime la votación, tratándose de una pensión tan justa y tan merecida.

Por estas consideraciones creo que sería prudente atenerse al primer proyecto.

Señor Rodríguez (don Gregorio L.) — Basta, señor presidente, que haya una sola discrepancia en este caso, para que yo no insista en la moción propuesta.

Entendía que interpretaba la voluntad de mis honorables colegas; pero puesto que hay algunos que creen que debe limitarse el monto de la pensión á lo asignado en otras ocasiones, yo pido que sea retirada la enmienda propuesta.

Señor Presidente — Si no hubiera oposición, se considera retirada la enmienda del doctor Rodríguez, y se votará el proyecto en la forma primitivamente presentado.

Léase en esa forma.

(Se vuelve á leer).

—Si se pasa á la discusión particular.

Los señores por la afirmativa en pié. — (Afirmativa).

—En discusión particular el artículo 1.º.

Si no se observa, se votará.

Si se aprueba este artículo.

Los señores por la afirmativa, en pié. — (Unanimidad.)

— El 2.º es de orden.

Queda sancionado el proyecto, y se comunicará al Honorable Senado.

Señor Areco — Señor presidente: Corresponde que para completar el homenaje que se tributa á nuestro extinto colega doctor Angel Floro Costa, la Cámara no sesione en el día ordinario que debía hacerlo — mañana; y que esta sesión se transfiera para pasado mañana, á mérito de que son tantos y de tal naturaleza los asuntos que figuran en la orden del día, que conviene que abordemos su estudio sin pérdida de tiempo.

Y corresponde también que la Mesa designe una Comisión de Diputados para que concurra al muelle á la hora en que llegue el vapor que debe conducir los restos del doctor Costa, para que los reciba, se haga cargo de ellos y los acompañen hasta ser colocados en el recinto del Cuerpo Legislativo.

Hago moción en ese sentido. — (Apoyados.)

Señor Presidente — Habiendo sido apoyada la moción del señor diputado Areco, está en discusión.

Señor Pelayo — Para votar la moción formulada por el señor diputado Areco, habría necesidad de saber si se ha resuelto que la inhumación de los restos del doctor Costa tenga lugar mañana, porque si fuera pasado mañana, vendríamos á estar en el mismo caso.

Señor Areco — Depende de la hora: podríamos celebrar sesión pasado mañana, siempre que el entierro tenga lugar antes de las 3 de la tarde.

Señor Manini Rios — De todas maneras, mañana se velará aquí y no podrá haber sesión.

Que la Mesa quede facultada para citar para pasado mañana ó para el día subsiguiente. Así podría arreglarse. — (Apoyados).

Señor Presidente — ¿El señor diputado Areco insiste en su moción?

Señor Areco — Acepto la modificación. que quede facultado el señor presidente para citar á la Cámara para pasado mañana, siempre que sea posible celebrar sesión.

Señor Presidente — Suspendiéndose la sesión de mañana, en señal de duelo...

Señor Areco — Y nombrándose una Comisión.

Señor Presidente — ... y nombrándose además una Comisión, encargada de recibir los restos en el muelle.

Señor Quintana (don Julián) — Yo haría una modificación á la moción presentada por el señor diputado Areco, en el sentido de que en vez de nombrar una Comisión Especial para recibir los restos, la Mesa citara á la Cámara en corporación para que asistiera á esa hora y acompañara los restos, del muelle al lugar del Palacio Legislativo. — (Apoyados).

Me parece que sería más colectivo y más justiciero el homenaje en esa forma. — (Apoyados).

Señor Areco — Yo acepto la indicación del doctor Quintana, de que el señor Presidente de la Cámara invite á los diputados á concurrir al muelle; pero la que debe trasladarse al vapor, hacerse cargo de los restos y trasladarlos aquí, es una Comisión Especial.

De modo que puede la Mesa invitar á los señores diputados, sin perjuicio de que se nombre una Comisión Especial que la represente. En todos los casos en que la Cámara se hace representar fuera de su recinto, lo hace por intermedio de una Comisión, y no va en corporación nunca.

Señor Quintana (don Julián) — En ese sentido, yo no tengo inconveniente en adherirme á la moción, sin perjuicio de que exista una Comisión Especial para que corra con todos los pequeños detalles relativos á las exequias.

Creo, sin embargo, que, como un homenaje colectiva, el concurrir los diputados al muelle, sería conveniente, y en ese sentido yo hice la moción...

Señor Areco — Pero no excluye.

Señor Quintana (don Julián) — ...sin perjuicio de que se nombre una Comisión Especial.

Señor Presidente — La hora de la llegada de los restos, la Mesa aún no puede garantirla; es posible que sea la del arribo normal de los vapores de la carrera.

Señor Pérez Olave — Pero á esa hora no se van á desembarcar los restos; hay que designar una hora especial, las 9 ó 9 1/2.

Señor Manini Rios — A las nueve.

Señor Presidente — A las nueve, perfectamente.

Señor Areco — Deben votarse las mociones, señor presidente.

Señor Presidente — Se van á votar las dos mociones...

¿El señor diputado Areco ha aceptado la otra moción?...

Señor Areco — Sí, señor.

Señor Presidente — La primera, para que se nombre una Comisión Especial encargada de recibir los restos del doctor Costa, y de correr con todo lo relativo á los honores que deben tributárseles en el recinto legislativo; y que, además, se invite á la Honorable Cámara á concurrir al muelle á las nueve de la mañana, si á esta hora fuera posible efectuar el traslado.

Señor Areco — Esa última es una indicación que se ha hecho á la Mesa: no es moción.

Señor Presidente — Que quede facultada la Mesa.

Señor Areco — La Mesa debe hacerlo.

Señor Lenzi — Debía de ser á las diez; me parece muy temprano á las nueve.

Señor Areco — A las diez. La Mesa podrá hacerlo á las diez.

Señor Lenzi — Yo hacía la indicación de que era temprano, porque desearía que la Honorable Cámara estuviera reunida en el muelle con la totalidad de sus miembros... — (Apoyados.)

— ...y si digo que es muy temprano, no es porque la hora sea para mí inconveniente ó yo vaya á faltar, sino que mi deseo es evitar que suceda lo que preveo; que la mayoría de la Cámara no va á poder ir á esa hora, sería conveniente, sería de desear que la casi totalidad ó la totalidad de los miembros de esta Cámara, concurriese á rendir este homenaje justo á la memoria del ilustre muerto.— (Apoyados).

Señor Areco—Yo insisto en que la Mesa, atendiendo la indicación que ha formulado casi toda la Cámara, porque casi toda ella está de acuerdo con la moción del doctor Quintana, debe invitar á los miembros de la Cámara, señalando la hora oportuna, sin que esto sea materia de debate en el recinto del Cuerpo Legislativo.—(Apoyados).

Señor Presidente—Se va á votar la moción del señor diputado Areco para que se designe por la Mesa una Comisión encargada de correr con todo lo relativo á los honores que deben tributarse á los restos del doctor Costa en el recinto legislativo y encargada de recibir estos restos...

Señor Areco—Mi moción comprende otra parte:—que no se sesione mañana.

Señor Presidente—...y que se suprima la sesión ordinaria de mañana, en señal de duelo.

Los señores por la afirmativa, en pié.—(Afirmativa).

—Se va á votar la moción del señor diputado Quintana.

Señor Areco—Eso no se vota, señor presidente.

Señor Presidente—...facultando á la Mesa para citar...

Señor Areco—La Mesa lo puede hacer. Es un deber de la Mesa hacerlo, aunque nadie se lo hubiera indicado. Así como la Mesa reune á la Cámara, tendrá que publicar avisos invitando al entierro del doctor Costa, sin que nadie se lo pida en Cámara.

Señor Pelayo—Hace las veces de doliente, la Mesa; invita á los demás colegas.

Señor Presidente—Entonces, bastan estas indicaciones para que la Mesa proceda como se ha indicado.

Se designan, para componer la Comisión Especial de honores, á los doctores Gregorio L. Rodríguez, Carlos Oneto y Viana, señor Pedro Manini Ríos, señor Justo R. Pelayo, doctor Julián Quintana, doctor Germán Roosen y doctor Gabriel Terra.

Queda terminado el acto.

(Se levantó la sesión).

Cámara de Senadores—Sesión celebrada el día 11 de Junio de 1906—Preside el doctor don Francisco Soca.

A las 5 p. m., entraron al salón de sesiones los señores: Lenzi, Vellozo, Berro, Avegno, Cuñarro, Blengio Rocca, Campistegui, Segundo, Brito del Pino, Berinduage, De María.

Señor Presidente—Está abierta la sesión.

Va á darse lectura del acta de la sesión anterior.

—Se leyó.

Está á consideración del Honorable Senado el acta que acaba de leerse.

Si no se hace observación se dará por aprobada.

Aprobada.

Se va á dar cuenta de los asuntos entrados.

(Se dió de los siguientes:)

— La Honorable Cámara de Representantes remite un proyecto de ley por el que se faculta al Poder Ejecutivo para rendir honores fúnebres de Ministro de Estado á los despojos mortales del doctor Angel Floro Costa, como asimismo que las exequias serán costeadas por el Tesoro Nacional.

(A la Comisión de Legislación.)

— La misma Cámara envía un proyecto de decreto por el cual se acuerda á la señora Enriqueta Latorre de Costa y á sus hijas solteras una pensión anual é inembargable de dos mil cuatrocientos pesos anuales.

(A la Comisión de Peticiones.)

Señor Lenzi — Pido la palabra, señor presidente.

El proyecto de ley venido de la otra Cámara, y referente á las exequias fúnebres decretadas con motivo del sensible fallecimiento del señor diputado por Montevideo, doctor don Angel Floro Costa, exige que se trate sobre tablas, lo mismo que corresponde hacerlo con el proyecto referente á la pensión decretada para la viuda é hijas del extinto.

Hago moción en el sentido que dejo expresado. — (Apoyado).

Señor Presidente — Habiendo sido apoyada la moción formulada por el señor senador por Florida, está á consideración del Honorable Senado.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se tratan sobre tablas los proyectos de resolución y de ley á que se ha referido el señor senador por Florida.

Los señores que estén por la afirmativa, pueden ponerse en pié. — (Afirmativa).

Léase el proyecto.

(Se leyó lo siguiente):

La Honorable Cámara de Representantes, en sesión de hoy, ha sancionado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.° El Poder Ejecutivo dispondrá que se tributen honores de Ministro de Estado á los restos del eminente ciudadano doctor don Angel Floro Costa.

Art. 2.° Las exequias serán costeadas por el Tesoro Nacional.

Art. 3.° El cadáver será velado en el recinto del Cuerpo Legislativo.

Art. 4.° Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Honorable Cámara de Representantes, en Montevideo á 11 de Junio de 1906.

ANTONIO MARÍA RODRÍGUEZ, Presidente.—*Manuel Garcia y Santos,* Secretario Redactor.

Señor Presidente — Está en discusión general.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se aprueba en general el proyecto que acaba de leerse.

Los señores por la afirmativa, en pié. — (Afirmativa).

Se va á pasar á la discusión particular. Léase el artículo 1°.

—Se leyó.

Está en discusión.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se aprueba el artículo leído. Los señores que estén por la afirmativa sírvanse ponerse en pié. — (Afirmativa).

Léase el artículo 2°.

— Se leyó.

Está en discusión.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se aprueba el artículo que acaba de leerse. Los señores que estén por la afirmativa, sírvanse ponerse en pié. — (Afirmativa).

Léase el artículo 2°.

— Se leyó.

Está en discusión.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se aprueba el artículo 3.°.

Los señores que estén por la afirmativa, sírvanse ponerse en pié. — (Afirmativa).

El artículo 4.° es de orden.

Señor Lenzi — Mociono para que se suprima la segunda discusión, señor presidente. —(Apoyados).

Señor Presidente — Está á consideración del Honorable Senado la moción del señor senador por Florida.

Si se áprueba.

Los señores que estén por la afirmativa, sírvanse ponerse de pié. — (Afirmativa).

Se va á pasar á la discusión general del proyecto referente á la pensión.

Léase el proyecto. Se leyó lo siguiente:

La Honorable Cámara de Representantes, en sesión de hoy, ha sancionado el siguiente

PROYECTO DE DECRETO

Artículo 1.° Concédese por gracia especial á doña Enriqueta Latorre de Costa, viuda del doctor Angel Floro Costa, y á sus hijas solteras, una pensión anual é inembargable, de *dos mil cuatrocientos pesos,* debiendo aquéllas renunciar á todo derecho que pueda corresponderles por la Ley General de Jubilaciones, etc.

Art. 2.° Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Honorable Cámara de Representantes, en Montevideo á 11 de Junio de 1906.

ANTONIO MARÍA RODRÍGUEZ, Presidente. —*Manuel García y Santos,* Secretario Redactor.

Señor Presidente — Está en discusión general el proyecto que acaba de leerse.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se aprueba en general el proyecto que acaba de leerse. Los señores que estén por la afirmativa sírvanse ponerse en pié. — (Afirmativa).

Se va á pasar á la primera discusión particular.

Léase el artículo 1º.

— Se leyó.

Está en discusión.

Si no hay quien pida la palabra, se va á votar si se aprueba el artículo 1º. Los señores que estén por la afirmativa, pueden ponerse en pié. — (Afirmativa).

El artículo 2.º es de orden.

Señor Avegno—Hago moción para que se suprima la segunda discusión general y particular.

Señor Presidente — Está á consideración del Honorable Senado la moción que acaba de formular el señor senador por Artigas.

Si se aprueba...

Los señores que estén por la afirmativa, sírvanse ponerse en pié. — (Afirmativa).

Quedan, por consiguiente, sancionados ambos proyectos en las dos discusiones.

Se va á entrar á la orden del día

Señor Lenzi — Mociono para que, como acto de homenaje al extinto y de solidaridad entre los legisladores de ambas Cámaras, se levante la sesión. — (Apoyados).

Señor Presidente — Está á consideración del Honorable Senado la moción del señor senador por la Forida, si se levanta la sesión.

Los señores que estén por la afirmativa, sírvanse ponerse de pié. — (Afirmativa).

Queda terminado el acto.

Eran las 5.20 p. m.

El doctor Angel Floro Costa

La llegada de sus restos—Elocuente recibimiento—Imponente demostración popular—El pésame del Presidente de la República—La llegada de los restos—A bordo del «Eolo».

Llegaron ayer á nuestro puerto, á las 6 y 30 minutos de la mañana, los restos del eminente hombre público, fallecido en la vecina capital. Como se había anunciado, fué el vapor argentino *Eolo* el que los condujo.

Debido á inconvenientes imprevistos el *Eolo* no pudo atracar al muelle Maciel como se había dispuesto. Poco después se adoptó la resolución de que el desembarco del cadáver y de sus acompañantes lo efectuara el vapor nacional *Lavalleja,* á las 10 de la mañana.

Eran las 9 y 30 minutos cuando la Comisión delegada por el Cuerpo Legislativo se hallaba reunida en el *Lavalleja.* Este vapor fué ocupado por los diputados señores Laureano B. Brito, Gregorio Rodríguez, Pedro Manini Ríos, Carlos Oneto y Viana, Gabriel Terra, Antonio M.ª Rodríguez, Manuel García Santos, coronel Fernández, capitán Escabini, doctor Juan José Amézaga, y Arturo Scarone por *La Razón,* Odín, por el semanario *P B T,* y Ricardo Roldán, por *La Prensa.*

Inmediatamente el *Lavalleja* se puso en movimiento hácia el *Eolo.* En pocos minutos nuestro vapor se hallaba al costado del argentino.

En uno de los corredores de éste se había instalado la capilla ardiente. El ataúd tiene en la tapa — en una plancha de metal — la siguiente inscripción: « Angel Floro Costa. — Junio 10 de 1906. » A los piés de éste veíase una hermosa corona de bronce con esta inscripción: « Al eminente ciudadano, la Legación y el Consulado Oriental en la Argentina. — Junio 10 de 1906 ». Se veían además, varias coronas de flores naturales.

A continuación damos la nómina de las personas que acompañaron desde Buenos Aires los restos del doctor Costa: señores Antonio Bachini, Manuel Silva Bastos, doctor E. Frías, J. Pelletán, Francisco A. Maciel, Andrés Carril, Alberto Raymond, Ramón C. Costa, Lorenzo Daglio, la señora Costa de Carril y señoritas de Escola.

Después de pasar gran rato á bordo del *Eolo,* éste comenzó la marcha.

Hacia el muelle

La concurrencia que llenaba casi por completo el muelle de la calle Maciel, era verdaderamente enorme. Fué entonces cuando pudo darse cuenta de la gran manifestación que el pueblo iba á rendir

— como último tributo — á los restos del doctor Angel Floro Costa. Esto — como puede suponerse el lector — hizo creer en las dificultades del desembarco.

Sin embargo, éste se efectuó con toda felicidad, pues el *Eolo* atracó en el mismo muelle Maciel, siendo las 10 y 30 a. m. A las 11 fué bajado el ataúd por los señores Horne, Lavalle, diputados Laureano B. Brito, Julián Quintana, doctor Gregorio Rodríguez, Carlos Oneto y Viana, doctor Gabriel Terra, Ministro de Guerra teniente general don Eduardo Vázquez, Presidente de la Cámara de Diputados doctor Antonio M.ª Rodríguez y doctor Bernardo García.

No poco trabajo costó el abrirse camino á través de aquella masa humana. Todo el público se arremolinó, estrujándose, todos querían rodear el féretro como manifestación póstuma á los méritos y sacrificios del gran muerto!

Hacia el Palacio Legislativo

Frente á la Capitanía el ataúd fué colocado en la gran carroza de gala de la Empresa Donelly, seguido por numeroso público.

En la calle 25 de Agosto se hallaba formado en línea el Batallón de Cazadores número 3, al mando de su jefe el coronel Villardino, y su segundo el comandante Urquizú.

Frente al batallón desfiló el cortejo en la más silenciosa de las manifestaciones.

Aquél era presidido por el Ministro de Gobierno don Claudio Williman, señores Alberto Raymond, Ramón C. Costa, Andrés Carril, Angel G. Costa, Diputados Justo R. Pelayo, Alberto L. Canessa, Eduardo Lenzi, Laureano B. Brito, Antonio M.ª Rodríguez, doctor Bernardo García, tenientes generales don Eduardo Vázquez y don Máximo Tajes, general Salvador Tajes, miembros del Cuerpo Diplomático, senadores, comandante Lyons, doctor Alejandro Chucarro, señor Horne Lavalle, doctor José P. Massera, coronel Mascarenhas, comandante Ruiz, diputados Pedro Manini Ríos, Enciso, Manuel Stirling, diputados Lauro Olivera y don Gabriel Terra, doctor Juan J. Amézaga y muchísimos otros que la falta de espacio nos impide publicar.

La gran columna cívica fué cerrada por el Batallón 3.° de Cazadores.

En la forma indicada se siguió por 25 de Agosto hasta Colón, y por ésta á 25 de Mayo, doblando luego por la calle Juan Carlos Gómez hasta el recinto Legislativo.

Una vez en él, fué descendido el féretro por los diputados señores Carlos Oneto y Viana, Pedro Manini Ríos, Gregorio Rodríguez, Alberto Canessa, Manuel Stirling, doctor Germán Roosen, Lauro Olivera y doctor Gabriel Terra.

En la capilla ardiente

Así se llegó á la antesala de la Cámara de Senadores, destinada como capilla ardiente para velar los restos del doctor Costa.

Aquélla fué formada con sencillez y elegancia. A los costados del túmulo hermosos candelabros, palmas y cortinados terminaban sus adornos.

En la parte superior del frente, se lee la inscripción: « Doctor Angel Floro Costa ».

El féretro fué colocado sobre el túmulo y cubierto con la bandera nacional.

Desde las 11 y 1/4 de la mañana de ayer puede decirse que la concurrencia no ha cesado un momento de desfilar ante la capilla ardiente, donde se halla una guardia del 3.° de Cazadores.

Los álbums colocados llenábanse de firmas con gran rapidez.

Anoche, la concurrencia fué también enorme.

Guardia de honor

Presta en el Palacio Legislativo este servicio una compañía del Batallón 3.° de Cazadores. A su frente se hallan los oficiales siguientes: capitán Amarano Mattos, tenientes Benito Díaz y Francisco Becta y subteniente Justino Olivera.

Durante la noche

La capilla ardiente se vió anoche sumamente concurrida.

Estaban allí representados dignamente la milicia, el foro y la política.

En la imposibilidad de ofrecer á nuestros lectores una nómina completa de los concurrentes, nos limitaremos á citar los nombres que recordamos: doctores Antonio M. Rodríguez, Carlos de Castro (hijo), general Salvador Tajes, Miguel Cortinas, Juan Fleurquin, Carlos E. Castellanos, Eduardo Escudero, José Luciano Martínez, Justo R. Pelayo, Ceferino Travieso, Bernardo Callorda, Francisco Accinelli, J. Marella y Blanc, Rafael Donantuini, Manuel García Santos, Ubaldo Ramón Guerra, Alberto S. Quintana, doctor Eduardo Chucarro, Pedro Manini Ríos, Juan de Dios Devincenzi, Antonio M.ª Rodríguez, doctor José P. Massera, Julio Muró (hijo), Aurelio Rucker, Andrés Chipito, Tulio Freire, Juan V. Saráchaga, A. Muñoz, Alfredo Ramos Montero, Arturo Bouton, Manuel B. Otero, Juan L. Heguy, Manuel Requena García, Ramón Vázquez, H. V. Borrás, T. Viera, A. Cerruti, T. Estevez, Angel N. Brián, H. Jones, Benito J. Montaldo, Eduardo Vázquez (hijo), L. Piñeyro del Campo, Tedeschi, Daniel M. Regules, A. Folle Illa, Germán Roosen, Julio Arteaga, Jaime Estrázulas, J. U. Coelho de Oliveira, Arturo S. Morlino, J. Carlevaro, S. Zerbino, Manuel M. Saavedra, L. Queirolo, Juan M. Echeverrito, José Rossi, E.

Callorda, Diógenes Otero, Enrique Gómez Folle, Martín A. Echegaray, A. Carrasco, Salvador Avegno, Carlos F. Muñoz, D. Piñeyrúa, F. Etchepare, P. Blanco Acevedo, Rodolfo Terra, Juan J. Amézaga y otros muchos que no recordamos.

La Prensa.

Angel Floro Costa

† **Ayer en Buenos Aires**

Una triste noticia llegó anoche á Montevideo, sorprendiéndonos con lo inesperado del funesto acontecimiento: Angel Floro Costa ha muerto, en Buenos Aires, de una angina al pecho.

Ya no se escucharán en la Cámara aquellos discursos salpimentados de sal ática, que con expontánea frase y festiva ironía, matizaban las graves controversías parlamentarias.

Angel Floro Costa era un talento robusto que con admirable fecundidad producía incesantemente, haciendo gala de una erudición poco común, y clavando la enseña de un estilo propio, original y atrayente en todas sus producciones.

Ha sido siempre un entusiasta defensor de la actual situación, reconociéndola como sustentadora decidida de la legalidad, la libertad y el progreso, habiendo sido de los primeros que se adhirieron á la candidadura del señor Batlle y Ordoñez para la presidencia de la República.

Actuó siempre en la política de su país con actividad nunca debilitada, ocupando puestos de importancia, en la magistratura y en el Parlamento. En la prensa fué más de una vez periodista de combate en circunstancias difíciles de nuestra historia, sufriendo persecuciones y vejámenes.

Pero su faz característica en las luchas del periodismo fué la producción frecuente de sus notables *menipeas*, siempre leídas con avidez por el público, escritas en una forma peculiar que las ha convertido en un género nuevo, tratando los temas más diversos con notable erudición, é imprimiéndoles con simpática audacia el sello de una inmodestia altiva al presentarse en el palenque de los torneos políticos como un nuevo Menipo.

Sus polémicas han sido memorables tanto en la prensa como en el Parlamento. No ha habido hombre político de cierta significación en la historia del país, que no haya cruzado sus armas con aquel infatigable luchador del pensamiento.

Las modalidades del talento de Angel Floro Costa eran múltiples. Con igual desenvoltura y caudal de conocimientos trataba indistintamente la política, las finanzas, la literatura, la historia, la ganadería, la agricultura, las industrias, el comercio, hasta las cuestiones marítimas! Tenía la generosa obsesión de resolver todos nuestros grandes problemas sociológicos y políticos por medio de lo

que el llamaba la aplicación del método científico y al rededor de este tópico ha pronunciado docenas de discursos chispeantes y centenares de artículos del mayor interés. Muchos de sus proyectos de ley están inspirados en aquel postulado.

A dos cuestiones fundamentales había dedicado las principales energías de sus últimos años. A la cuestión agraria y á la reforma de la Administración de Justicia. Era convencido de que en nuestro país hay una enorme cantidad de tierras fiscales detenidas ilegítimamente y pugnaba porque volviera á poder del Estado para que este pudiera dedicar su importe — que hacía subir á muchos millones — á grandes obras de progreso. En cuanto á las cuestiones judiciarias es sabido que hace años abordó la reforma de la Administración de Justicia, y la creación de la Alta Corte, proyecto por el cual venía batallando con gran ardor en la prensa y en el parlamento.

Una muestra de la pluralidad de las facultades del doctor Angel Floro Costa, la dá la razón que lo mantenía en Buenos desde hace un par de meses. Como es notorio mantenía allí una reclamación de cuatrocientos mil pesos contra el gobierno argentino, en su calidad de director de la empresa que realizó importantes trabajos en el Rio de la Plata, que han sido aprovechados en las obras de aquel país.

El doctor Floro Costa, tenía grandes condiciones de sociabilidad.

De ahí que sus relaciones dentro y fuera del país fueran enormes. Sus archivos están repletos de correspondencia de los personajes más descollantes de los países de América y de muchos países europeos. En su conversación era entretenidísimo. En las antesalas de la Cámara de Representantes se le veía constantemente rodeado de amigos que escuchaban con vivo interés sus interesantes anécdotas. Era muy amigo de los jóvenes á los cuales trataba con un tono paternal y un poco festivo, y los jóvenes por su parte le guardaban las consideraciones que eran debidas á sus años y á su indiscutible inteligencia.

La muerte ha venido á sorprender á este hombre público, en momentos en que iba á dedicar sus actividades á la diplomacia — pues es sabido que el Presidente de la República tenía intenciones de designarlo para desempeñar el cargo de ministro del país en España.

Con estos antecedentes no debe extrañar que la inesperada muerte del doctor Costa haya producido honda impresión en los círculos políticos y sociales.

(**El Día**, Junio 16.)

El doctor Angel F. Costa

Despedida póstuma

En el momento en que este diario sale á la circulación, se rinden en nuestra Necrópolis los últimos, solemnes y definitivos honores á los restos del eminente ciudadano doctor don Angel Floro Costa.

Aquel anciano de cerebro luminoso, de verba chispeante y cáustica, de prosa amena y erudita á la vez, dotado de una complicada percepción de las cosas humanas en que se confundían en raro consorcio una aprovechada experiencia del pasado, y generosas é ingenuas ilusiones para el porvenir; aquel anciano de alma joven siempre vibrante, de espíritu plácido á veces, mordaz otras, pero todas vehemente y cálido; aquel anciano á cuyo temperamento generalmente soñador perturbaba á menudo la realidad desnuda de los prosaismos positivos y las frecuentes decepciones de la lucha diaria; aquel anciano, cuya robusta complexión intelectual no parecía querer abandonar nunca el cenit fulgurante en que brillaba, tal vez nunca hubiera pensado, en medio de su excepticismo mundano, que su pueblo, que el pueblo de su patria, sabría valorar y agradecer en la hora póstuma, todos sus méritos y todas sus cualidades superiores, y hacerle una demostración hasta la tumba, que más bien pareciera una despedida triunfal de la vida.

Todos sabíamos que el doctor Costa, era quizá y sin quizá el escritor más leído del país. Todos sabíamos que su personalidad no era familiar del pueblo porque nunca buscó codearse deliberadamente con él; pero era conocidísimo porque todos lo habían seguido á través de sus producciones y de sus interesantes peripecias en su accidentada actuación en la vida pública. Todos sabíamos que inspiraba en el alma de la multitud, sino prestigios arrebatadores, porque nunca descendió del plano de sus teorizaciones científicas, por lo menos un sentimiento de tácita simpatía y de cumplido respeto. Pero, lo que no sabíamos todos era que, hombre de bufete y de estudio más que de clubs y de muchedumbres, fuera, sin embargo, tan popular en la tierra natal, en que tantas veces se vió alternativamente ensalzado, perseguido y hasta encarnecido. La muerte en este sentido ha sido una revelación; la muerte nos ha mostrado la popularidad del doctor Costa.

El pueblo de Montevideo, que apenas veía por las calles la figura del ilustre muerto, pero que lo conocía, sin embargo, y tal vez que adivinaba su talento expansivo, comunicativo y brillante, á través de la actividad proteiforme de sus producciones, se sintió invadido por un hondo pesar en cuanto se tuvo la primera noticia de su inesperada muerte, y el recibimiento silencioso y elocuente de sus restos que le dispensó ayer de mañana en la dársena, la verdadera peregrinación

popular que se produjo luego en los altos del Cabildo, y la imponente manifestación que se efectúa en los postreros presentes instantes, demuestran toda la expresiva sinceridad de ese sentimiento.

Don Angel Floro Costa merecía esta gratitud y estos honores póstumos. Había sido un luchador infatigable. Su vida casi entera la había consagrado á predicar sus ideales, ora apasionados, ora científicos, unas veces exactos, las otras paradojales; pero siempre llenos de esa intensa vida propia, de ese valeroso esfuerzo personal, de ese irreductible entusiasmo que ponía en todas sus empresas.

A veces se iba demasiado lejos en sus abstracciones, á veces se perdía de vista en sus quimeras, casi siempre era romántico en la lucha por sus iniciativas como un Cid del pensamiento, y en más de una ocasión era iluso en sus entusiasmos como un Quijote de sus propias ideas. Pero siempre era brillante, siempre era atrayente, siempre luminoso. Era un infatigable sembrador que había arrojado muchas simientes á todos los surcos, que había cosechado muy poco, pero que continuaba sembrando siempre, difundiendo ideas, animando esperanzas, y alimentando al calor de un espíritu verdaderamente meridional, las más grandes concepciones y las más audaces iniciativas.

Fué una gran ilustración: su talento había bebido en todas las fuentes y de todas había aprovechado. Fué un hombre de lucha política: se vió perseguido, vejado, amenazado de muerte. Fué un trabajador incansable: jamás lo amilanaron las decepciones ni los fracasos, y su cerebro privilegiadamente dotado, siempre encontró iniciativas grandes, elevadas, muchas veces gigantescas en que desarrollar su actividad. Fué un *causeur* inimitable: su verba fácil, abundosa, generalmente incisiva, casi siempre ática, todas las veces ágil y amenísima, cautivaba la atención de sus oyentes: le habrán faltado prosélitos, pero nunca le faltó auditorio. Y fué sobre todo un polemista único: su actitud para el debate periodístico era excepcional; revelaba entonces un vigor extraordinario y unas cualidades desconocidas; su estilo podía pecar de un poco de gongorismo, pero era siempre propio, seductor, originalísimo; y más que nada vertía en sus artículos de polémica un caudal tan considerable de conocimientos, un tan variado bagaje de anécdotas, una tan provechosa manifestación de la propia experiencia, que interesaban vivamente á los lectores, en un grado tal como no lograra interesar ningún otro escritor del país. Nadie, en efecto, habría conseguido hacerse leer de golpe media docena de columnas de diario seguidas.

Para nosotros, los colorados, fué siempre, un partidario consecuente y definido. Cualesquiera fueran sus discrepancias de detalle, tenía verdadera fé en su partido y un ardoroso entusiasmo por la conquista de sus ideales. Veía en él la salvación del país, la resolución de todos sus problemas capitales, las glorias de su pasado y el explendor de su porvenir. Y amó á su partido con una intensa pasión caballeresca, huraña, recelosa y obstinada á veces, pero siempre leal y siempre sincera.

Tuvo bastantes enemigos. ¿Qué sería de la vida de los grandes

hombres si nunca hubieran tenido adversarios? Pero en la hora de la muerte todas las pequeñas querellas y los agravios incidentales han desaparecido. Un sentimiento general de respeto, de consideración, de simpatía, ha predominado sobre todas las pasajeras asperezas. Ante la tumba de cualquier hombre las pequeñas pasiones se desarman. ¡ Ante la tumba de tan eminente hombre, rinden sus armas!

(El Día.)

Pérdida sensible

La Prensa, adhiere al homenaje público que se proyecta tributar á los restos del eminente ciudadano doctor Angel Floro Costa, muerto de una manera inusitada en Buenos Aires. — Muchas veces, en vida del talentoso compatriota, hemos trazado elogiosos rasgos de su personalidad siempre respetada. — En la hora de su muerte, pues, no improvisaremos laureles para su frente esclarecida. — Nuestro juicio no es sólo inspirado por la respetuosa consideración que sugiere á los que quedan aquellos que se van antes, para no volver, en un viaje de misterios muy hondos y de melancolías muy intensas. — El doctor Angel Floro Costa, como hombre dotado de intrínsecas cualidades, de sello propio, de originalidad distinguida, — como personalidad de relieves naturales, — no reclama á la cortesía funeraria ó á los convencionalismos de la crítica siempre favorable en el dintel de la tumba, unas cuantas frases de panegírico lastimero. — Reclama, eso sí, con la altivez, con la inmodestia justificada que caracterizó su acción de ciudadano, de escritor, de estadista y de crítico, un himno á su talento incontrastable, un himno á su laboriosidad ejemplarísima, un himno á su ilustración vasta y profunda. — Y no es menos lo que merece, al cerrar en la noche sin auroras sus ojos de vivacidades tan ardientes como expresivas. — Su obra es invalorable, es casi inconmensurable. — Nadie ha escrito tanto y tanto ha luchado intelectualmente entre nosotros como el doctor Costa. — Panfletista de médula indomable, con estilo propio, festivo, hiriente, á veces irónico, récio, brillantísimo en sus imágenes y en sus citas copiosas, pintoresco y ameno, hondo en la tésis y juguetón en la forma — con severidades de Eurípides y risas de Anacreonte, con rasgos fuertes de Plutarco ó de Tácito y perfiles muy finos de Voltaire, — el doctor Costa para la polémica, para la crítica histórica y política, tenía los privilegios triunfales de una genialidad propia. — Sus *menipeas* quedan ahí, en folletos, en diarios, en anales parlamentarios, como un recuerdo imborrable, como una prueba elocuente de la capacidad intelectual del deplorado muerto. — Como historiógrafo, como orador, como hombre de ciencia, como estadista, como reformador, como jurisconsulto, la mentalidad, la competencia, la facundia, la labor incesante del doctor Costa, han lucido siempre, con fulguraciones propias, en el parlamento, en la tribuna académica, en la cátedra,

en el libro, en el foro, en todas partes, porque el doctor Costa era especialista en todo, pues todo lo estudiaba, todo lo aprendía, todo lo dominaba con la inteligencia clarovidente que todos, amigos y adversarios, le reconocíamos sin esfuerzo y sin reservas.—En otra sección de esta hoja analizamos su vida fecunda y prestigiosa, á través de muchas décadas de labor: de inmensa labor intelectual.—Sólo nos resta saludar al adalid que cae en la jornada, cuando quizás iba á descansar de sus fatigas de medio siglo en un ambiente extraño, en un puesto de honor; allá en la patria madre, donde iba á representar á la República, donde iba á imponerse, sin duda, como un factor prestigioso de cultura, por la deslumbrante eficiencia de su poderosa intelectualidad.

El doctor Costa fué siempre un colorado convencido *colorado histórico*, al decir del mismo.—Profesaba un culto á las glorias troyanas de la *Defensa* y miraba de soslavo á los *neos*, á los que no eran de aquellos tiempos, á los que orientaban sus ideales y sus fuerzas en sentidos divergentes á los suyos.—No toca ahora juzgar su actitud; pero, sí, debemos confesarlo, ya que muchas veces combatimos en ese punto las tendencias del doctor Costa,—su buena fé nunca provocó en nosotros discusión siquiera.

Sabíamos que era de los colorados de levadura récia, de los que amaban á su partido, más que por sus hombres por sus glorias, más que por sus leyendas por sus principios y por sus ideales.—Y le oíamos siempre con afecto é interés cuando nos hablaba con verba fácil, chistosa, elegante, de las viejas vicisitudes de la comunidad y de los grandes propósitos que informáran en la historia, sus acciones gigantescas.

La Nación pues, y el Partido Colorado, pierden con el doctor Costa, una de sus personalidades de mayor valía intelectual, uno de los ciudadanos más laboriosos, mejor dispuestos á servirles, uno de sus hijos y de sus adeptos más ejemplares, más talentosos, más ilustrados, más eruditos y más fecundos.

La Prensa deja caer sobre el sepulcro abierto la más inmarcesible de sus siemprevivas.

(La Prensa.)

Angel Floro Costa

Está de duelo la intelectualidad nacional con motivo del inesperado fallecimiento del fecundo publicista cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas.

Economista de vuelo y lleno de originalidad potente, fijó hace treinta años las causas hondas y verdaderas del malestar que entonces aquejaba, bajo forma de revoluciones incesantes, á las dos repúblicas del Río de la Plata, del malestar que ha desaparecido de la Argentina y que está en vías de desaparecer de nuestro suelo,

bajo la presión cada dia más avasalladora del progreso de las fuentes de riqueza y de la corriente de prosperidad y de trabajo fecundo que ellas producen. Sus obras mal interpretadas, por efecto de circunstancias personales del autor, constituyen un tratado admirable de patología política, que el historiador económico tendrá que apreciar en todo su valor, cuando el proceso de la dolorosa evolución de la que todavía no hemos salido, anuncie para siempre á los orientales al advenimiento de una era nueva de expansión de fuerzas y de concordia civilizadora.

Donde flaqueaba era en la investigación de los remedios, que residían y residen más que en expedientes discutibles ó deplorables, que tantas críticas le valieron, en la acción del tiempo y de la paz. Pero es justo decir, que siempre iba derecho á la llaga, que señalaba con pasmosa clarovidencia en todos sus libros, panfletos y artículos de diario, procurando atraer la atención de todos sus compatriotas hacia los problemas económicos y muy especialmente á los que se relacionan con la inmigración, la colonización, la difusión de los hábitos de trabajo y la organización del crédito.

Si yo fuera hombre de dinero, decía con frecuencia, tendría una casa amplísima á la que atraería á todos los hombres de pensamiento de Montevideo, para que se vieran y se entendieran, porque de no verse y no entenderse es que se produce el distanciamiento á que debemos atribuir muchos de los males actuales. Aquí, agregaba, la gente ni siquiera se ríe y cuando trata de hacerlo es para mostrar los colmillos y morder en seguida. En mis salones, codeándose día á día, cambiando ideas acerca de los temas palpitantes, desaparecerían las susceptibilidades personales, y colorados, blancos y constitucionalistas podrían ponerse de acuerdo en el terreno de los postulados políticos, sociales y económicos, que es el único que deben pisar los espíritus de hoy en día.

De su enorme disciplina para el trabajo, da idea el hecho de que deja trunco un plan de reorganización de las finanzas españolas, que, estaba preparando, en el concepto de que de un momento á otro recibiría el nombramiento de Ministro diplomático cerca del gobierno de la madre patria. Ni un día sin escribir: era su lema.

Le ha sorprendido la muerte en Buenos Aires, la sede de la patria grande, como él decía. Era otra de las obsesiones de su espíritu. Siguiendo la corriente de ideas de Juan Carlos Gómez, opinaba que los países del Río de la Plata y algunos otros más, podían y debían fusionarse en una sola nación fuerte y vigorosa, capaz de afrontar las exigencias de la lucha internacional por la vida, que es tan cruel con los pueblos débiles, como lo es con los individuos aislados de la especie humana y de todas las especies del mundo orgánico.

Señalamos sus facetas de brillante de primera agua. No es la oportunidad de fustigar sus errores, que ya merecieron la sanción en plena vida. Si esos errores no hubieran existido, tal vez y sin tal vez, este cerebro potente habría podido ejercer sobre sus con-

temporáneos una influencia enorme, porque poseía cualidades de crítico y de propagandista que nadie le superaba actualmente entre nosotros.

(El Tiempo.)

Por el doctor Costa

En otro lugar, nos ocupamos del economista de alto vuelo.

También pierde la literatura política nacional con la desaparición del doctor Costa uno de sus cultores más eminentes. La forma avezada de su estilo, la característica expresión de pensamiento, la manera propia y personal de dar desarrollo á sus ideas crearon al doctor Costa una reputación que ha ultrapasado con razón los dinteles del país para cimentarse sólidamente en las naciones vecinas y aún en los centros intelectuales de la vieja Europa.

No tenemos para que detenernos en el fondo mismo de sus producciones periodísticas, que eran sin duda el lado fuerte de su brillante ingenio; pero es indudable que ninguna persona de buen gusto literario dejaba de leer sus extensas menipeas, en las que el galano escritor daba rienda suelta á su inagotable buen humor unido á la más sarcástica y juguetona sátira. Raro es el hombre público de nuestra tierra que no haya caído bajo las garras del ilustre crítico, y colorista vivo y gráfico, sabía buscar en su paleta magistral todas las tonalidades más variadas para dar á sus escritos la animación sugestiva de un cuadro ó de un boceto expresivo. Ha dejado verdaderas pinturas de muchos de nuestros conciudadanos y es creador de infinidad de frases que en el correr del tiempo se han hecho proverbiales. Su conversación era siempre fácil y entretenida; pasaban á su lado las horas, alegradas por el chisporroteo brillante de su inagotable *causerie*. Tesonero, tenaz, persistente en sus múltiples propósitos, dejaba traslucir esas cualidades en lo vigoroso y fecundo de sus propagandas, pues era un infatigable perseguidor en muchos de sus vastos proyectos de otras tantas quimeras de su ardiente imaginación, que tenía mucho del candor ingenioso de los niños y más todavía de la ilusión inextinguible del alma de los poetas.

Era también el doctor Costa un caballero perfecto, en quien no hacían nido, en verdad, los odios y los rencores charrúas. Tenía la virtud de saber olvidar ó por lo menos el aparentar que olvidaba las enemistades y los agravios personales, viendósele, con frecuencia, tender amistosamente la mano al adversario de ayer y hasta tributar el caluroso elogio de su ática pluma al antagonista con quien cambiara los más rudos ataques. Había llegado, por lo demás, á una edad en que la experiencia aporta su rico caudad de tolerancias, limando al carácter todas las asperezas propias de los que llegan recién al combate y á la lucha.

Desde su bufete, el doctor Costa, tuvo todas las cualidades de

un verdadero luchador y no siempre le sonrió la Fortuna, esa deidad esquiva que huye para todos aquellos que, según Shakespeare, sobre el océano de los negocios humanos no saben escojer la marea propicia en la hora pasajera de la suerte. Bregó hasta el fin con una constancia ejemplar por ensanchar el círculo de acción á que ligaba sus grandes esfuerzos y por conquistar una base sólida á que se consideraba acreedor por su inteligencia y por la magnitud de su trabajo. En una de esas labores, á las que consagraba la máxima tensión de su espíritu batallador, le encontró la muerte.

Duerma ahora en paz el viejo polemista, que su nombre quedará siempre grabado entre el de los más brillantes cultores de las letras nacionales y entre las inteligencias más selectas y fecundas que ha producido la República.

(El Tiempo.)

El doctor Angel Floro Costa

La noticia del repentino fallecimiento del doctor don Angel Floro Costa ha causado una general y dolorosa impresión de sorpresa, mayor si cabe que la que habría motivado la muerte de un intelectual joven, en la plenitud de la vida, tal era de activa, en los últimos tiempos la prodigiosa fecundidad de aquel cerebro privilegiado.

Sea cual fuere el juicio que se formule sobre la acción pública del brillante publicista, no podría negarse, sin flagrante injusticia que el doctor Costa era uno de los talentos más sobresalientes de la que llamaremos la gran generación.

Entre aquel grupo de hombres públicos, maestros en jurisprudencia, oradores elocuentes, polemistas de insuperable dialéctica, el doctor Costa se destacó siempre con rasgos propios, constituyendo una personalidad aparte.

Su originalidad le creó la posición difícil de un revolucionario intelectual, dando sus escritos motivo, por su forma y por su fondo, á las críticas más vivaces, y á que la masa del público le considerara casi con tanto recelo como á un ácrata peligroso.

Empeñado en modernizar, en dar bases nuevas, científicas, á todas las manifestaciones de nuestra actividad inteligente, su intento parecía demoledor; agravando las resistencias que suscitaban sus campañas contra el espíritu tradicional, la forma burlona que empleaba para atacar tanto á los prejuicios como á sus sostenedores.

Su característica intelectual era la exuberancia. Puesto á la tarea necesariamente escribiría largo, y ninguna valla contendría el desborde de su frase. La idea y los hallazgos de la forma, pesaban entonces para él más que las consideraciones debidas al amor propio de los demás, y hasta que aquellas que podía sugerirle su propio interés personal.

Nadie causó mayor daño como escritor al doctor Costa, que el propio doctor Costa, y este es uno de sus mayores méritos, por que evidencia que, en medio de las inconsecuencias y las contradicciones, tenía una alta probalidad intelectual.

Deja el doctor Costa una obra tan variada como vasta; su enciclopedismo y su fecundidad habrán dañado, sin duda, la solidez de su producción; pero no cabe negar que, muchas veces, su pensamiento se elevó á gran altura sobre el nivel de lo mediocre, que otras tantas hizo trabajos que requerían profunda versación en las materias de que trataban, y que, por lo general, su inteligencia nutrida é investigadora lo llevó al borde de las grandes intuiciones.

Desgraciadamente, siendo imposible en esta época de especialización que una inteligencia, por vigorosa que sea, domine de una manera facultativa todas las cuestiones, el doctor Costa escollaba muchas veces al querer dar forma práctica á sus ideas, y de ahí resultaba esta contradicción, y es que jactándose de ser, ante todo, un espíritu positivo, venía á ser, sin embargo, en la vida real, un perseguidor de utopias.

Dados su talento, su ilustración vastísima y su laboriosidad ejemplar, el doctor Costa no obtuvo, á causa de sus condiciones de precursor, las recompensas que su actuación merecía.

El era práctico en el sentido de que sabía indicar los nuevos senderos, era práctico en el sentido de que brillaba con luz propia, disipando sombras; pero, mientras él ardía, cualquier espíritu opaco podía hacer su cosecha, dando aplicación positiva á las ideas que él prodigaba, arrojándolas al azar del viento.

En los últimos tiempos, solía quejarse en sus escritos del fracaso de casi todos sus proyectos, de la oposición sistemática de que eran objeto; y en esto no estaba en lo justo, á nuestro ver. Ese era su lote, primero por que ninguna reforma se realiza sin la lenta colaboración del tiempo, y, segundo, por que, en realidad, como hemos dicho, sus trabajos se resentían, no pocas veces, de ser tan luminosos en el concepto, como precarios en su base.

No es posible juzgar una personalidad intelectual tan vasta y compleja como la del doctor Costa en una nota necrológica, improvisada de acuerdo con las exigencias perentorias del periodismo, y por eso aplazaremos aquella tarea para llevarla á cabo con mas tiempo y mas reflexión, que uno y otra serán siempre pocos en este caso, dados la dificultad del empeño y la escasez de nuestras fuerzas.

El pensador, el polemista, el «causeur», las variadas fases de aquel talento abierto á los cuatro vientos del espíritu, requieren para ser analizadas las más agudas dotes críticas, y quizás pase aún mucho tiempo antes de que nuestra literatura cuente con un estudio sobre el autor de «Nirvana,» que venga á ser, por decir así, su estátua intelectual.

El Siglo, que era el diario predilecto del doctor Costa, para insertar sus producciones, quizás por que, á pesar de las desinteligencias de credos y de ideas, siempre se ha considerado con respeto

en esta casa á todas las personalidades que honran al país con sus talentos, deplora el fallecimiento de tan brillante escritor, cuyas obras le redimirán en el tiempo de los errores que puedan imputárseles. Su espiritu seguirá, indefinidamente, actuando sólo para el bien, y las generaciones futuras, al hacer el balance imparcial de su paso por la vida, reconocerán, sin duda, que muy pocos son los hombres que hayan influído tanto para encaminar á nuestro país hácia la realización de sus brillantes destinos.

(El Siglo.)

Doctor Angel Floro Costa

En las primeras horas de la noche del domingo se supo que había fallecido repentinamente en la vecina orilla el doctor Angel Floro Costa, miembro caracterizado del partido colorado y diputado por Montevideo.

Esta triste noticia fué recibida con sincera pena en los círculos sociales. El doctor Costa estaba muy vinculado, su atrayente trato vencía resistencias y la perpétua juventud de su espíritu le granjeaba fácilmente simpatías personales.

Aunque su actuación política puede provocar juicios contradictorios, es indudable que lo positivo de su talento y lo brillante de sus capacidades críticas y literarias darán fama prolongada á los escritos del extinto.

«Nirvana», una de sus obras de más aliento, condensa autorizadas opiniones patrióticas sobre nuestro porvenir de nacionalidad.

Períodista de raza, su pensamiento claro y profundo crecía en la polémica, sazonada siempre por ocurrencias de feliz acierto, que perfilaban en forma característica, las tendencias volterianas de su espíritu.

Suya fué aquella frase famosa sobre «el lábaro del estómago». Esa franqueza de expresión escandalizó en un principio, porque rompía ciertos prejuicios convencionales; pero, con el correr de los años, viendo quebrarse dolorosamente en el gobierno á muchos ciudadanos distinguidos, el concepto duro adquirió contornos muchas veces verdaderos.

No es el actual instante apropiado para juzgar la larga figuración política del doctor Costa y mucho menos querríamos intentarlo así quienes estábamos muy separados, en ese sentido, del batallador compatriota. Pero, apréciese como se aprecie la personalidad ciudadana del extinto, siempre deberá recordarse, como homenaje justiciero, que fué uno de los valientes escritores que atacó á la tiranía.

Con el doctor Angel Floro Costa pierde el país á una de sus mejores y más brillantes inteligencias.

¡Paz en la tumba del tenaz adversario del partido nacional!!

(La Democracia.)

El fallecimiento del doctor Costa

Acaba de fallecer repentinamente, en Buenos Aires, el doctor Angel Floro Costa, una de las figuras intelectuales más descollantes en el Río de la Plata.

No puede encerrarse en los estrechos límites de una nota de diario escrita para dar cuenta de la triste nueva, todo el significado de la personalidad que acaba de desaparecer inesperadamente de la vida, donde desarrolló tanta actividad, y tanta energía intelectual, dejando un vacío que será difícil de llenar por mucho tiempo, entre sus compatriotas, pues, sean cuales fueren los errores de que no se haya visto exento el doctor Costa en su larga actuación política en estas repúblicas, es indudable que el conjunto de sus condiciones, lo hacían destacarse entre sus contemporáneos con el relieve distintivo de la originalidad que caracterizaba su incesante labor y su producción constante.

Publicista de indiscutible fecundidad; elocuente orador con dotes sobresalientes: abogado experto y concienzudo: cualquiera pueda ser la divergencia de las opiniones existentes respecto del mérito del escritor, del tribuno ó del jurisconsulto, es indudable que con la muerte del doctor Angel Flaro Costa, pierde el Uruguay á uno de sus hombres de más vasta ilustración, y la prensa de ambas márgenes del Plata á uno de sus más intensos humoristas, y satíricos de primera fila.

Aquí, donde tanto se estudia, y á tantos se oye llamar hombres de ciencia, frecuentemente fué el doctor Costa una guía buscada por los estudiosos para solicitar á su erudición, el informe ilustrativo, la razón de alguna duda, su opinión autorizada.

También en el Parlamento nacional ya vendrán días, acaso no lejanos, en que en medio á las más difíciles controversias y ante las dificultades surgidas de improviso, se vuelvan instintivamente todas las miradas como otrora hácia esa banca que queda vacía, y desde la cual el extinto impuso tantas veces un criterio directivo, al debate de las cuestiones más arduas.

(La Razón.)

Angel Floro Costa

Todo Montevideo fué anoche hondamente sorprendido con la noticia, telegráficamente trasmitida, del fallecimiento del distinguido hombre público doctor Angel Floro Costa, ocurrido en Buenos Aires, en las circunstancias de que instruyen los datos que publicamos más abajo.

El doctor Angel Floro Costa, cuya actuación en nuestra vida

pública fué tan larga como laboriosa, poseía un talento robusto y una ilustración vastísima que le presentaban como uno de los hombres más preparados del Río de la Plata, y talvez como el que más sabia imprimir un estilo propio, original y atrayente á sus producciones que fueron tan numerosas como valiosas en el concepto de la ciencia y del saber humano.

Su actividad nunca desmentida, que ejercitó muchas veces sin resultado, pero siempre en forma brillante, ha dejado huellas profundas en los anales de nuestra historia contemporánea.

El libro, el periódico, la magistratura y el Parlamento, le deben muchos é inapreciables servicios; la política, el concurso de una voluntad inquebrantable, oscurecida á veces, por la pasión, pero descollante por la forma en que predicaba sus teorías y la magistratura, las claridades de un cerebro asombrosamente equilibrado, con el que arrojaba haces de luz sobre las cuestiones más intrincadas de la ciencia á la que dedicó sus primeros y fecundos esfuerzos.

Hombre de esquisita sociabilidad, respetado doquiera por el caudal inapreciable de su ilustración, vasta y profunda, mantenía relaciones, que ni la polémica, á veces ardiente, pudo amenguar, con los personajes más descollantes de los países de América y de muchos europeos.

Tal es, á grandes rasgos, la vida del ciudadano que acaba de fallecer y ante cuyo cadáver nos descubrimos respectuosos, como frente á la del que, con singular acierto, contribuyó á honrar con sus trabajos el nombre de la Patria.

(El Telégrafo Marítimo.)

La morte dell'on Angel Floro Costa

Giunse domenica sera la triste notizia. E tutti intesero al cuore una dolorosa stretta.

Perché l'on. Angelo Floro Costa era di quelle persone che si impongono a tutti per la loro bontá e per il loro talento. Nemici non possono averne; hanno avversari i quali sono sempre costretti a riconoscere le alte doti della loro mente.

L'on. Angelo Floro Costa trascorse tutta la sua vita nella politica militante. Deputado in varie legislature, era uno dei piú eloquenti oratori della Camera.

Ma il suo ingegno e la sua vasta erudizione brillavano specialmente nella *menipee*, articoli spiritosissimi, il cui stile vivace e momovimentato racchiudeva sempre idee nobili e profonde.

Con la morte dell'on Costa, l'Uruguay perde uno dei suoi figli migliori, uno scrittore valoroso, un uomo politico di grandi vedute.

(L'Italia.)

Angel Floro Costa

Un telegrama recibido ayer de la capital argentina, nos trae la tristísima noticia del fallecimiento del doctor Angel Floro Costa, actualmente diputado por el departamento de Montevideo.

Persona de reconocida intelectualidad, sus polémicas en la prensa, en el parlamento, en la cátedra, pusieron siempre de relieve su erudición, como hombre de ciencia.

En la prensa su característica fueron sus notables menipeas de las que hizo un estilo nuevo y propio para sus admiradores, fué periodista en tiempos de combate y aciagos para esta República, alistado al partido de la defensa, coadyuvó siempre con sus más decididos esfuerzos poniendo á prueba en más de una ocasión su entereza de carácter y su altivez política; sus discursos en el parlamento dejarán memoria imperecedera; en sus últimos tiempos habíase consagrado á dos problemas que el creía de interés vital para su país, la formación de la Alta Corte de Justicia, y la de campos fiscales.

Como catedrático ahí están sus discusiones en el Ateneo, en la Universidad, sobre derecho constitucional, con el extinto en esa materia doctor Justino Jimenez de Aréchaga, y sus polémicas de la prensa sobre ese mismo tópico.

Debido á la índole de publicidad de nuestra hoja no comentamos su actuación política.

Nuestra segunda patria pierde uno de su más preclaros hijos, lamentando tan sensible pérdida presentamos nuestra condolencia á la familia del extinto.

Paz en su tumba.

(El Diario Español.)

El Dr. Angel Floro Costa

Nuestro programa nos obliga. A un hombre del valer de don Angel Floro Costa, á un escritor de su talla y á un jurisconsulto que honraba á la República Oriental del Uruguay, es lógico, necesario, que *France-Uruguay*, después de haber depositado una humilde siempre viva en su tumba, le rinda un homenaje. — *H.*

(France-Uruguay)

El Dr. Angel Floro Costa

La muerte inesperada del ilustre publicista y miembro importante de la Cámara de Diputados doctor Angel Floro Costa, ha causado la más sentida impresión en todas las esferas de nuestra sociedad.

Era una de las personalidades que intelectualmente se han destacado más en el Río de la Plata, por el brillo de su talento, la extensión de sus conocimientos y la amenidad de sus escritos.

La ciencia y la literatura nacional pierden con el doctor Costa, uno de los más esclarecidos y brillantes cultores.

El país uno de sus más ilustres hijos y la sociedad, toda una entidad de cultura, progreso y sociabilidad.

La Dirección de esta Revista, presenta á sus deudos las más sentidas condolencias por tan irreparable pérdida.

(**Revista de Policía.**)

El doctor Angel Floro Costa

Las bellas letras uruguayas han perdido con el fallecimiento del doctor Angel Floro Costa, uno de sus mas distinguidos cultores. El doctor Costa constituía una especialidad en la hermosura de la frase, en la brillantez del estilo, en la novedad de las imágenes y en la estructura de sus escritos. Ciudadano de conocimientos generales, abarcaba el estudio de todas las cuestiones, haciéndolo siempre en una forma atrayente y galana. Era un notable *causeur* y caballero afable. Había ocupado en otros tiempos una posición distinguidísima en la vecina capital y actualmente ocupaba una banca en la Cámara de Diputados, sindicándosele como futuro ministro de la República en España. Lamentamos la pérdida del hombre de talento, del vibrante orador y altísimo publicista.

(**El Gráfico Mundial**).

Dr. Angel Floro Costa

Uno de los cerebros más luminosos del país fué el del doctor don Angel Floro Costa. La cabeza ilustre que contenía ese cerebro de pensador, como el arca severa contiene un tesoro, ya reposa, en infinita tranquilidad, sobre la almohada sin auroras de la muerte.

El elocuente tribuno, el sabio jurisconsulto, el polemista mordaz que popularizó las clásicas menipeas de la literatura irónica del Uruguay, abandonó ya la vida, que para él fué como un campo de siembra, un escenario del trabajo, y hasta un tormento en donde, en más de una ocasión, evidenció la energía de sus convicciones, el estoicismo de su fé grandilocuente en el porvenir de la nación.

El pueblo — acaudillado por la justicia al mérito — acompañó en dolorosa manifestación hasta el Cementerio Central los despojos inertes del sabio estadista.

Las fotografías referentes al sepelio del doctor Costa — que en este número de nuestra Revista damos á la publicidad — dán, apenas, una ligerísima idea de la imponencia que revistió ese acto de la gratitud nacional. — ¡ Paz en la tumba del batallador caído.

(**Vida Social.**)

Doctor Angel Floro Costa

Su sepelio —Una gran demostración pûblica—La concurrencia—·Los honores militares—Los oradores.

El sepelio del doctor Angel Floro Costa, realizado ayer, dió, como se esperaba, motivo á una grande é imponente manifestación pública de duelo. Desde las 9 1/2, hora en que empezaron á llegar á los alrededores del edificio de la Representación Nacional los cuerpos que debían rendir los honores militares, un numeroso público se agolpaba á su frente, en la plaza, corriéndose por las calles Juan Carlos Gómez y 25 de Mayo, donde se tendió la línea militar.

Poco después de las 10 fué sacado el féretro de la capilla ardiente por un grupo de legisladores, descendiéndose la gran escalinata, para depositarlo en el carro fúnebre de gala, que inició la marcha hácia 25 de Mayo, evitando con esto los trastornos que al tránsito público causa en estos momentos el cambio de rieles para la electrificación de las líneas de tranvías.

Los cordones fueron llevados hasta la misma Necrópolis por los señores doctor Francisco Soca, presidente del Senado; general Eduardo Vázquez, ministro de la guerra, y diputados Pedro Manini Ríos y doctor Bernardo García á la derecha; y por el doctor Antonío M.ª Rodríguez, presidente de la Cámara de Representantes, doctor Ernesto Frías, doctor Luis Melián Lafinur y diputado doctor Carlos A. Berro, á la izquierda.

La escolta de honor hacianla los elegantes y correctos cadetes de la Academia General Militar.

El duelo era presidido por los hijos del extinto, caballeros Angel G. Costa y Ramón C. Costa, su yerno Andrés Carril y su subrino Alberto Raymond, á quienes acompañaba en representación del Poder Ejecutivo el señor Ministro de Gobierno, doctor Claudio Williman.

Seguía luego la gran columna popular entre la que figuraban nuestros más distinguidos hombres públicos, del foro, ciencias, y de todas las ramas de la actividad, nacionales y extranjeros.

La lista ligeramente tomada que publicamos enseguida, puede dar apenas una idea de

La concurrencia

En representación del señor Presidente de la República, Claudio Williman, José Serrato, general Eduardo Vazquez, Antonio M. Rodríguez, Francisco Soca, José Pedro Ramírez, Pablo De María, José Romeu, Juan A. Capurro, Ernesto Frías, Joaquín de Salteraín, Gregorio L. Rodríguez, Laudelino Vazquez, Carlos A. Berro, Segundo Bazzano, Abel J. Pérez, Germán Roosen, Luis Piera, Antonio Bachini, Enrique Gradin, A. Madalena, Benjamín Fernández y Medina, Pedro

Manini Ríos, Agustín Ferrando y Olaondo, Laureano B. Brito, Domingo Arena, Juan J. Amézaga, Máximo Tajes, Ricardo Flores, Federico Canfield, Salvador Tajes, Juan Zorrilla de San Martín, Jacobo Vázquez Varela, A. Guesalaga, José Saavedra, Domingo Mendilaharzu, Cipriano Osorio Mascarenhas, C. Nacimiento, Pedro Figari, Santiago Rivas, Emilio Avegno, Antonio M. Márquez, Carlos Gurméndez, Juan Carlos Moratorio, Carlos Blixén, Antonio Cabral, Tulio Freire, Alberto Quintana, Carlos de Castro (hijo,) Julic Muró, (hijo), Alvaro Guillot, Juan de Dios Devincenzi, Eduardo Flores, José Pedro Massera, Manuel Herrero y Espinosa, Eduardo Chucarro, Ceferino Travieso, Pablo Mañé, Manuel B. Otero, Aurelio Rucker, Juan A. Saráchaga, Andrés M. Chipito, Juan L. Heguy, José Marella y Blanc, Duncan Guerra, Manuel Requena y García, Alfredo Vidal y Fuentes, Hamlet Bazzano, Antonio Lizarralde, Román Freire, Federico N. Abadie, Lauro Olivera, Bernardo García, Jaime Estrázulas, Jaime J. Bravo, L. Scarzolo Travieso, Pedro Garavagno, José B. Rossi, Luis E. Sánchez, Enrique Gómez Folle, Enrique Risso, Martín Etcheverri, J. Paullier, Pablo Zufriategui, Justo R. Pelayo, Juan B. Defféménis, Domingo Piñeyrúa, Félix Etchepare, Florencio Suárez, Carlos Cortés, Hope Lafone (hijo,) Bernardino Orique, Francisco C. Fiorito, Juan Blengio Rocca, Felipe Polleri, Jaime Mayol, Mauricio Rodríguez, Pedro Hormaeche, Roberto Rowely, Juan J. Fernández, José B. Montanez, Juan B. Morice, Guillermo Mac Lennan, Angel Casalla, Pedro Rovira, Juan Bernassa y Jerez, Carlcs Mac Lennan, Luis M. Pintos: Mario Berro, Julio B. Sosa, Salvador Estapé, Juan Pedro Castro, José B. Gomensoro, Arturo Lussich, Juan C. Vazquez, Carlos E. Lenzi, Ramón B. Benzano, Ricardo Canfield (hijo,) G. Gardey, Vicente Oxilia, Benjamín Tarabal, Juan S. Sanguinetti, Ricardo M. Tió, Juan Carlos Maeso, Eduardo Amestoy, Ricardo Carasale, Jacinto Méndez Alcain, A. Gaggero, Faustino Cataumbert, Raúl E. Castellanos, A. de los Reyes, Pedro Mattos, José Luis Renteria, Julio Piquet, Luis Schetler, Carlos M. Riviere, Pedro Saenz de Zumarán, Jaime Serratosa, Alberto Casaravilla, Agustín Sanguinetti, Alberto Moratorio, A. Berro, Ernesto J. Santuberry, Benigno P. Carámbula, Luis Silva, Raúl F. Bógliani, Anibal Semblat, Mario Penco y Sagra, José B. Schiaffino, Ricardo Smith (hijo), Mario N. Rodríguez, Joeé Rovira, Carlos Well Red, N. B. Ferri, Alberto Belgrano, Avalos Amaro, Juan E. Bidart, Ventura Enciso, Ubaldo Ramón Guerra, Melchor Pachecho (hijo), Santin Rossi, Angel Luisi, A. B. Lauzon, Juan C. Blanco Sienra, Manuel Lussich, Federico Nin Aguilar, Gregorio Pérez, Pedro Callorda, José Antuña, Antonio González, Bartolo Sanguinetti, Carlos Anavitarte (hijo), P. Alvariza, G. M. Sanguinetti, Antonio M. Aubriot, Leopoldo González Lerena, Ovidio Morató, Lefor Gallardo, Pedro Etchegaray, Juan J. Cazot, Agustin González, Rafael Sienra, Manuel Aubriot, Juan Pedro Bertrand, Juan B. Suburú, Arturo Lerena, Dario A. Saráchaga, Juan Fontana, Julio Aguiar, Roberto Tammaro, Raúl Montero Bustamante, Alfredo Muñoz, Arturo Evía, Mario Rojas, Leoncio Echeverría, Francisco

M. Carrau, Agustín Laguardia (hijo), Manuel Martens, Pedro Colistro, Jorge B. Sosa, Carlos A. Castro, Mario Morató, Pedro Ríos, G. Indart Denis, Agustín O. Scarone, Silvio C. Brignole, José Luciano Martínez, M. Buela, Benito Montaldo, Carlos Rogberg, Jaime Navarro, Juan Eastman, Teófilo Vaeza, Adolfo Requena, Enrique y Nicolás Storace, Carlos H. Laurron, V. Fossati, Honorio Villat, Sebastian Bouquet, capitan López Castillo, Alberto Vazquez Varela, Federico Vidiella, Juan C. Aicardi, Sotero Díaz, Eladio C. López, Juan P. Corradi, José Revello, Carlos M. Santos, Carlos C. Spangember, Juan F. Castro, Arturo Madalena, M. Caroso, José M. Marenco, Federico Igounet, E. Fernández, A. Marfetán, Crispo Brandis, Matías A. Criado, Luis Fabregat, Duncan Stewart (hijo), N. del Castillo, Domingo B. Agustini, Pablo Nin Lavalleja, Francisco Barilari, José Salgado, J. P· Catalogne, Raúl Nin Pérez, F. Leal, Fermín C. de Lerdgi, Ildefonso Costa, Enrique Iriarte, Severino San Román, Domingo Gomensoro, S. Villagrán Bustamante, Rogelio Rodríguez, Adolfo H. Pérez Olave, Manuel García Santos, Carlos Oneto y Viana, Juan Zamacoitz, Eduardo Biraben, Isaac C. Díaz, Victor Perelló, Julio J. Lascano, Pedro Colombo; German Larriera, Raúl Muñoz, Juan A. Palma, Juan B. Servente, Adolfo Alonso Criado, Manuel Nieto Clavera, Eduardo Ros, Gregorio Pérez, Carlos Volonté, Luis Alberto de Herrera, A. Laborde, Mateo Duce, Ildefonso García Acevedo, Julio Bastos, José M. Silva, Lázaro Grolero, Miguel A. Mangiui, Pedro Demarchi, R. de Arteaga, R. B. Montaldo, Antonio R. Benvenuto, Alberto P. Sardá, Nicolás Marfetán, Luis C. Peyrano, José S. Zamora, Rafael Howard y Arrieu, Carlos V. Nieto, Inocencio Guerra, Pedro Viglioni, Conrado A. Thode, Horacio E. Vigil, Luis M. Ribeiro, Urbano Chucarro, Juan F. Previtali, Juan P. Vico, E. Legrand, Bernardino Chans, Leandro A. Victorica, Juan Martiriné, Eduardo López Labandera, Ramón Mora Magariños, Alfredo Penco, M. Larrobla, Antonio M. Vizca, Manuel S. Ortiz, Eduardo H. Piaggio, Amarano Mattos, Pablo Varzi, José M. Vilaza, Eloy Pereyra, Federico Sacarello, Manuel Solsona Flores, Enrique Lemos, Andrés J. Otero, Wenceslao Paunero, Vicente Urta y Rocca, Fermín Ponce de León, Juan C. Aramburú, Andrés Delfino, Mariano Espina, Mariano J. Cortés, Francisco Molinari, Antonio Quintela, Alfredo Basañez, Andrés Llovet, Manuel Stirling, Eduardo M. Hidalgo, Julio Pérez Elis, José P. Rodríguez, Eduardo T. Linaré, Arturo Risso, Pedro López (hijo,) Tomás Vázquez, José M. Rodríguez, A. Sineire, Avelino G. Buela, Ventura Pérez, Luis T. Ordoñez, O. Bacigalupi, Adolfo Aviotti, Conrado Olariaga, Luis Rentería, Xavier de Acha, E. Martínez Zorrilla, Héctor Cluzeau Mortet, Domingo L. Olarte, A. Crosa, Carlos Garçao Márquez, A. Saráchaga, H. Fraga, Pedro Oneto y Viana, J. Bayeto, Lorenzo J. Lezama, Luis Posadas, José Repetto, Luis González, J. Deambrosis, F. Revello, Eduardo Muñoz, Carlos Pérez Montero, Liborio T. Rivero, E. Castells, Angel Starico, Pascual Pucci, Adolfo León, J. Manaro, E. Castellanos, Alberto A. Pays, Justo Doldán, Juan P. Peraro, Luis E. Méndez, A. Poggi,

Héctor C. Buela, G. Sanguinetti, Adolfo M. Delgado, M. Freire, Enrique Pietracaprina, Eugenio Rebolla, Julio Rovera y Reyes, Jacinto de León, Oscar Salvo, Carlos A. Zubillaga, J. P. Lavagnini, José da Soza Ximénez, Edelmiro Mañé, Julio de Medina A. F. Prats, E. Alonzo, A. P. Casciani, Cristóbal Ferreyra, V. Borro, A. Costa, Arturo Gomes Folle, Alejandro Evia, Carlos M. Otero, Julio Tossi, J. M. Gallego, Manuel Medeiro, Edgardo Hilair, Arturo Prat, Eduardo M. Avegno, Agustín Beltran, José M. Teisceira, Pedro Rivas Zuchelli, Juan B. Bermúdez, Ricardo Rey, Nicolás N. Piaggio, Carlos Perez Gomar, Enrique Casullo, R. Castellanos, José R. Muiños, G. Montero Bustamante, Luciano Fernández, Francisco San Vicente, Francisco Viacaba, R. Méndez Usher, Pedre J. Pirán, Raúl Fernández, Carlos del Castillo, Serra Belfort, F. Canale Sivori, V. Fraga, Juan F. Delgado, Demetrio S. del Cerro, C. Islas, Juan Jannicelli, O. Hordeñana, Alfredo N. Ellauri, Ernesto Caprario, Juan Vidal, H. Lorenzo y Lozada, J. Poggi, Natalio Azcárate, Justino Fernández (hijo), Alberto E. Silva, Francisco Accinelli, Valentín Martínez, Ernesto Barilari, Juan A. Martínez, A. M. Ferrando, P. Coelho, Emilio Ferrari, Manuel Guerra, Ramón Fariñas, Raymundo Ibarra, Ignacio Rivas, Samuel Blixen, Alfredo Horne Fynn, Juan Sardá, Justo H. Thevenet, C. M. Pereyra, Alfredo Vázquez Varela, Federico Donnelly, Andrés Pittamiglio, Baldomero Estapé, Eduardo Vellozo, Alfredo Prado, Agustín Estrada Gowland, Carlos F. Reissig, M. Magariños Solsona (hijo), Arturo Romay, R. Rodaíguez Socas, C. B. Rignono, Manuel Beiso, Lorenzo Daglio, Francisco Pollero, Juan Camou, Gilberto Etcheverry, Francisco Baneros, general N. Castro, J. C. Sagarra, Pablo Vitale, Pablo Pareja, C. Giasoli, Pedro N. Vaz, José C. de Nava, Ricardo Martínez Quiles, Pedro Iriarte, Justino E. Olivera, Abel E. Alvarez, José C. López, Héctor Deffeminis, Isidro Silva, Leonel Aguirre, E. Saavedra, B. Muñoz, Alfredo Horne Lavalle, Alberto C. Areco, Lucio Fiallo, José A. González, Pedro Daguerre, Adolfo Ballesteros, José A. Vilaza, Carlos Gaudencio, Julio Sosa, Julio Freire, G. A. Alonzo, Juan N. Mautone, Alfredo Rodríguez, Venancio Flores, J. M. Dubra, Alfredo Roca, José B. Carvallido, Alfredo Metz, L. Durán y Vidal, J. E. Maccio, E. Gard y San Juan, Armando López Anon, Juan P. Campisteguy, Federico Medina, Julio J. Chucrrro, P. V. Goyena, José R. Habiaga, L A. Baldriz, J. H. Arrechavaleta, Eduardo González Bustamante, Eladio E. Moreno, Blas Montes, Ricardo Regules, Pedro Ramos, José L. Bruné, Alberto G. Canfield, Alejandro Lasuso, S. Torres Cabrera, E. de Nava, E. Tardaguila, Cándido Robido, Juan J. Martínez, Julio Mendilaharzu, Enrique Geilly, Gilberto Regules, Juan Aubriot, Juan Ludecke, Juan R. Menchaca, Domingo González, J. V. Ballesteros, E. Garzón, Carlos Saavedra, Alfredo Montesdeoca, Alberto Zorrilla, Lorenzo de Medina, Carlos Rigamonte, Liborio Etchevarria, Alberto Felippone, Carlos Albin, Daniel García Acevedo, P. Varzi (hijo), Julio R. Martinez, Venancio R. Gomensoro, J. Cubiló, Eduardo Miranda, Manuel A. Romero, Juan M. Salas, José Cassaglia, Amaro

Carve, José B. Mazzarino, Antonio Paullier, José F. Arias, Juan M. Lago, Francisco A. Schinca, Adolfo M. Salgado, Francisco Sainz Rosas, H. Berthier, A. Vaillant, T. Milhas, A. Alvarez, Juan C. Videlia, Lorenzo Beluzzi, J. Vila Gomensoro, H. Pittamiglio, J. H. Madóz, Pedro Borrás, Juan R. Victorica, Juan C. Carvalho, Alejandro Britos, Alfredo S. Mansilla, Juan J. de la Bandera, Agustin Piera, Enrique Figari, Manuel Herrero Aroeena, Orestos Dell'Acqua, Pascual Quartino, Mario Zubillaga, Martín C. Martinez, Mateo Magariños Veira, Ricardo Narvajas, P. Deluchi, E. Magariños Donnelly, César Caprile, Mario L. Gil, Luis Mongrell, Luis María Gil, Carlos Falero, Justino Buela, Juan J. Buela, Ricardo Castellanos, Antonio Granotich, Eugenio Pérez Gorgoroso, Eduardo Martínez, A. Lammers, Emilio Giuffra, Daniel Allende, Dermidio De María (hijo).

Todas estas personas y muchísimas otras que ha sido imposible tomar, dejaron sus firmas en los varios albums expuestos. Entre esas firmas figura también la del doctor Jacobo Varela Acevedo, en representación del señor Presidente de la República.

El desfile

El cortejo siguió la marcha, como ya dijimos por 25 de Mayo y Uruguay hasta Convención, doblando en ésta hasta 18 de Julio y Yaguaron. Desfiló frente á la casa del primer magistrado que se hallaba en los balcones acompañado de su adecán. A esa altura habíase estacionado una gran masa de pueblo que se extendía hasta el Cementerio Central, donde recién se hizo alto á las 11 de la mañana.

Los honores militares

La cabeza de la columna, apoyaba en la calle Uruguay esquina Convención, y al llegar á ella el cortejo civil, iniciaron su marcha los batallones de línea, por orden numérico y llevando sus cajas y banderas enlutadas. El 1.°, el 3.°, el 4.°, y el 5.° de infantería, llamaban justamente la atención por su presentación correctísima y bizarra. Desde luego se notaba en ellos un personal uniforme, seleccionado, fuerte. Seguía á los infantes una sección del regimiento de artillería al mando del capitán Lagomarsino, bien montada la tropa y atalajadas las piezas.

En realidad no se oyeron ayer sino elogios, por ciertos merecidos, para el trozo del Ejército que, á órdenes del Jefe de Estado Mayor coronel Bazzano, rindió los honores militares al doctor Costa, y que fueron cerrados con las tres descargas de ordenanza — una al ser sacado el féretro de la carroza — y las otras dos en el acto de la inhumación.

Telegrama al doctor Golfarini

Los delegados del Club Oriental de Buenos Aires dirigieron ayer de tarde el siguiente despacho telegráfico al doctor Juan A. Golfariai presidente de aquel centro:

Al doctor Juan A. Golfarini — Club Oriental — Buenos Aires, Rivadavia núm. 875.

Cumplida nuestra misión con todas las atenciones que la Cámara de Diputados nos ha dispensado cediéndonos los puestos de honor, saludamos al digno presidente del Club Oriental, doctor Juan A. Golfarini y demás miembros de la Comisión Directiva. — *Ernesto Frias, M. Silva Bastos, F. A. Maciel.*

La delegación y la Cámara

El doctor Ernesto Frias, á nombre de sus compañeros de delegación significó ayer al doctor Antonio M.ª Rodríguez su deseo de que en su carácter de presidente de la Cámara de Diputados expresara á ésta los agradecimientos á que lo obligaban las atenciones recibidas por parte de la misma.

El doctor Rodríguez prometió al doctor Frías que haría constar su agradecimiento en la primera sesión que celebre la Cámara.

Visita á la familia de Costa

Ayer á las 4 de la tarde la delegación del Club Oriental de Buenos Aires, compuesta de los señores doctor Ernesto Frias, M. Silva Bastos y F. A. Maciel visitaron á los deudos del doctor Angel Floro Costa despidiéndose de ellos al dar por terminada su misión en Montevideo.

Acompañaba á los delegados nuestro cónsul general en la Argentina, señor Antonio Bachini.

El doctor Oneto y Viana

He aquí el telegrama que recibió el doctor Carlos Oneto y Viana para representar en el sepelio al Club «Vida Nueva» de Rocha:

Rocha, Junio 13 — A diputado Carlos Oneto y Viana. — Montevideo. — «Club Vida Nueva» de la ciudad de Rocha designado su representante sepelio doctor Costa, adheriéndose manifestaciones dolor sensible pérdida notable hombre de letras. — Salúdalo. — *Eugenio Martínez Thedy.*

Discursos

Discurso del doctor Ernesto Frías

Señores: La Comisión Directiva del Club Oriental, en Buenos Aires, al tener noticia del fallecimiento del doctor Angel Floro Costa, solicitó de la familia que el cadáver fuese velado en sus salones, y es un consuelo saber que, en medio de nuestras disensiones políticas, hay un centro de orientales en el extranjero, donde se velan los muertos, cubriéndolos con el pabellón de la patria que á todos nos une, y no con las banderas de partido que á todos nos dividen.

Es en nombre y representación de ese Club y rindiendo culto á los muertos, el más antiguo de los cultos, que mis colegas de Comisión y yo, hemos venido acompañando esos restos, y con ese motivo, me permitiré decir dos palabras al depositar este cuerpo, que obedeció durante sesenta y siete años los mandatos de un cerebro de fuego, en el que bullían permanentemente las más avanzadas ideas.

Señores: Angel Floro Costa, debió morir en las circunstancias en que ha fallecido: luchó intelectualmente durante muchos años en la Argentina, y allí ha exhalado su último suspiro, ese suspiro de agotamiento rápido, que la naturaleza impone al que ejercita la vida sin darle el descanso que hasta la máquina material precisa.

Luchó por hacer desaparecer los escollos de los ríos que, al dividir, unen los países del Plata, y justo era que su cuerpo fuese mecido por las olas de este río, impulsadas por las corrientes del Paraná y Uruguay, que pasan por el canal de Martín García, ese canal que fué su preocupación constante, porque sabía bien lo que valen los ríos para los países, las arterias para el cuerpo.

Su cadáver ha sido trasladado á Montevideo, porque la tierra revindica siempre, después de muerto, el cuerpo que recibió con vida, como el árbol corpulento se troncha sobre la misma tierra en que tendió sus primeras raíces.

No me tomaré, señores, la tarea de hacer la apología del doctor Costa con los detalles más culminantes de su vida, porque debo dejarla á sus compañeros del Cuerpo Legislativo y además, porque no he tenido alas suficientes para seguirlo hasta las alturas donde tendían su vuelo su preclara inteligencia y su imaginación casi genial.

No tengo tampoco ese pincel privilegiado que se requiere para pintar el cuadro de esas tormentas cuyas tinieblas parece que se mueven en Occidente y al mismo tiempo, aparecen en el Oriente relámpagos de vivísima luz que iluminan todo el horizonte, cegando la visión de los que no tenemos la mirada suficientemente fuerte para resistir su brillo.

Y sobre todas estas consideraciones, señores, prima la de que me es muy difícil hacer, en horas, el resúmen de esa larga vida de lucha continua, permanente, porque el talento del doctor Costa necesitaba el ataque para desarrollar toda su fuerza y vigor, como la dinamita precisa del rudo golpe para demostrar su expansión.

Bien sabemos, señores, que las luchas despiertan odios, los odios fomentan pasiones, las pasiones engendran la calumnia y la calumnia todo lo empaña, todo lo empequeñece. Para reaccionar contra ella, no bastan muchas veces los más meritorios antecedentes, ni las virtudes acumuladas, ni aún los actos de patriotismo grabados en el bronce, porque contra la calumnia sólo hay un remedio: ese remedio es el tiempo.

No olvidemos, señores, que las luchas, aun por patrioticos sentimientos, hieren susceptibilidades personales, y es esto tan cierto, que los dos más grandes próceres de la independencia San Martín y Bolivar tuvieron que separarse, al poco tiempo de verse reunidos en Guayaquil, en vez de entonar juntos el Hosanna en la cumbre de sus glorias por la realización de sus grandiosos ideales.

¿Quién se atrevería á negar, señores, á Angel Floro Costa, un talento claro y vigoroso, una erudición ayudada por una privilegiada memoria, una labor que no tuvo vejez, que fué siempre joven y lozana y lo que parecerá paradojal para muchos y no para mi es que, á pesar de su afilada pluma, tenía un corazón sensible y puede decirse, á su respecto, que si sabía herir con las puntas de su pluma tan ática como satírica, sabía también, como el león, lamer la parte ofendida para curar la herida.

Sus odios no precisaban más tiempo para cesar, después de la lucha que el indispensable para estrechar la mano del adversario noble de la víspera.

Su labor fué tan importante que puede decirse, que nos deja más que bosquejados, estudiados los más grandes problemas de nuestro país. Le increpábamos á veces que presentaba demasiados proyectos, y sabe Dios si las generaciones venideras no lamentarán el que no haya dejado aún más caminos marcados en el mapa del porvenir de nuestra patria, como Rivadavia demarcó á la Argentina el derrotero de sus futuros progresos. El porvenir está cubierto por un denso velo que solo lo atraviesan los rayos luminosos de los grandes talentos, y ¡cuán necesarios nos son esos vijías para los que ni siquiera sabemos darnos cuenta de las necesidades del presente!

Sí, Angel Floro Costa deja huellas, porque es el arado que hace surco con mas violencia, el que necesita la tierra para depositar las semillas que han de vegetar mas tarde, y los que le hemos creído un soñador, hemos de ver convertidos en realidades muchos de esos ensueños aparentes, porque de los preclaros talentos no puede decirse con el gran poeta español, que « toda su vida es sueño y sus sueños sueños son »; no: la vida de los varones ilustres es vida y sus ensueños son realidades.

Señores: Cumplida nuestra tan triste como honrosa misión, al en-

tregar estos restos á la patria, termino diciéndole con la convicción del creyente: recibe de nuevo este hijo en tu regazo: ha sufrido mucho, luchando como bravo; ha sido digno de tu amor y de tu cariño, y su brillante talento ha venido á colocar una piedra mas en esa corona en que tienes engarzados los mas preciosos brillantes que tu suelo ha producido.

Señores: que la tierra destruya la materia y la historia conserve su recuerdo.

Discurso del doctor Antonio M. Rodríguez

Señores: La desaparición inesperada de este eminente hombre público ha dado lugar á un verdadero duelo nacional y en el seno de la Honorable Asamblea Legislativa de que formaba parte, produce un vacío difícil de llenar.

Su cerebro vigoroso, su preparación excepcional en diversos órdenes de conocimientos y muy especialmente en ciencias sociales, su fecundidad inagotable, dejan en los anales parlamentarios, multitud de iniciativas de alto vuelo que han de sobrevivirle, incorporándose á nuestras instituciones y prácticas de gobierno.

Era el doctor Costa un hombre superior bajo todos conceptos, con intuiciones geniales respecto de la mejor solución que debía darse á los problemas de palpitante actualidad en las diversas épocas en que actuó, en la prensa ó en el gobierno,—intuiciones que lo llevaron en más de una ocasión, á ser el precursor de importantes reformas, en asuntos de orden económico, jurídico y constitucional.

Merece recordarse en este instante, por ser tal vez una de las pocas iniciativas que alcanzó á ver realizada en vida este gran visionario sembrador de ideas avanzadas, que él fué el primer propagandista entusiasta que sostuvo en el país, la necesidad y ventajas del Banco de Estado, contra la opinión dominante entre los hombres superiores de su tiempo, adversarios radicales de esa trascendetal reforma, que tan grande influencia ha ejercido en nuestra evolución económica, y la cual recien vino á cristalizarse y formar parte de nuestra legislación bancaria, veinte años después de aquella iniciativa, que le dió motivo para mantener una de sus más memorables polémicas.

La descollante actuación del doctor Costa es tan múltiple y variada á partir del año 1868, en sus diversas faces de catedrático, jurista, escritor, tribuno, polemista, crítico, legislador y hombre de empresa, que es imposible pretender abarcarla en el marco estrecho de una oración fúnebre.

Por eso me concretaré á trazar á grandes rasgos aquel período de su vida que mejor conozco.

En sus últimos años, el doctor Costa, tomó la vida como la tomaba Montaigne, en un concepto serio y fecundo de lo que el tiempo puede valer. Para nuestro gran crítico, como para el genial excéptico francés, el instante fugitivo tenía su precio, y no había momento desperdiciable. La vida es tan breve como ilimitada el ansia de expansión de ciertas inteligencias. El doctor Costa, veía pasar rápida la corriente de sus años últimos y todo su empeño era que esa corriente fuese provechosa y útil para su país, y, cuando menos, tuviera como el agua que cae de las montañas, la suficiente fuerza motriz para transformarse en luz de nuevas ideas, en calor de acendradas convicciones.

Nunca fué mas activo y emprendedor que en la última etapa de su vida, este obrero infatigable, cuya imaginación y cuyas energías no conocieron el descanso. Parecía como si tuviera el presentimiento de su próximo fin, y sintiera la violenta necesidad de realizar, antes de morir, los más preferidos de sus múltiples ideales.

Este hombre que presumía de práctico y que á veces predicaba una filosofía *terre á terre*, ha sido quizás, entre nuestros compatriotas, el que más tiempo vivió con el pensamiento entre las nubes, y por ciertas modalidades de su inteligencia, reproduce la curiosa antítesis de Balzac, que también presumió de hombre práctico en negocios y también fué un soñador incorregible, para quien resultó indispensable el ambiente de las más altas y hermosas ficciones.

La actuación febril del doctor Costa en la cosa pública, durante su última jornada, ha dejado en muchos problemas palpitantes y vitales, la estela imborrable de su luminoso talento. La reforma judicial, tan ansiada y próxima ya á su realización, se deberá en gran parte á las infatigables energías de este talentoso pensador que hoy todos lloramos, como se deberán á su colaboración inteligente muchas de las ventajas de la nueva ley diplomática y consular, la nueva organización ministerial con arreglo á un amplio criterio constitucional de vastas proyecciones y muchas de las futuras bellezas de Montevideo, si se llevan á la práctica algunas de las iniciativas de esa gran inteligencia proteiforme, cuya brusca extinción ha producido tan honda pena.

Hay intelectos, que son en cierto modo indispensables y cuya pérdida constituye un irreparable mal porque su luz, alta, clara y permanente, brilla para los demás, en medio á las turbulencias de las marejadas sociales y políticas en que todos nos agitamos más ó menos, como sonríe en las noches de borrasca, la luz impasible y amistosa de los faros, que indican la ruta, levantan el ánimo y exparcen á su alrededor reconfortante persuación de que están próximas las seguridades del abrigado puerto. El doctor Costa era, por su poderosa intelectualidad, uno de esos Hombres Faros, cuya luminosa irradiación no sólo es útil, sino bella y consoladora también.

Hubo siempre, hasta en los fugaces destellos de la imaginación que vertió tan extrañas claridades en la lobreguez del *Nirvana* y que evocó del pasado los relámpagos de la sátira de Menipo, un gran

fondo de generosidad, un ansia irresistible de progreso, una fé poderosa y ciega en la eficacia de la Razón y en el poder de la Mente humana.

Por eso es que aún durante el ardor de las agitadas controversias en que se deleitaba el espíritu inquieto y batallador del doctor Costa, nunca perdió su estilo, la serenidad y el encanto de su graciosa sonrisa ática, que mezclaba algo así como un efluvio perfumado de la Grecia antigua, á las modalidades de un carácter esencialmente moderno, por lo impresionante y nervioso.

El doctor Costa poseyó las dos cualidades del espíritu, que hacen más llevadera la existencia: la Bondad y la Ironía; la Bondad, que es un mágico prisma, al través del cual se embellecen las cosas, y la Ironía, que es la más voluptuosa de las represalias intelectuales, frente á las pequeñeces y á las miserias humanas...

En nombre de la Honorable Cámara de Diputados, en cuyo seno brilló tanto el poderoso talento del doctor Costa, vengo á pronunciar en esta hora solemne, el último y definitivo adios...

Las leyes inflexibles de la naturaleza imponen estas separaciones bruscas, que no alcanzan, sin embargo, á ser completas, porque si bien el cuerpo muere, el espíritu de los propagandistas perdura en su obra y en las benéficas proyecciones de su acción, verdad consoladora, que en estos tristes momentos hace más llevadera la pérdida de un hombre de esta talla.

Discurso del doctor Manuel B. Otero

El Comité Ejecutivo del Partidc Colorado me ha dado el honroso encargo de pronunciar algunas palabras al ser sepultados los restos del señor doctor don Angel Floro Costa.

Aunque penosa, no es difícil tarea, porque mis recuerdos están llenos de impresiones dejadas por el doctor Costa. Aún resuena en mi oído la conversación variada, cáustica, desbordante de originalidad y de elegancia; aún me parece oir en la calle el grito de—¡Carta del doctor Costa!—tomar el diario y leer, de un tirón, tres, cuatro, cinco columnas de literatura extraordinaria, fluída, penetrante, en que las pasiones y los actos de nuestros hombres públicos aparecían, ora con la desnudez de la tragedia antigua, ora con los oropeles y las contorsiones del sainete moderno. Y mientras el público buscaba con avidez aquellos largos artículos en que inesperadamente eran llamados á colaborar los coleópteros y las divinidades mitológicas, el autor que deshacía así las tempestades de su alma en relámpagos de ironía, se sentía como un rey en medio de su pueblo; rey de la frase acerada y brillante, de la sátira resplandeciente de vigor y de gracia.

Así debió sentirse grande Aristófanes, cuando en el teatro de Atenas hacía reir al pueblo entero, exhibiendo á los sofistas!...

Tenía razón el doctor Costa al sentirse orgulloso con sus *menipeas*. No solo ejercía acción fecunda sobre los hombres de su tiempo, sino que dejaba á la literatura patria un monumento imperecedero de original belleza y de vivo recuerdo. ¡Tiempo vendrá señores, en que los fragmentos de las menipeas que han corrido la calle serán explicados en la cátedra por los eruditos, como reflejo característico, como producto original de esta época turbulenta é inconstante, grande en ideales, llena de soluciones inesperadas, cómicas y trágicas; y, si hay risa en las regiones de la inmortalidad y de la muerte, nuestro viejo amigo reirá de los profesores que discutirán en lo futuro la difícil interpretación de todos los términos extraños, de todas las lentejuelas de oro con que adornaba su estilo.

He leído en libros de estética la opinión de grandes pensadores sobre el valor de la sátira. Talvez alguno de vosotros no sabeis que ha sido considerada como expresión de alta mentalidad.

Un filósofo italiano, Cattaneo, ha dicho que la audacia de la sátira es no sólo un signo de excelencia mental, sino que lo es de excelencia moral de una nación y ha recordado que Ariosto y Macchiavello fueron « *egregi derisori del prossimo* » y que el Dante fué el ideal de la maledicencia.

Es que, como es pequeña y rastrera la murmuración oculta y tímida, es grande la murmuración valiente de esas almas superiores al medio ambiente, que piensan y sienten en público y que con la ingenuidad de los niños acostumbran llorar y reir al mismo tiempo.

¿Qué más voy á decir, señores?

¿Qué el doctor Costa amó intensamente á su partido político?... No puedo entrar á ese tema. Aquí, en las propileas de lo desconocido y de lo eterno, en la hora de la piedad y de la tristeza, no es el lugar ni el momento de hablar de Güelfos y Gibelinos.

No es un partido político sólo el que honra la memoria del doctor Costa; es la patria, — la que cierra los ojos y besa la frente de sus hijos ilustres, sin preocuparse de averiguar si el corazón lo tenian algo inclinado hácia la derecha ó hácia la izquierda.

En nombre de los que me envían y en el mío, me limito á acompañar este acto con el más sentido, con el más cariñoso recuerdo.

He dicho.

Discurso del doctor Joaquín de Salterain

Señores: — Cuando mueren los lirios, en las tortuosidades de la márgen, el silencio del remanso, les sirve de sudario; cuando las hojas secas ruedan por las laderas, el gemido de la brisa las acompaña; cuando los árboles gigantescos se desgajan, desde las cimas, la verdura de la floresta cubre y resguarda los fragmentos dispersos y los troncos desnudos. Y así, en la vida: cuando las esperanzas se malogran, los hogares enmudecen; el viento de los siglos se lleva el recuerdo de las multitudes y los arrullos de la gloria

preservan del olvido la memoria de los varones preclaros. Como los ósculos de la luz, preservan y mantienen el equilibrio de los mundos siderales y la sucesión no interrumpida, de las palpitaciones de la naturaleza. . . . .
. . . .

Nació en los arreboles de la *Nueva Troya*, y aprendió, desde niño, á repetir de memoria las estrofas de esa Iliada, que más tarde había de divulgar con los acordes y cadencias de su arpa de bronce. Vivió, como las águilas, en la altura, de donde apenas se divisan los guijarros de las breñas y las hendiduras de los vallados.

Su inteligencia, abierta á todos los horizontes del pensamiento, poseía los matices del iris, las fascinaciones del entusiasmo y el ilusionismo del creyente. Tenía algo, por atavismo intelectual, ó por adaptación consciente, del espíritu dúctil, asimilador y verboso del alma griega. De ese genio, maravillosamente fecundo, que allá en la noche de los tiempos iluminó la conciencia universal y pobló los espacios estelares del arte, de claridades pristinas.

Seguro siempre, con la conciencia de la propia fuerza, confió al partido que amamantó la gloria y vigorizó la libertad, el secreto de sus querellas, para purgar en días nebulosos, el delito de haber diseñado nuevos rumbos, con las amarguras del destierro y las decepciones de los caídos.

¡Ironias del destino! Partidario incondicional del éxito, jamás lucieron para él los arreboles de la victoria, que, ¡cuántas veces! sació la voracidad de sus detractores y adversarios. Como si los despojos de la batalla, fueran el patrimonio exclusivo de las aves agoreras, que esperan el final de la refriega, para clavar la garra sobre los cuerpos mutilados y los restos inermes.

Luchador incansable, en el ocaso de la vida, acariciaba, todavía, ilusionismos de niño, prodigalidades de adolescente y fogocidades de tribuno. Como si la nieve de los años hubiera entibiado sus frialdades al calor de ese cerebro en perpétua ebullición.

La muerte, sólo la muerte, acertó á galvanizar el instrumento de tantas actividades. Y al apagar, para siempre, la llama de su genio, tuvo que apelar á la sorpresa de la emboscada y á la celeridad del síncope.

Sus restos queridos, le cuentan con voz doliente, á la patria que tanto amó, y á los discípulos, á quienes tanto enseñara, el desenlace del drama.

Señores: El «Club Vida Nueva,» aspiración nobilísima é intelectual de un grupo elegido, que discernió al doctor Costa victores y laureles, sin parar mientes en discusiones pequeñas, porque la juventud es generosa, es entusiasmo y es benevolencia, ha querido honrarme con su representación, en este duelo tan general y tan sentido...

¡Qué el espíritu de esa doctrina, de igualdad de derechos para el adversario, de olvido para el error, de consuelo para el caído y de concordia para todos, que sintetiza el credo del «Club Vida Nueva,» y que fué númen del doctor Costa, vele su tumba; que las marga-

ritas rojas y las hortensias azules broten perpetuamente en los dinteles de su sepulcro; que la gratitud de los discípulos perdure y se haga verbo; que el alma de la patria entristecida albergue en su seno pródigo la memoria querida del eminente ciudadano y del esclarecido maestro.—He dicho.

Discurso del señor Oscar Hordeñana

Señores: Hé aquí como terminan la lucha incesante por la existencia y los dolores y afanes de la humanidad!

Es tan rápido, tan fugáz el pasaje del hombre sobre el planeta, que apenas se detiene á contemplar los albores de la vida, cuando lo sorprende la noche y lo arrebata la muerte!

El doctor Angel Floro Costa acaba de pagar su tributo á la naturaleza en cumplimiento de una ley fatal é ineludible de la condición humana, y si en todo momento es dolorosa la desaparición de un hombre de sus cualidades intelectuales, lo es doblemente en una edad en que aún podría prestar grandes servicios á su País, empleando las dotes de su fecundo talento, de su vastísima ilustración y su acendrado patriotismo.

Los hombres de larga actuación en el vasto y complicado escenario de la política, no están excentos de errores que son inherentes á la condición humana.

La personalidad del doctor Costa debe tomarse en conjunto y apreciarse con espíritu sereno y criterio desapasionado como se juzga la de los más ilustres pensadores.

El doctor Costa tuvo momentos de desencanto y desaliento bajo el influjo de torturas morales, y si llegó á enunciar ideas contrarias al sentimiento nacional, fué porque creyó sinceramente que podría engrandecerse su patria y figurar á mayor altura en el concierto de los pueblos más adelantados de la América.

Sería un error; pero inspirado sin duda en sentimientos nobles y patrióticos.

Las producciones de todo género del doctor Costa que reflejan su vigoroso talento constituyen una hermosa biblioteca de estudio y de consulta por los hombres públicos. Llenas de ciencia, de erudición y de enseñanzas prácticas, han de facilitar la solución de problemas que interesan á la organización política y civil de la República.

El doctor Costa reunía en sí todas las dotes y facultades de los hombres de mayor vuelo intelectual y de espíritu más selecto.

Escritor ameno y polemista, literato, orador, jurisconsulto y académico, el doctor Costa figuraba entre los hombres más eminentes de nuestro país y aún de la América toda.

Sus trabajos científicos traspusieron las fronteras de la patria y tuvieron alta resonancia en la República Argentina.

Allí, se dedicó con afanoso empeño al estudio de las cuestiones económicas y financieras y contribuyó á resolver árduos problemas vinculados al crédito público.

Allí hizo importantes trabajos referentes al estuario del Plata, y fué el primero que denunció la existencia de un canal navegable de 19 pies de profundidad, cuyo hecho vino á favorecer inmensamente los intereses del comercio y navegación de ambos Estados y fué la base de los estudios posteriores de los ingenieros argentinos que aprovecharon sus trabajos y utilizaron el plano de relieve del Río de la Plata, levantado á sus expensas.

El doctor Costa al hacer su último viaje á Buenos Aires nos dijo, al despedirse: *voy á emplear todos mis esfuerzos para asegurar el pan de mis hijos, confío en la justicia del gobierno Argentino.*

El actual Presidente de la Nación hermana en su calidad de Senador reconoció la procedencia y justicia del reclamo del doctor Costa y lo defendió elocuentemente en la Asamblea de su País.

Cumple ahora, con mayor razón, á la buena fé y justicia reconocida del Congreso Argentino, dar solución inmediata á ese reclamo.

La Asamblea de la República, reconociendo los méritos y servicios del extinto ha cumplido con un deber de justicia y de humanidad, decretando honores fúnebres á sus restos y una pensión decorosa á su viuda é hijos.

Este acto honra á la Asamblea y es un estímulo de gran aliento para los buenos ciudadanos que careciendo de bienes de fortuna; sirven á su País con ilustración y patriotismo en la esperanza de no dejar á sus familias en la horfandad y en la miseria.

Quizás el doctor Costa, antes de abandonar la tierra para siempre, mirando con el alma á su patria y á sus deudos exhaló tranquilo el último suspiro confiando en la nobleza de sentimientos de sus conciudadanos y en la equidad y justicia de la Asamblea.

Doctor Costa!: tu palabra siempre sonora y elocuente ya no resonará como otrohora en el Parlamento Uruguayo para sostener la causa de la justicia, del derecho y de la libertad; tu pluma y tu inagotable ingenio ya no producirán más obras; tus Menipeas llenas de sal ática y de vastísima erudición no aparecerán mas en nuestra prensa diaria; ya no gozaremos de tu ameno trato, ni recibiremos tus sabios y sinceros consejos, porque la muerte te ha arrebatado; pero en cambio nos dejas algo emperecedero que no se borra ni se extingue jamás; — un inmenso caudal de obras que quedarán al través del tiempo como verdaderos monumentos de ciencia, de enseñanzas saludables y de labor fecundo!

Terminemos, señores, con las palabras de un ilustre orador sagrado en la tumba de un hombre eminente:

« Nuestros corazones son otros tantos mausoleos donde coloca-
« remos el tuyo. Estos bronces y estos mármoles están destinados
« á guardar únicamente los restos; pero tu corazón y tu recuerdo
« vivirán eternamente en nosotros. »

Discurso de Lino Aranda y Correa

Señores:

Los estudiantes de la sección de Enseñanza Secundaria, ese enjambre armonioso de almas en primavera, que beben con fruición la clora linfa de azules transparencias que brota de la fuente sagrada, inviolada de la ciencia, han querido que deposite en su nombre una corona sideral de lágrimas sobre el ataúd de este egregio varon, que en tiempos no muy lejanos, desde la cátedra iluminó con los destellos de su inteligencia la juventud universitaria, y que ahora duerme un tranquilo sueño profundo, y que yase aquí, en este féretro enlutado, á la espectación de vuestras tristes miradas compasivas reflejo del dolor y de la desolación inmensa de vuestras almas.

Nada más noble; nada mas justo.

Y aquí me teneis, con el sollozo en el alma y en los labios, ante este nuevo vencido por la trágica pálida; esta vida que se esfuma envuelta en la sombra de la noche inevitable.

Sin embargo, mirad, las lágrimas se secan y el psalmo brota...

No créais, señores, que vengo á hacer la apología del que permanece aquí con los labios pálidos como lirios enfermos, sellados como para imponernos silencio ó para indicarnos que su alma, blanca como el nenúfar albo que flota misterioso en las riberas áureas, entre gemidos y sollozos de las ondas estremecidas, ha volado, paloma mística, al lugar del Silencio, donde no llegan jamás las vibraciones de la ola ondeante y rumorosa de la vida con su música de palpitaciones y latidos; sino que vengo á hablaros rindiendo culto á la Verdad, — inflexible Diosa luminosa, — de los méritos indiscutibles y de las cualidades resaltantes de este hombre admirable, que sin duda habrá sonreído al sentir en sus labios la onda amarga del luctuoso Aqueronte...

El doctor Costa tuvo un cariño irresistible, cariño de abuelo ó de padre, por la generación que nace y que estalla en flor, y que adolescente, con ideas altruistas, vive soñando entre celajes de rosa y de ensueño, con un porvenir esplendoroso, con un ambiente más propicio á la realización de sus grandes ideales; y este anciano glorioso como los iluminados, esos visionarios que ven más allá que los demás hombres, se preocupó constantemente de la juventud, la esperanza de la raza y de la patria, en la que veía al hombre del porvenir de una sociedad ideal, por encima de pasiones y de cálculos estrechos, apareciendo vencedora en los mirajes fulgentes del Futuro; por eso, cuando hablaba de ella sus ojos brillaban de un modo extraño, con un rayo de luz sobrenatural en sus miradas vivaces, y sus labios, como un capullo entocado, se abrían para dejar paso al perfume de sus palabras persuasivas, alentando á los iniciados.

Anciano, abuelo, padre, la juventud de rodillas te entona un psalmo!

El doctor Costa es el hombre que, como un cóndor nostálgico de luz, ha llegado más alto en su ascensión: entre sus contemporáneos ha descollado en primera fila; reposado y sereno en las tempestades, ha marchado á la vanguardia de los intelectuales: ha sido el talento más sólido, más vigoroso, más vasto y más complejo; el intelectual más preparado, con un vagaje inmenso de conocimientos científicos; trataba con facilidad, con profundidad idéntica, los puntos más escabrosos, más abstrusos y difíciles que se le presentaran. Y así como en la antigüedad los poetas condensaban en sus poemas los conocimientos de su tiempo, podría decirse de él que en su cerebro se hallaban estereotipados, en caracteres imborrables, los conocimientos generales resumidos de todas las ciencias.

¡Sabio, fuente inagotable, astro siempre sobre el horizonte, los hombres de ciencia ante tí se inclinan!

Su vida, representa una labor inmensa; todos sus pujantes esfuerzos, sus alientos de cíclope, sus supremas ansias fueron empleadas, con el objeto del engrandecimiento de su patria; hizo por todos los medios á su alcance, lo posible para conseguir el mejoramiento de la condición social de su pueblo; jamás abrió sus labios sino para exteriorizar alguna gran idea ó para apoyarla.

¡Luchador, alma de acero, prometeo, atleta sin fatiga, una aurora te envuelve en un beso de luz!

Ahora comprendéis, ¿no es verdad, cómo la noticia de la muerte del doctor Costa, acaecida en Buenos Aires, repercutió dolorosamente por todos los ámbitos de la República; y del alma transparente de la juventud que estudia, como de una cuerda herida vibró un gemido...?

Y, ya en la senectud, en el poniente crepuscular de la vida, se preocupaba siempre de su pueblo; ayudado por su vigorosa inteligencia, ¡astro que no conocía ocasos, y que como un sol siempre allá arriba, en lo alto, en la apoteosis de la luz, en perpetuo cenit, tampoco conocía descensos!

¡Jurisconsulto, legislador, Isco, fuente de Verdad, el pueblo te venera, y solloza!...

Su estilo, fluido y correcto se ponía de relieve en sus largas menipeas, que á veces exornaban las columnas de los diarios, y que eran el deleite de los hombres que pensaban hondo y de los admiradores de la forma y de la belleza. En el parlamento, como orador, era notable; y en todas partes donde elevaba su voz, era escuchado con gusto.

Del doctor Costa sin exagerar puede decirse lo mismo que un talentoso escritor español ha dicho de Cicerón, el águila de la

oratoria « sólido generalmente en sus pensamientos, fluido en la dicción y muy armonioso en el corte y estructura de sus periodos, sabe comunicar á sus razones tal fuerza y persuasión, que arrastra la voluntad de un modo irresistible. »

En la Polémica era temible por la profundidad de su pensamiento; — en la cual cuando empleaba la sátira, no tenía sabor alguno á Aristófanes ni era látigo que hacia enrojecer de ira las mejillas inflamadas y llameantes del adversario, ni tampoco aguijón que hiriera hondo, penetrando profundamente, ó lacerando tejidos internos; sino que en sus manos de seda, era como un alfiler de oro, con engarces de diamantes y rubies, que rozaba levemente la epidermis sin dejar el más superficial rasguño.

¡Pericles, Lisias, Benjamín Constant, Lord Chatam, Mirabeau, Martínez de la Rosa, la elocuencia revivió en tus labios!

En las tremendas agitaciones de su vida política, en ese pasado envuelto en sombras y en nubes amenazantes, en cuyos senos se incubaron tantas tempestades, la personalidad del doctor Costa nos es simpática y aparece rodeada de una aureola de luz en aquellos tiempos nefastos, donde el derecho era un mito y la fuerza imperiosa, brutal, una verdad, y, entonces, sin miedo y sin pusilanimidades, altivo y soberbio, daba á luz sus ideas contrarias al gobierno oligárquico y, su verba valiente é indignada tenía la violencia del torrente.

Y, no obstante los atentados inauditos de que fué objeto por parte de los esbirros de esos régulos prepotentes que estrangulaban á la libertad con sus dedos de hierro, hacía estallar sus ideas, como granadas humeantes en medio de sus enemigos, en un ambiente hostil.

Entonces, el doctor Costa, con el alma llena de elevados ideales como un gladiador baja á la arena y lucha, como un cruzado se lanza á la conquista de los derechos sagrados é inviolables hollados.

Su obra fué obra de titán.

En su pecho no abrigó el miedo.

Y, desde la llanura, envuelta en la penumbra dominada por las alturas, alejada del lugar elevado, del pináculo de los deslumbramientos y de los esplendores, soltaba los cóndores bravíos de su pensamiento que iban á clavar su pico y sus garras en el pecho de los opresores.

Señores, los egipcios tienen monumentos gigantescos, los colosos de Memnón, que parecen desafiar la acción destructora de los siglos; nosotros debemos enorgullecernos porque hemos tenido aquí, en esta tierra, el talento más sólido de América, un coloso más grande que los de Memnón: el doctor Costa.

Su nombre hace honor á la República y á toda la raza americana.

Jurisconsulto, legislador, Iseo, fuente de Verdad, el pueblo te venera y solloza!...

¡Pericles, Lisias, Benjamín Constant, Lord Chatam, Mirabeau, Martínez de la Rosa, la elocuencia revivió en tus labios!

¡Luchador, alma de acero, prometeo, atleta sin fatiga, una aurora te envuelve en un beso de luz!

¡Anciano, abuelo, padre, la juventud de rodillas, te entona un psalmo!

Abuelo, descansa, padre duerme, duerme... ¡que has manejado á tu albedrío la cuadriga luminosa del carro del Sol!

Duerme...

He dicho.

De los Departamentos

Angel Floro Costa

El hilo eléctrico ha traído una triste noticia, que á la fecha se habrá exparcido por todo el país, llevando la consternación á todos sus ámbitos.

Ha fallecido el diputado por Montevideo doctor Angel Floro Costa. Apartando toda preocupación partidaria ó de círculo, excluyendo cualquier animadversación ó resistencia que este hombre público pudiera haber levantado durante su larga y profícua actuación, en el ámplio escenario de las letras, las artes, la ciencia y la política, — sobre todo en esto último, donde llegó á ser susceptible de escrupuloso examen, por parte de muchos espíritus que él deslumbró con las luminosas intermitencias del suyo, la muerte del doctor Costa representa para nuestro país una pérdida quizás irreemplazable.

Todos conocen algún aspecto de su esclarecido talento, de su ciencia é ingenio asombroso; de su fecundidad intelectual, que ha dado tantos frutos sazonados, tantas obras de consulta y estudio que enriquecen las bibliotecas y los archivos, no solamente dentro del país de su cuna, sinó de los que por su civilidad avanzada marcan la ruta á la intelectualidad universal.

El doctor Costa ha sido consagrado por sus contemporáneos, notable estadista y orador, legista consumado, literato insigne y hasta pedagogo autorizado.

Lo característico era en él la diversidad multiforme de conocimientos. Todos los tópicos que abordaba salían ilustrados ó aclarados por su palabra luminosa, á veces candente y acerada, siempre galana y ática.

El país intelectual se asociará al homenaje del Gobierno, cuando se le rindan los altos honores que ha dispuesto tributarle; y nosotros también participamos del duelo nacional inclinándonos con respeto ante la tumba del insigne hombre público.

(**Ecos del Progreso,** Salto).

Doctor Angel Floro Costa

El telégrafo nos ha anunciado hoy, con su laconismo acostumbrado, el fallecimiento repentino en la ciudad de Buenos Aires, á donde había ido por la reclamación que tenía pendiente con el gobierno

argentino, del doctor Angel Floro Costa, de una larguísima y brillante actuación política y literaria.

Es indudable que la patria pierde con él uno de sus hijos más talentosos, pues el autor de « Nirvana » puede llenar con sus obras de literatura, de política y de economía y la multitud de sus artículos de polémica toda una biblioteca digna del más profundo estudio.

De la generación de Aramburú y Carlos M.ª Ramírez, Angel Floro Costa, formaba con ellos, apesar de sus muchos errores políticos, una trinidad respetable y el vacío que deja, será indudablemente muy difícil de llenar.

Diversas veces ha sido senador y ahora lo ha encontrado la muerte siendo diputado.

Ante su tumba recién abierta, los que sabemos homenajear al talento, rendimos el más sincero de nuestros tributos de condolencia.

(*El Tiempo*, Paysandú.)

El Dr. Angel Floro Costa

El distinguido compatriota cuyo repentino fallecimiento nos anunció ayer el telégrafo, era una de las personalidades del país que mayor figuración tuvo durante el último lustro por sus condiciones de publicista, orador parlamentario y como letrado.

Nacido en Montevideo, en Agosto de 1839, demostró desde los primeros años ser muy estudioso, y así es como á los 17 se recibía de Bachiller y á los 22 dirigía ya una cátedra en la Universidad, la de Geografía Nacional y Astronomía, habiendo sido sus discípulos en aquella época muchos que son hoy preclaros ciudadanos, como el doctor Vázquez Acevedo, el doctor Gonzalo Ramírez, Martín Aguirre, y otros que recordarán talvez la lucidez y claridad de las lecciones del joven profesor.

Cuando se produjo la guerra de Flores emigró á Buenos Aires, y allí terminó su carrera de abogado, abriendo su estudio.

Durante su larga permanencia de 20 años en la capital argentina, tomó parte en todas las cuestiones ó controversias económicas que allí se suscitaron con ocasión de sus crisis y trastornos financieros, — dando allí publicidad á sus primeros libros.

La fecundidad intelectual del doctor Costa era notoria, — ilustrando en épocas aciagas para nosotros, y aún en épocas posteriores, con infatigable abnegación y perseverancia, la opinión de sus conciudadanos, con artículos, folletos, panfletos y libros de relevante mérito, que siempre eran devorados por los amantes de las ciencias y de las letras.

Durante el gobierno de Vidal fué nombrado Fiscal de Hacienda, de cuyo puesto lo destituyó el Presidente Santos años después, por un úkase del Gobierno, tan absurdo como despótico, con la nota

calumniosa de *Traidor á la patria.*—Se le acusó del delito de tener ideas anexionistas, lo que era falso.

A excepción de los últimos años, en que ha ocupado indistintamente los cargos de senador y diputado, distinguiéndose por su espíritu independiente, bien poca compensación se le dispensó, aun dentro de su propio partido, á los sacrificios del doctor Costa, encaminados á levantar el nivel moral de la educación de nuestro país. Sus propios correligionarios lo habían tratado más de una vez de díscolo é inconsecuente. ¿Porqué? Por esa misma altivez que le era característica.

De todos modos no puede negarse que aun cuando el doctor Angel Floro Costa, por la independencia de su caracter y por los grandes vuelos de su inteligencia no haya hecho gran camino en la política oficial, sus ideas y su incansable propaganda han ejercido fecunda influencia en las proyecciones intelectuales de su época.

El Paysandú, que reconoce y ha sabido valorar más de una vez los méritos del doctor Costa, se inclina hoy reverente ante la tumba recien abierta del distinguido y eminente publicista uruguayo.

(El Paysandú).

Angel Floro Costa

En Buenos Aires, en la ciudad que lo cobijó en su seno cuando las persecuciones tiránicas lo obligaban á tomar el camino del destierro para ir á formar en las filas de los abanderados del civismo que se preparaban para las grandes reivindicaciones; en la misma ciudad donde la muerte apagó la voz de su genial maestro Juan Carlos Gómez, se ha extinguido repentinamente la vida del doctor Angel Floro Costa, una de las inteligencias más nutridas y uno de los talentos más vigorosos del país, á quien diera sus bellos frutos y para quien deseara el bienestar supremo de las grandes nacionalidades.

Igual que aquél, la muerte lo ha fulminado en país extraño, pero más feliz que Juan Carlos Gómez, no ha muerto con el pensamiento en las congojas de la patria, sino de su porvenir risueño, después de haber asistido al expléndido despertar de las libertades uruguayas y al *resurrexit* de las épocas institucionales al amparo de la honradez administrativa.

El discípulo ha caído en la emboscada de la invisible viajera que ha colocado en su frente la frialdad marmórea de los inviernos; y se ha abatido lejos de sus afecciones más íntimas, lejos del calor del hogar, y su alma, abandonando la envoltura corpórea, ha ido á llevarle al maestro la confidencia de una patria feliz tal como la concebía en las ardientes horas de su juventud.

Dentro de las limitaciones de un artículo no es posible hacer una biografía de la ilustre personalidad del extinto, sino señalar los ras-

gos principales de aquel talento ya apagado, de aquel cerebro brillante ya yerto, que tantas proyecciones luminosas arrojara desde la cátedra, desde la tribuna y desde el parlamento.

Tenía el doctor Angel Floro Costa un inmenso caudal de méritos que podía presentar á sus compatriotas como credenciales para la consideración pública, porque pertenecía á aquella estirpe de hombres privilegiados que nacen con todos los atributos del talento; que aplican su inteligencia con infatigable esfuerzo al bien social, á la regeneración y al progreso nacional, y que honran de cerca ó de lejos al país que le concedió la luz que hirió por primera vez sus pupilas.

Pudieron algunos cegados por la pasión negárselos ó aminorarlos en vida, pero esos juicios, sean cuales fueren los errores del doctor Costa, desaparecen ante la tumba que se abre; sus méritos adquieren el relieve de lo indiscutible, se imponen con más intensidad á la conciencia de sus conciudadanos, porque la justicia de la apreciación es una flor de cementerio, porque el mérito, como lo dijo el poeta, es el náufrago del alma: vivo se hunde pero muerto flota.

El doctor Angel Floro Costa, desde edad temprana consagró su existencia á la labor y al perfeccionamiento del intelecto, á la lucha y á las agitaciones de la vida pública; y en su larga actuación se encuentran doquiera las manifestaciones de su potencialidad intelectual y de su inmensa erudición, que abarcaba todos los asuntos, prestándole á las más áridas y abstractas cuestiones el brillo y el atractivo con que los engalanaba. Su espíritu incansable, inaccesible á las fatigas y á los quebrantos que el tiempo arroja sobre los débiles, conservaba los vigores y los entusiasmos de la juventud; y á una edad en que por lo general se buscan los halagos del bienestar tranquilo y del reposo egoista, el doctor Costa provocaba los debates de la idea, requería el intercambio intelectual, avocaba la solución de los problemas ligados al porvenir nacional, porque su lema era el de Castelar: «mi descanso son las armas; mi dormir es pelear».

Polemista terrible, quizás el más erudito de ambas márgenes del Plata, unas veces manejaba su pluma con la ironía ática que despojaba el ataque de las asperezas de la controversia; y otras burilaba con caracteres de fuego, viriles apóstrofes que herían en la carne viva pero que contenían verdades amargas, verdades que se imponían al concepto público, que no tenían la habilidad del disimulo porque la característica del doctor Costa era la franqueza de la sinceridad y la sinceridad de la franqueza.

En el haber de sus servicios al país, contaba con más de una amargura del ostracismo, con los rigores de las prisiones sufridas, con los días sin lumbre de la pobreza extrema, con la propaganda vibrante que animaba los espíritus en las horas sombrías.

Su obra, vastísima como su saber, ahí queda diseminada en libros, en folletos, en artículos, en discusiones que comprenden las cuestiones científicas, literarias, filosóficas, económicas y financieras, que todas ellas trató con suma ilustración aportando siempre nuevos elementos á los debates en que intervenía.

Tuvo el doctor Angel Floro Costa, concepciones grandiosas pero el destino no quiso viera realizadas la mayor parte de ellas, apesar del positivo mérito que encerraran. — Quizás muchas veces, por la misma exuberancia de su talento, se apartara de los medios prácticos para la realización, y remontándose al dominio de lo ideal, sus proyectos pecaran en algo de exajerados; pero aún así el fondo meritorio de los mismos permanecía impecable.

Su competencia en los asuntos económicos era indiscutible.

En 1874 el doctor Costa con la intuición de las exigencias del porvenir del país, hizo un detenido estudio acerca de la necesidad de la creación de un Banco Nacional, y del fin que llenaría en nuestra economía financiera. Los periodistas de la época atacaron abiertamente el proyecto con irónicas censuras; y no obstante eso, como una satisfacción obtenida por el doctor Costa y dada á éste, cuatro lustros después sus mismos detractores reconocían que era necesaria la fundación de un Banco Nacional.

Más tarde abordó el estudio de unificación de deudas, del Ferro-Carril á la Colonia, del arreglo de la propiedad territorial con su proyecto, que era con uno de los que más se había encariñado, de catastro y fundación de un Banco Agrícola Fundario, á fin de normalizar la situación de las tierras fiscales del país, proveer de recursos á éste y propender á su regeneración económica. Proyectó también la construcción del puerto de Montevideo tal como él lo decía, « lo reclama la salvación de nuestro porvenir económico, « esto es con el *entrepót*, con el *Warrant*, y con las obras de de- « fensa militar; » así como la carta orgánica del Banco de la República y de su institución anexa del Monte de Piedad, que mereció la aprobación del gobierno de la República.

La reforma judicial por la que tanto pugnó desde 1890, fué otra de las grandes iniciativas del ilustre extinto, que no está lejos de realizarse porque así lo demandan las necesidades de nuestra justicia y la obligación de cumplir con el precepto constitucional de creación de la Alta Corte.

Entre los proyectos del doctor Costa hay uno altamente simpático que fué guiado por un elevado y franco espíritu de protección á la clase meritoria de los empleados públicos y de las clases pasivas, y que por una de las tantas injusticias comunes en nuestro país, en el momento en que se va á hacer práctico, ninguno ó muy pocos han recordado al que primero inició las gestiones. Nos referimos á la iniciativa de la liberación del gravamén del 15 o/o que afecta los sueldos y pensiones de aquellos, que el doctor Angel Floro Costa llevó en 1902 al seno de la Cámara de Representantes, estableciendo que las rentas con que se hacía frente á los aumentos originados por esa supresión, emanarían de los impuestos con que proyectaba gravar los valores depositados en los bancos, los capitales colocados en hipotecas, los bienes semovientes y algunos otros más. La idea era loable y á su realización se apresta el gobierno aun cuando no toma como base los recursos propuestos por el doctor Costa.

Amigo de la juventud, para quien tenía en todo instante sus frases de aliento, el doctor Angel Floro Costa estaba siempre pronto á responder á su llamado, y siempre su aplauso acompañó las brillantes manifestaciones de nuestros jóvenes intelectuales.

Afiliado al partido colorado, fué uno de los heraldos de sus grandes glorias. Consideraba la Defensa de Montevideo como lo que ha sido: como el *Paladium* de las libertades Sud-Americanas, y tenía para ella y para los hombres que militaran en aquella gigantesca epopeya, los cariñosos recuerdos que brotaban de su alma, animados por la elocuencia de su palabra.

Su última veneración está exteriorizada en el proyecto presentado á la Cámara de Representantes, para que se escribiera la historia de la Defensa y pudieran amamantarse con ella en el amor á la libertad, las generaciones que surgen y las del futuro. Su corazón de Uruguayo y de colorado experimentaba amarguras indecibles al considerar que se había segregado del estudio de la enseñanza universitaria, el proceso de aquella olimpiada de gloria, por que entendía con justa razón que ante que una gloria partidaria era una gloria nacional y que solo un criterio sectario extremado, podía haberla eliminado del cuadro de los estudios.

Tales son los rasgos más culminantes del ilustre ciudadano cuya muerte deplora la república. Nosotros al descubrirnos respetuosamente ante la tumba que se abre para recibir los restos de uno de los más preclaros talentos del Uruguay, repetimos las palabras con que despedimos en época no lejana á otro de los prohombres de nuestro país: al doctor Dufort y Alvarez; y en vez de darle el adios decimos: doctor Angel Floro Costa: *Non omnis moriar.*

(El Uruguay, Paysandú.)

Angel Floro Costa

Hemos perdido el primero de los hombres que nos legó el siglo anterior; la intelectualidad enciclopédica más robusta que ha tenido por cuna la tierra de Colón, y por techumbre los cielos matizados del Uruguay. — Era la plateada cabeza del doctor Angel Floro Costa el asiento de las ideas gloriosas y de los pensamientos profundos; — la escuela que siempre tenía enseñanzas generosas y exactas para verter en aquellas sus prosas brillantísimas que á todos nos han arrullado con el son melodioso de su ritmo.

Ninguno de los ilustres compatriotas que han desaparecido del escenario de la vida, consiguió el respeto casi religioso con que se miraba á Angel Floro Costa. Ninguno tuvo en vida el apotéosis de respetos con que amigos y adversarios reverenciaban este talento privilejiado que comienza á cumplir las Leyes bíblicas de devolver al polvo el polvo de que estaba formado.

Es que hay caracteres excepcionales que se imponen á la admi-

ración de propios y extraños! Y Angel Floro Costa se impuso desde sus primeros pasos en la vida, pues mientras abría sus horizontes intelectuales que tan vasto campo le ofrecieron, disputaba palmo á palmo el galardón de la popularidad con una inmodestia sin precedentes; con un orgullo propio de los semidioses! — Era altivo para juzgarse; — y si le hubiera sido posible escribir su propia necrología y consignar sus póstumas vanidades, habría desdeñado los honores de Ministro, para pedir á la posteridad el manto purpúreo de las estátuas seculares.

Fué un talento único y un hombre igualmente único.—Sintió en la vida la embriaguéz de la admiración indiscutible; y no precisó, en esta tierra de negaciones, que iluminara su frente encanecida el sol de la muerte para que resplandeciera el de su gloria.

Su talento era poliforme.—Todo lo que abarca el conocimiento humano lo abarcaba, también, este espíritu superior único en la América latina que disputaba á las águilas su sed insaciable del más allá.—Todo lo estudiaba y todo lo sabía.—Fué á la inversa del grande Bonaparte:—sabía hacerlo todo; quería hacerlo todo; pero no pudo hacerlo todo. Su palabra era una fulguración que alumbraba siempre, fuera para desentrañar las reliquias del pasado como para predecir los misterios del futuro. Había en aquella frente desde el profundo conocimiento de las cosas humanas hasta la intuición profética de los elejidos.

Con errores y defectos era un prócer de la patria que tiene derecho á la consideración de los que vengan después.

Como colorado era insuperable.—Sintió sus ojos de niño deslumbrados por nuestras epopeyas más gratas y hablaba de ellas con pasión profunda, iluminándonos con la magnificencia de su palabra cuando hacía vibrar su pluma en el relato de todas nuestras grandezas partidarias.

Su obra es un pedestal de grandeza americana.—*Ignotus.*

(Vida Nueva, Treinta y Tres.)

Angel Floro Costa

El telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de la muerte del doctor Angel Floro Costa, uno de los talentos más robustos del país y un polemista de pujante fuerza.

El hombre ha caído de improviso y cuando estaba en camino de ver satisfecha una de sus grandes aspiraciones: ocupar un alto cargo diplomático.

El talento del doctor Costa, impuesto en ambas capitales del Plata y sus extensas vinculaciones sociales, no han podido menos que despertar un sentimiento unánime de la prensa, de la que era miembro voluntario en todos los momentos, y en todos cuantos supieron apreciar su gran intelectualidad, con prescindencia de sus condiciones de hombre y de político.

Para las letras uruguayas principalmente, la muerte del doctor Costa, significa una gran pérdida, en cuya lamentación han de compartir todas las opiniones.

Duerma en paz el viejo atleta del pensamiento.

(**El Pueblo**, Mercedes.)

Doctor Angel Floro Costa

Repentinamente, dejó de exirtir en la vecina ciudad de Buenos Aires, el doctor Angel Floro Costa, uno de los hombres más ilustrados y de más firme erudición con que ha contado nuestro país.

Periodista doctrinario de indiscutible valer, escritor galano y ático poseedor de un léxico verdaderamente admirable, político completo á pesar de sus veleidades, economista de grandes vuelos y polemista inimitable, contra el cual no ha podido ninguno de sus contemporáneos, el doctor Costa, más que un hombre de su generación, ha sido el hombre de toda una época, de la que era el último y dignísimo representante.

Como escritor, ha dejado su *Nirvana*, que es una obra de grande aliento y de un valor indiscutible.

Como periodista, quedan en las columnas de la prensa los tesoros de su facundia y de su talento enciclopédico, para el que no había secretos que no profundizara.

Como economista, cien proyectos prueban su extraordinaria preparación en la complicada materia, la cual dominaba de una manera sorprendente.

Pero lo que más fama dió al doctor Costa, han sido sus célebres menipeas, que son modelos del buen decir, del gracejo y de la más punzante sátira.

En el parlamento, era justamente, temido y respetado, por su espíritu crítico y por el valor de sus opiniones.

Puede decirse que el doctor Costa, vivía en un medio excéntrico, donde no se aquilataba su verdadero valer, debido á ciertas veleidades en su vida pública, pero donde no obstante se apreciaba su opinión, aúnque no en la forma que realmente valía.

Al bajar á su tumba, á los 67 años de edad, el país entero hará justicia á los grandes méritos y al raro talento del ilustre muerto que ha sido honra de la patria por su clarovidencia incuestionable.

(**El Diario**, Mercedes R. O).

El doctor Angel Floro Costa

En uno de nuestros números anteriores decíamos que el mundo de las letras estaba de duelo por la muerte del poeta español don Manuel del Palacio; y hoy repetimos las mismas frases, pero con más hondo pesar porque se trata de las letras uruguayas. El doctor don Angel Floro Costa, una de las inteligencias más robustas, uno de los cerebros más luminosos, uno de los talentos más preclaros, es el que ha caído al golpe inexorable de la guadaña de la muerte.

El doctor Costa era tallado en el molde de los grandes luchadores; su actuación brillantísima data de muchos años. Fué una estrella que se eclipsó después de haber iluminado medio siglo nuestro mundo intelectual. Y no sólo en nuestra patria, sino allende los mares, brilló esa estrella. En la República Argentina,—donde hay muchos colosos del pensamiento,—el doctor Costa actuó con figuración descollante. Una prueba evidente, es el homenaje póstumo que se le ha tributado.

Y aquí, en su patria,—en la nuestra,—deja un vacío difícil de llenar. El partido colorado al que sirvió con raras energías—pierde un elemento de valía inmensa, uno de sus partidarios convencidos, uno de sus poderosos aliados.

La Propaganda, se inclina reverente ante la tumba que guarda los despojos del fecundo publicista, y deposita una siempre-viva, como flor de recuerdo perdurable.

(**La Propaganda,** Durazno.)

El doctor Angel Floro Costa

Acaba de ser sorprendido por la muerte en la gran Atenas del Plata, que tanto amó, el doctor Angel Floro Costa, uno de los hombres que poseía una inteligencia de primera magnitud en el continente Sud Americano.

En nuestro concepto, de él podemos decir, que poseía un alma infantil y una inteligencia de gigante. En él el sentimiento triunfaba siempre sobre su preclara inteligencia. Por eso siempre lo hemos visto al día siguiente de una polémica, tender la mano generosamente á su adversario, y más de una vez confesar con nobleza, la injusticia que en el calor del debate ó la polémica, había inferido á su contrincante. Esta manera de ser que le era peculiar, es la que provocaba entre los pobres de espíritu, entre aquellos que no saben elevarse sobre las miserias de la vida, un concepto ó una opinión desfavorable de su actuación, tanto en la esfera personal como en la política.

Pocos como él en nuestro país poseen una ilustración vastísima. Para él todas las ciencias que abarca el saber humano, le eran fa-

miliares, como lo demostró y lo constatan sus escritos en la prensa y en obras, folletos y panfletos que representan un monumento de saber, siendo talvez el único que supo manejar el epígrama y la sátira, con más intención picarezca y perfección, torturando con ella á su adversario.

Como hombre público concibió grandes proyectos, pero que por una de esas fatalidades que precedían á todos sus actos, ó por una de esas aberraciones incomprensibles del destino, jamás pudo ver su realización en la práctica: viendo así malogrados sus más vehementes y suspirados anhelos en bien y progreso de su patria.

Ante su tumba recientemente abierta, se le hará merecida justicia á este gran americano, que sus acciones no tuvieron por norte el interés, pues nadie como él pudo medrar con su inteligencia, si la hubiera puesto al servicio incondicional de los funestos gobiernos, que en épocas pasadas han pesado sobre el país; pero su alma seguía los impulsos desinteresados y generosos del sentimiento que lo animaba, y por eso muere pobre como todos aquellos que como él, consagraron su existencia á la ciencia y á la Patria.

La Campaña deposita la siempreviva, sobre el sepulcro del esclarecido ciudadano.

(La Campaña, Fray Bentos.)

Angel Floro Costa

Dispuestos á la diaria labor, con el pensamiento en los grandes días futuros del País, nos sorprende el agudo laconismo telegráfico, con la triste noticia del fallecimiento del diputado doctor Angel Floro Costa.

El distinguido hombre público dejó de existir anteayer, en la Capital Argentina.

Uno de los espíritus más notables de la época, en el vigor extraordinario, de una vejez gloriosa y erudita, todavía caballero predilecto de las letras nacionales, parecía destinado por más tiempo á honrar la República con la elevada cultura de su inteligencia.

Formado en las luchas tumultuosas del tradicional antagonismo principista de nuestros partidos, puede decirse que el doctor Costa, concurrió á la elaboración de los sucesos históricos de más trascendencia.

Legislador, periodista, jurisconsulto, literato, orador, ecónomo é internacionalista, reasumía con singular actitud las cualidades del hombre de Estado.

Su obra bibliográfica, el vasto trabajo en el libro y en el folleto, le acreditaron consejero para los problemas político-administrativos.

De existencia azarosa, cual era la de todos los que por los tiempos sombríos de nuestra organización nacional, se batían por la

Democracia y los derechos populares, tuvo suerte varia, elevándose una vez al éxito, para luego caer en las tristezas patrióticas del destierro!

Producida la Cruzada Libertadora del General Flores, contra la dominación blanca, el doctor Costa emigró á la República Argentina, donde se estableció desarrollando su práctica forense con el prestigio de su talento que tenía ya notoriedad honrosa.

Robustecida su inteligencia con los múltiples conocimientos en que la había ejercitado, prestó eminentes servicios al país que le brindó amable hospitalidad.

Dió á la prensa bonaerense, con los pseudónimos de *Aristarco y Numa Pompilio,* notabilísimos estudios sobre las finanzas argentinas en que se viera envuelto aquel país hermano.

Identificado con los intereses de la nación que lo cobijara hizo con la brillantéz de su estilo, siempre insinuante y refinadamente literario, la defensa de su destino económico, aventurando en el ardor de memorables polémicas la palabra profética que auguraba el florecimiento, ostensible hoy en la primera metrópoli americana.

Estas campañas periodísticas le valieron la adhesión de las ilustres personalidades argentinas, Norberto de la Riestra, Bartolomé Mitre, Alberdi y Nicolás Avellaneda, más tarde sus leales amigos y compañeros en otras empresas de igual importancia.

No por hallarse ya tan vinculado á la vida argentina olvida su país de origen. Escribió mucho y brillante sobre los distintos acontecimientos que se produjeron por aquella época en nuestra tierra, á la que retornó en 1878, para alejarse enseguida víctima de las persecuciones del Dictador Latorre.

A raíz de su extrañamiento político dió á luz su célebre folleto *Panfletos contra puñales* agotado en la entusiasta demanda de todos sus correligionarios que veían en las páginas del doctor Costa la ardorosa defensa á su crítica situación política.

Casi enseguida publicó su obra capital «Nirvana» que tuvo tanta resonancia en la crítica contemporánea á su aparición. En ese brillante libro, lleno de amargas verdades y que recién hoy se aprecian en su indiscutible valor histórico-psicológico, el doctor Costa arrojó el guante á las preocupaciones de fiero atavismo que anemizaban la vida mental de la República.

Decía en «Nirvana» el ilustre escritor obligado á abandonar la patria.

«Deseo al menos al volver á alejarme de ella, encanecido y con mis ideales marchitos, saldar mi cuenta dejándole algo de lo que he pensado, y estudiado, para que otros ciudadanos más afortunados, realicen lo que á mi no me ha sido posible, á fin de que dejemos algún día de ser un pueblo menesteroso, subyugado económicamente por un cosmopolitismo que trabaja, ahorra y prospera, en tanto que el elemento nacional, vive de himnos, de mentiras convencionales, agitándose en el círculo vicioso de la misantropía y el infortunio, que tarde ó temprano lo conducirán como á otros pueblos de nuestra raza, á dolorosas expiaciones históricas.»

En esas líneas se sintetiza la campaña del doctor Costa. Obsedido en la propaganda contra los vicios del pretorianismo latorriano, no pararon sus ansias combativas hasta que concurrió con su esfuerzo personal, á la normalización del País.

El fué uno de los principales actores en la histórica tentativa revolucionaria preparada en Buenos Aires por Varela, Mesquita, Andrés Lamas y otros ciudadanos de prestigio contra el gobierno despótico de aquel entonces.

El fué el encargado de interpretar la airada protesta cívica en un manifiesto, que aún cuando no llegó á circular por los campamentos revolucionarios, se conserva como pieza modelo en el género.

Terminado el gobierno de Latorre, volvió al País por invitación de sus amigos políticos, para desempeñar la Fiscalía de Hacienda Pública, que le ofreció el entonces Ministro de Gobierno doctor Mateo Magariños Cervantes, puesto que dejó así que surgiera la administración Santos, intolerable régimen de preponderancia arbitraria tan combatido por el doctor Costa.

Alejado de la vida oficial, abre su estudio y dedica grandes energías á la prensa de oposición, revelándose en la plenitud del talento con su *Excelsior* y los *Ecos del Partido Colorado* que agitaron el espíritu público por la sátira incisiva que los informaba.

Epoca del terror aquella; el doctor Costa que esgrimía con valentía su pluma de ático, no pudo sustraerse á las persecuciones y por orden de Santos, fué encerrado en los calabozos del célebre 5.° de Cazadores, donde hubo de ser fusilado á no mediar la intervención de los diplomáticos Victorica y Ponte Ribeiro.

Grande influencia ejerció la propaganda del doctor Costa para derrocar al General Santos. Fundó más tarde «La Defensa» y después «El Progreso» en cuyos diarios debatió grandes cuestiones religiosas y financieras.

Fué autor de la *Carta Orgánica* del Banco de la República y de sus Estatutos. Sobre ciencias naturales ha escrito mucho, destacándose la *Exploración geológica del Uruguay*. Trató con gran sabiduría la *Canalización del Estuario del Plata* cuya empresa patrocinaba.

Y por último sus *Menipeas políticas* que vivirán en el recuerdo nacional.

Larga sería la enumeración de méritos del ilustre extinto. De su paso quedará estela luminosa é imborrable.

Era uno de esos hombres excepcionales que reunen raras condiciones para la actuación de primera fila.

No podría clasificarse su potencia intelectual.

Entendía de todo y con precisión de concepto. De sus tendencias, en el fárrago doctrinario, resultaba un ecléctico: hacía suyo lo mejor.

Ultimamente y como rejuvenecido, adquirió simpática popularidad en el Parlamento. La palabra elegante y erudita pronunciada para halagar y convencer, reflejó sobre la Cámara á que pertenecía, mucho

del brillo de los clásicos días de la buena oratoria epigramática y elocuente.

La última vez que habló, para hacer verdadera labor legislativa, fué al presentar el proyecto de Alta Corte, de próxima sanción, y que ha sido su ensueño acariciado de muchos años. La reforma judicial, recordará siempre á su espíritu innovador y progresivo.

Luchó por la solidéz institucional del país, y muere contemplándola en práctica.

Enamorado del partido de la Defensa, del que fué ariete formidable, depuso en el ara de las grandes abnegaciones su intensa pasión ciudadana!

Actuó mucho, y por eso su vida no está exenta de errores, propio de nuestro ambiente pasional é irascible.

Pero si el hombre político tuvo faltas, no así el hombre de letras.

Se vá con él, uno de los últimos ejemplares que nos quedan del viejo patriciado intelectual. Se quiebra para siempre la pluma escalpelo que vivió disecando prejuicios; la fecundidad literaria que tanto encantaba á los que saben intensificar la buena lectura.

« El Deber », despide al selecto correligionario, con el voto postrero de que su obra de cultura y de saber, sobreviva, al incidente fatal de su pérdida, para que los ciudadanos del Uruguay sean útiles, inspirándose en los grandes ejemplos.

Paz y flores en su tumba!

(El Deber, Rocha.)

Angel Floro Costa

Una triste noticia llegó anoche á Montevideo dice « El Día » sorprendiéndonos con lo inesperado del funesto acontecimiento: Angel Floro Costa ha muerto, en Buenos Aires, de una angina de pecho.

Ya no se escucharán en la Cámara aquellos discursos salpimentados de sal ática, que con expontánea frase y festiva ironía, matizaban las graves controversías parlamentarias.

Angel Floro Costa era un talento robusto que con admirable fecundidad producía incesantemente, haciendo gala de una erudición poco común, y clavando la enseña de un estilo, propio, original, y atrayente en todas sus producciones.

Actuó siempre en la política de su país con actividad nunca debilitada, ocupando puestos de importancia, en la magistratura y en el Parlamento. En la prensa fué más de una vez periodista de combate en circunstancias difíciles de nuestra historia, sufriendo persecuciones y vejámenes.

Pero su faz característica en las luchas del periodismo fué la producción frecuente de sus notables *menipeas*, siempre leidas con avidez por el público, escritas en una forma peculiar que las ha convertido en un género nuevo, tratando los temas más diversos con notable

erudición, é imprimiéndoles con simpática audacia el sello de una inmodestia altiva al presentarse en el palenque de los torneos políticos como un nuevo Menipo.

Sus polémicas han sido memorables tanto en la prensa como en el Parlamento. No ha habido hombre político de cierta significación en la historia del país, que no haya cruzado sus armas con aquel infatigable luchador del pensamiento.

Las modalidades del talento de Angel Floro Costa eran múltiples. Con igual desenvoltura y caudal de conocimientos trataba indistintamente la política, las finanzas, la literatura, la historia, la ganadería, la agricultura, las industrias, el comercio, hasta las cuestiones marítimas! Tenía la generosa obsesión de resolver todos nuestros grandes problemas sociológicos y políticos por medio de lo que él llamaba la aplicación del método científico y alrededor de este tópico ha pronunciado docenas de discursos chispeantes y centenares de artículos del mayor interés. Muchos de sus proyectos de ley están inspirados en aquel postulado.

A dos cuestiones fundamentales había dedicado las principales energías de sus últimos años. A la cuestión agraria y á la reforma de la Administración de Justicia. Era un convencido de que en nuestro país hay una enorme cantidad de tierras fiscales detenidas ilegitimamente y pugnaba por que volviera á poder del Estado para que este pudiera dedicar su importe — que hacía subir á muchos millones — á grandes obras de progreso. En cuanto á las cuestiones judiciarias es sabido que hace años abordó la reforma de la Administración de Justicia, y la Alta Corte, proyecto por el cual venía batallando con gran ardor en la prensa y en el parlamento.

Una muestra de la pluralidad de las facultades del doctor Angel Floro Costa, le dá la razón que lo mantenía en Buenos Aires desde hace un par de meses. Como es notorio lo mantendría allí una reclamación de cuatrocientos mil pesos contra el gobierno argentino en su calidad de director de la empresa que realizó importantes trabajos en el Rio de la Plata, que han sido aprovechados en las obras de aquel país.

El doctor Floro Costa, tenía grandes condiciones de sociabilidad. De ahí que sus relaciones dentro y fuera del país fueran enormes. Su archivo está repleto de correspondencia de los personajes más descollantes de los países de América y de muchos países europeos. En su conversación era entretenidísimo. En las antesalas de la Cámara de Representantes se le veía constantemente rodeado de amigos que escuchaban con vivo interés sus interesantes anécdotas. Era muy amigo de los jóvenes á los cuales trataba con un tono paternal y un poco festivo, y los jóvenes por su parte le guardaban las consideraciones que eran debidas á sus años y á su indiscutible inteligencia.

(**El Pueblo**, San José.)

Angel Floro Costa

Una personalidad de positivo relieve entre la intelectualidad descollante del país, ha desaparecido con la muerte del doctor Angel Floro Costa, acaecida en Buenos Aires.

Era Costa, de esos espíritus superiores, abierto á las más nobles manifestaciones y eternamente en lucha contra prejuicios y prácticas reaccionarias.

Las variadísimas modalidades de su brillante inteligencia y su sólida erudición, lo constituia en un talentoso enciclopedista, capaz de abrir hondo surco en la dilucidación de los más intrincados problemas: sociales, políticos y económicos.

Orador de rica y abundante verba,—publicista brillante —cuyas menipéas hicieron época por su estilo ático y la risueña ironía de sus conceptos atrevidos—financista, geógrafo, abogado de renombre, polemista temible, con quién han cruzado sus luminosas armas de combate, en el campo de las controversias públicas, casi todas las inteligencias vigorosas del país; todo eso fué el distinguido hombre público que acaba de fallecer.

Si algunos lunares pueden señalarse en la trayectoria de su vida política, ellos nunca alcanzan á sombrear su personalidad siempre puesta al servicio de caros ideales inspirados en ansias de progreso y de engrandecimiento nacional.

Bien ha hecho la Asamblea en votar honores, al doctor Angel Floro Costa, como justo tributo al talento esclarecido y á la labor incesante, de un luchador caído.

Nosotros nos inclinamos respetuosos ante su tumba.

(**La Paz**, San José.)

Angel Floro Costa

Víctima de una angina al pecho, falleció el domingo repentinamente en Buenos Aires, el doctor Angel Floro Costa, diputado por Montevideo.

Este talentoso hombre público que tanto ha actuado en la política de nuestro país como así mismo en otras esferas diversas del saber, siendo admirado por la pluralidad de sus facultades, se hallaba en la capital argentina hace próximamente dos meses á raíz de una cuestión jurídica que sostenía con el gobierno de aquella nación, con motivo de una suma de dinero que se decía este le adeudaba.

El cadáver del extinto diputado, se ha traído á Montevideo, donde será inhumado con los honores correspondientes á un ministro de Estado.

(**La Epoca**, San José).

El Dr. Angel Floro Costa

El eminente hombre público uruguayo, doctor Angel Floro Costa, *el más aristotélico de nuestros publicistas contemporáneos* al decir de un crítico, acaba de fallecer repentinamente en Buenos Aires. Lo que significa su pérdida lo dirá el inmenso vacío que deja en el mundo intelectual de nuestro país; la honda conmiseración que embarga á las almas que saben conmoverse ante las cosas grandes y sublimes!...

La biografía del ilustre muerto no puede hacerse en la rápida improvisación de un suelto; necesita las páginas pensadas y sentidas del libro. Baste decir que fué una enciclopedia, en la acepción relativa de la palabra.

El gobierno de nuestro país, rindiendo justo homenaje al mérito, le ha decretado honores de ministro y ha concedido por gracia especial una pensión de 2.400 pesos anuales para la viuda y las hijas solteras del extinto.

Nosotros nos adherimos de corazón al duelo que ha provocado tan sensible pérdida.

(*La Cruzada*, San José).

Angel Floro Costa

La muerte ha sorprendido en la capital argentina, á nuestro hombre público, el doctor Angel Floro Costa.

El foro, pierde el cerebro uruguayo más potente y el parlamento nacional, al tribuno sabio que ilustró siempre con su palabra y con su inmensa sabiduría, las cuestiones más profundas, á cuyo alcance estaba el inagotable caudal de su inteligencia y saber.

Los méritos intelectuales del doctor Costa, no eran ya discutidos y cuando manejaba la frase, desenvolviendo en el terreno de la ciencia, las cuestiones que debatía, su palabra llevaba impreso el sello de la autoridad que había moldeado su vasta ilustración.

El país, le rinde en su póstumo momento, los honores que corresponden á tan ilustrado muerto.

En la tarde de ayer debe haber partido de Montevideo, para Buenos Aires, una comisión de la cámara de diputados, que acompañará hasta la capital, los restos mortuorios del doctor Angel Floro Costa, miembro de aquella cámara, que acaba de fallecer en la ciudad vecina.

El cadáver del ilustrado extinto, será velado en el recinto legislativo.

En la reunión que celebró la Cámara de Diputados ayer de tarde, resolvió que la traslación y el sepelio de los restos del diputado doctor Angel Floro Costa, se hicieran por cuenta del Erario, y con honores de ministro de estado.

Se pedirá á la Municipalidad que se dé el nombre de Angel Floro Costa á la calle adyacente al futuro Palacio Legislativo.

Por gracia especial se otorgó una pensión vitalicia, á la señora Enriqueta Latorre de Costa é hijas solteras de 2.400 pesos anuales.

El presidente de la Cámara doctor Antonio María Rodríguez, hablará en el acto del sepelio. Una comisión especial recibirá los restos en el muelle.

En la semana próxima, debía aparecer el decreto nombrando al diputado Costa ministro de la República en España.

En la Cámara de Diputados, reemplazará al doctor Costa, el ex-senador señor Fernando Pereda, que es el primer suplente.

(**La Colonia**, Colonia.)

Angel Floro Costa

El solo nombre de este distinguido conciudadano y correligionario que acaba de ser víctima de la inflexible Parca en circunstancias en que se hallaba de paso en la ciudad de Buenos Aires reasumía en sí todos los caracteres de una entidad Americana á la vez que era una personalidad sobresaliente en nuestro tumultuoso escenario político.

Gran parlamentarista, de fecunda verbosidad, ocupaba un primer puesto entre nuestros grandes oradores. En sus pseudas tiradas periodísticas que él llamaba «Menipeas» dejaba ver la profunda y notable erudición que poseía. Crítico conciente y satírico mordaz fustigó siempre los malos gobiernos.

Su actuación en el país puede decirse que comprende los últimos cuarenta años de su vida pública. Senador, Ministro Plenipotenciario, Diputado varias veces, Miembro del foro, dejó bien sentada su reputación de concienzudo y supo siempre asimilar los profundos conocimientos de su ciencia al servicio de la patria.

Muy estudioso, trabajador infatigable, su biblioteca particular, tal vez era una de las mejores de la República.

Sus proyectos, son evidentemente la mejor prueba que demostraban su espíritu emprendedor. El de la Alta corte de Justicia, otro sobre Inmigración, uno de colonización, el de la supresión de los descuentos á los empleados, son algunos de los que ya se están realizando.

Un tratado de comercio con la Argentina, y el estudio importantísimo de nuestras deudas servirían en cualquier otro país para hacerle descollar como un estadista de talla.

Nosotros que admirábamos su talento creemos que no fué com-

prendido. La historia le reabilitará colocándolo sin duda entre nuestros primeros hombres públicos.

Quizá su mejor título era la honradez característica que presidía todos sus actos y la prueba de ello es que muere sin legar otros bienes que su biblioteca y su magnífica colección de documentos históricos. El gobierno ha resuelto decretarle honores de Ministro, los merecía, así como la pensión que le votará la cámara — Es un deber, recompensar los servicios de nuestros pro-hombres.

El Partido Colorado pierde una de sus figuras más espectables, el país un estadista y un jurisconsulto de nota.

Nos asociamos sinceramente al duelo público y nos descubrimos respetuosamente ante la tumba que se abre para encerrar los despojos mortales del amigo, del correligionario, del patriota.

(**La Defensa**, Melo.)

Angel Floro Costa

La muerte del doctor don Angel Floro Costa priva á la intelectualidad nacional de un elemento de real valía.

Sea cual fuere el juicio que su personalidad, tan discutida, merezca de sus contemporáneos, sería injusto no declarar que era un hombre de positivo talento y de una erudición poco común.

Muere sin ver realizadas sus aspiraciones: sin la ley agraria porque tanto bregó; sin la reforma judicial, que fué la aspiración más constante de su vida.

Deja varias obras, entre ellas «Nirvana», «Cuestiones económicas», «Estudios sobre la canalización del Río de la Plata» y «Biografía del doctor don Juan Carlos Gómez. Su obra principal, empero, está en la prensa periódica de ambas orillas del Plata, donde quedan imperecederos recuerdos de sus condiciones excepcionales de polemista, habilísimo para el ataque y dotado de facultades especiales para ver el lado ridículo de las cosas.

Desempeñó pocos puestos públicos: el de Fiscal de Hacienda durante la época de Santos, y más tarde los de senador y diputado. En este último cargo lo ha sorprendido la muerte.

(**Artigas**, San Eugenio).

Doctor Angel Floro Costa

El telégrafo nos ha comunicado la triste nueva de la sensible pérdida del hombre de ciencia, del talentoso compatriota, del luchador intelectual, doctor don Angel Floro Costa, acaecida en Buenos Aires el día 10, á las 5 p. m

La Nación, pues, y el Partido Colorado, pierden con el doctor Costa una de sus personalidades de mayor valía intelectual, uno de los ciudadanos más laboriosos, mejor dispuestos á servirles, uno de sus hijos y de sus adeptos más ilustrados, más eruditos y más fecundos.

El cadáver ha sido embalsamado. Sus restos fueron trasladados á Montevideo. La ceremonia del entierro del doctor Costa, con los honores militares correspondientes, tendrán lugar mañana jueves á las 10 a. m.

Hoy durante el día y la noche serán velados sus restos en las antesalas del Senado, donde se prepara la capilla ardiente.

(**La Campaña**, Rosario R. O.)

Prensa del Exterior

Doctor Angel Floro Costa

Hace dos días le veíamos, inquieto y vivaz como siempre, con esa movilidad juvenil y esa locuacidad chispeante que los años no habían logrado arrebatarle, á pesar de sus contrariedades morales y de sus fatigas materiales. Ayer ha caído de improviso en esa plenitud radiante, bajo el golpe certero de la enfermedad que hace mucho le minaba. Estaba ineludiblemente condenado á este fin imprevisto. Pero él no lo sabía, ni lo sospechaba siquiera. Y la muerte lo ha sorprendido, sin empañar su espíritu con la sombra de un presentimiento, cuando mirando tranquilo el porvenir esbozaba planes risueños para nuevas etapas de su existencia.

Bastaba hablar dos palabras con este anciano, entusiasta como un niño y ardoroso como un enamorado, para percibir la fisonomía de un hombre superior. Lo era sin duda, aunque el éxito no le hubiera acompañado siempre y aunque su figuración no fuese muchas veces proporcionada á sus facultades. Alma romántica, fácilmente accesible á la sugestión de los sueños hermosos, dejaba vagar la inteligencia en alas de la imaginación, sin detenerse mucho á medir las dificultades de la realidad. Este hombre original que no había escrito un sólo verso en su vida, era sin embargo un poeta. Con su bagaje de pensador y su erudición de sabio todo lo ceñía al pliegue de sus ilusiones. En un ambiente europeo hubiera cedido á la corriente de la especialización y cultivando el ramo que más le atraía hubiese bordado sobre temas de economía política el poema, siempre renovado, de sus fantasías. En su país, obligado á la universalidad de aptitudes que imponen nuestras civilizaciones incipientes, pasó por todos los terrenos y no pudo detenerse en ninguno. Fué político, legislador, catedrático, periodista, literato, financista, y en ninguna de estas fases tan diversas, su personalidad pasó inadvertida. Llevado por las circunstancias malogró en mucha parte sus dotes eximias, que le hubieran hecho descollar en primera línea si se hubiesen aplicado á una obra definitiva. Su talento libó alternativamente en las flores más distintas, con el afán inquieto y la atención fugaz de una tarea tan múltiple como heterogénea. Pudo hacerlo sin esfuerzo y sin fatiga porque sobraba vigor á sus facultades. Ni su inteligencia singular ni su entereza física asombrosa, conocían el desfallecimiento. Y aún así, estaba todavía por hacer la obra de pensamiento en que quería extraer la síntesis de sus estudios y la esencia de sus observaciones. Este libro planeado en su imaginación, muere en germen y queda en blanco el recuerdo

más duradero que Costa pudo dejar como testimonio de sus facultades eminentes.

El penacho de Cyrano y el yelmo del gran hidalgo hubieran ceñido bien sobre sus canas. Más de una vez se lanzó gallardamente contra molinos impacibles ó arrojó su bolsa al vuelo de un gesto hermoso. Ha sido por eso uno de los hombres más combatidos y aún diremos más temidos en el escenario público de su patria. En estas nerviosas democracias suele ser huésped molesto el que no se ajusta á los moldes de la verdad convencional. Costa se complacía en lucir la causticidad de su estilo, ampuloso á veces, pero siempre rico y mordaz contra todas las flaquezas que incitaban su espíritu. Como polemista se probó con los mejores escritores de su tiempo, y supo sostener con el mismo brío el empuje de todos los torneos. Una prosa de giros opulentos, tan risueña y juguetona en el tono ligero, como elocuente y vibrante en el persuasivo, una ironía fina y aguda, de originalidades imprevistas y flexibilidades aceradas, destacaron de tal modo la personalidad de Costa, que llegó á ser y lo fué mucho tiempo el escritor más buscado por el público montevideano. Si á estas condiciones se agrega una facundia extraordinaria y una rapidez de factura insuperable, bien se comprende que su talla de polemista, fuera mirada por los que actuaban á su lado como el fastasma simbólico de una amenaza permanente.

Fué también orador y deja una huella profunda de su paso en el parlamento uruguayo, donde actuara repetidas veces en los últimos treinta años. Sin ser armoniosa, su palabra era ágil y desenvuelta. La nota mordaz no le abandonaba en la tribuna, y si muchos de sus colegas le respetaban como maestro, muy pocos se atrevían á tentarle como adversario. No falta generalmente en sus discursos un rasgo de humorismo que refleja, dentro de los temas más serios, la inclinación invencible de su temperamento. Y sería fácil recordar más de alguna frase feliz, que brotada expontánea de sus labios como fórmula del momento, se ha difundido luego por todo el país, trazando la caricatura de una personalidad ó aniquilando la tentativa de una ambición.

En el ambiente privado todas estas condiciones se acusaban con singular relieve, bajo el interés de su palabra animada y movida, llena de frescura y de novedad, lo mismo cuando prodigaba la riqueza de sus ideas, que cuando se perdía en el festivo laberinto de sus digresiones. De una verba infatigable, podía sostener por muchas horas el eje de una conversación sin que se amenguara su interés, ni se rebajase su nivel. Era siempre el erudito llano y corriente, el observador agudo y profundo, y, más que todo, el espíritu tolerante y amable, accesible para todas las indulgencias, aun para las que no lograba substraer á la mordacidad incontenible de su sátira.

Fué un buen amigo de nuestro país y algo pierde también la República Argentina con la desaparición de este hombre, que extin-

gue una de las inteligencias más hermosas y más originales del Río de la Plata.

Datos biográficos

El doctor Costa ha muerto á la edad de 67 años, pues había nacido el 18 de Agosto de 1839, en Montevideo. Sus padres fueron don Jaime Costa, piloto de la antigua marina española, y doña María Barbosa, oriental.

Desde muy joven reveló inteligencia clara y profundo amor al estudio. Antes que la generalidad de los estudiantes obtuvo su título de bachiller. Sentía vocación por la medicina, pero no pudo dedicarse á ella en razón de que no existía en su patria la facultad correspondiente.

Este inconveniente insalvable, obligó al joven á contrariar su inclinación. Resolvió ser abogado, obteniendo el título de doctor en 1860.

Un día después se presentó á disputar la cátedra de geografía general y astronomía en la universidad montevideana, resultando vencedor con nota sobresaliente. No estuvo al frente de su cátedra mucho tiempo, pues la revolución que encabezó el general Flores motivó su emigración á la República Argentina.

El doctor Costa trabajó en nuestro foro con el éxito que era dable esperar de su talento y aptitudes. Las tareas de abogado no le privaron, sin embargo, de realizar ciertos estudios relacionados con la carrera de su predilección, estableciendo al efecto relaciones con distinguidos médicos argentinos, de los cuales recibió provechosas lecciones.

Después de ocupar puestos importantes en reparticiones nacionales y de publicar trabajos notables sobre cuestiones financieras de nuestro país—trabajos que le valieron unánimes y sinceras felicitaciones de los financistas y hombres públicos más culminantes de esta república—el doctor Costa regresó á su patria el año 1878.

El gobierno del coronel Latorre cumplía en esa época un mezquino programa político, con cuyos principios no podía en manera alguna avenirse un espiritu tan independiente, noble y altivo como el del doctor Angel Floro Costa.

La pluma vibrante del doctor Costa producía efectos de escalpelo, y el coronel Latorre lo hizo víctima de persecuciones que motivaron por segunda vez su venida á nuestro país. Pero la palabra del valiente escritor llegó hasta los oídos del gobernante, estampada en las páginas del folleto que escribió con el título de *Panfleto contra Puñales*.

Tan pronto como el coronel Latorre desapareció de la escena política, el emigrado dejó de serlo. Regresó á Montevideo, ocupando el puesto de fiscal de hacienda, en el cual permaneció hasta que un enemigo de causa, el general Santos, adquirió preponderancia suficiente para interrumpir su tranquilidad, á medias conseguida. El doctor Costa no sólo fué destituído, sino declarado traidor á la pa-

tria, en virtud de ideas políticas manifestadas en un artículo periodístico, y que fueron consideradas contrarias á la independencia de la República Oriental.

El doctor Costa hubo de defenderse. Y se defendió con su arma predilecta y temida: la pluma. Escribió cáusticamente. El general Santos, que ya ocupaba el sillón presidencial, echó mano del recurso que utilizan los mandones ensoberbecidos para obtener el silencio de los que proclaman verdades que disgustan. El doctor Costa fué encerrado en un calabozo, y si no intervienen oportunamente los ministros diplomáticos argentino y brasileño, cuyos empeños hicieron modificar el verdadero propósito del presidente, hubiera sido fusilado.

Pasadas las difíciles situaciones políticas, ocupó una banca en el senado, poniendo de manifiesto sus excelentes condiciones oratorias.

Es vasta y valiosa su producción intelectual. Escribió sobre los más variados tópicos, abarcando diferentes cuestiones científicas. En materias financieras era sumamente versado. Entre sus obras notables figura « La cuestión económica en las repúblicas del Plata », siendo ésta quizá la que mejor revela sus profundos conocimientos.

Redactó la carta orgánica del Banco de la República del Uruguay, así como sus estatutos. Deja un estudio económico y jurídico sobre tierras fiscales y arreglo de la propiedad territorial, é interesantes trabajos referentes á hidrografía. Otra de sus producciones estimables es un estudio del problema económico internacional de los puertos y ferrocarriles del Nordeste de la República Oriental.

Era miembro de distinguidas instituciones científicas americanas y europeas, entre las cuales se pueden citar la Academia de Jurisprudencia Española, Sociedad de Economía Política de Berlín, Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid. Hace poco tiempo había sido nombrado presidente del Instituto histórico geográfico á fundarse en homenaje suyo.

Actualmente era diputado en el congreso uruguayo y se disponía á partir para España, donde debía ejercer la plenipotencia de su país.

(La Nación, Buenos Aires).

Angel Floro Costa

Ha de ser recibida con profnndo pesar la noticia del fallecimiento del doctor Angel Floro Costa, acaecida ayer en esta capital.

La personalidad de este ciudadano oriental, cuya inteligencia robusta é incomparable le había conquistado una hermosa posición política, social y literaria, es demasiado conocida. Puede decirse que ha dejado brillante estela de su paso en los cargos á que sus propios méritos lo llevaron.

Hombre de convicciones profundamente arraigadas, se conquistó un nombre envidiable que le valió el aplauso de sus conciudadanos y de todos aquellos que supieron apreciar sus condiciones irreprochables de perfecto caballero.

Angel Floro Costa nació en Montevideo el 18 de Agosto 1839. En 1860, cuando aún no había cumplido los 21 años, se graduó de doctor en derecho. En 1861, después de haber obtenido por concurso la cátedra de geografía y astronomía en la Universidad de Montevideo, tuvo que emigrar de esta ciudad por haberse iniciado la revolución encabezada por el general Flores.

Llegó á Buenos Aires é inmediatamente abrió su estudio, que acreditó enseguida. Desde esa época hasta 1878, en que regresó á su país, formó parte entre nosotros como miembro de la Sociedad Científica, asesor del Consejo Nacional de Higiene, miembro de la corporación municipal y otros puestos no menos importantes.

Floro Costa, publicó en esa época varios estudios sobre las crisis financieras de la República Argentina, en el período de 1865 á 1885, estudios que le valieron muchos elogios.

Sólo permaneció en Montevideo hasta 1878, pues perseguido por el gobierno de Latorre tuvo que emigrar. De nuevo entre nosotros, publicó el famoso folleto político titulado « Panfleto contra Puñales » y su obra « Nirvana », de tantísima resonancia.

Desaparecido el gobierno de Latorre y llamado por sus amigos políticos, volvió á su país, siendo nombrado fiscal de hacienda; pero, surgida en esa época la preponderancia del general Santos, á quien combatiera el doctor Costa, se le distituyó arbitrariamente y se le declaró « traidor á la patria, » en un decreto, cuyos fundamentos tenían por base las pretendidas ideas anexionistas que se creyó ver en un artículo publicado por el doctor Costa en *El Siglo.* En esta época aparecieron los trabajos del doctor Costa titulados: « El Alma de Menipo, » su « Excelsior » y « Ecos del Partido Colorado, » que conmovieron y agitaron los espíritus.

A raíz de esto, Santos, presidente de la República, decretó la prisión del doctor Costa; fué encerrado en uno de los calabozos del 5.° de cazadores, donde hubo de ser fusilado. Los trabajos que hicieron en su favor los diplomáticos argentino y brasileño lo libraron de la muerte.

Fundó á pesar de tantos vejámenes *La Defensa* y después *El Progreso,* donde hizo valer su pluma.

El doctor Angel Floro Costa fué senador en su país y trató con independencia importantes cuestiones financieras.

En el año 1898, á consecuencia del golpe de Estado que se produjo en Montevideo, volvió á radicarse entre nosotros, donde atendió como director la «Empresa de Canalización del Estuario» hasta 1902 que fué designado para ocupar una banca de diputado en el parlamento de su país, en representación del Salto.

Desde entonces han sido muchas las obras y trabajos que se hicieron conocer del doctor Angel Floro Costa, además de su impor-

tante actuación en el parlamento uruguayo, donde condensó en un vasto proyecto un estudio económico-jurídico sobre tierras fiscales y arreglo de la propiedad territorial. Presentó también el proyecto de un nuevo plan de hacienda y colaboró en importantes trabajos relacionados con el adelanto de su país.

Ha desempeñado también importantes comisiones y formado parte de las principales instituciones científicas de este país y del de su nacimiento, que pierde con la muerte del doctor Costa uno de sus hijos más esclarecidos.

El doctor Costa tenía pendiente una reclamación valiosa contra nuestro país, actualmente en trámite en el Congreso, para que se le compensara con una fuerte suma su trabajo en el deslinde jurisdiccional de las aguas del Río de la Plata.

(**La Prensa**, Buenos Aires.)

El Dr. Angel Floro Costa

De una manera inesperada y violenta ha dejado de existir ayer tarde, el doctor Angel Floro Costa, distinguidísima personalidad uruguaya, de vasta notoriedad en el Río de la Plata, y aún en casi toda la América del Sur. A justos títulos había adquirido el ilustre extinto la fama que acompaña en sus obras al talento. Cuarenta y tantos años de actuación en la abogacía, el periodismo, las letras, la jurisprudencia y aún las ciencias físiconaturales; cuarenta y tantos años de incesante batallar, de ruda brega, en que su robusta mentalidad no tuvo reposo ni admitió un instante de tregua, — dirán á la posteridad con el producto variado y luminoso de su esfuerzo, cuanto pudo y valió el cerebro que acaba de extinguirse.

Fué un espíritu complejo, un carácter singular, una idiosincracia única tal vez, rasgos que, diluidos en la pluma, la conversación y la oratoria, lo entregaron más de una ocasión á la disputa de sus contemporáneos y con especialidad de sus compatriotas.

No fué generalmente comprendido, digámoslo en los momentos serenos en que la justicia debe sobreponerse á los sentimientos pasajeros de la pasión.

Sus palabras traicionaron quizás, su pensamiento, que fué siempre generoso, de culto á la patria, soñándola amplia como él la soñaba, un poco á lo Juan Carlos Gómez, de quien tuvo algunas utopías, siendo una naturaleza totalmente distinta de la de este ilustre romántico.

El doctor Costa vivió su mocedad en la Argentina, y aun parte de su madurez y de su ancianidad incipiente. Adoraba esta tierra generosa con él y con los suyos. — Sus problemas, sus tropiezos, sus conquistas, le apasionaban vivamente. Una variedad de documentos, estudios y artículos sobre todos los asuntos argentinos de alguna trascendencia, dicen cuánto le preocupaba el presente y el porvenir de esta república.

En 1878, creemos, regresó á Montevideo, después de muchos años de ausencia, permaneciendo allí hasta 1898, en que volvió á esta ciudad, para retornar, hace un lustro, más ó menos, á la suya natal.

Ocupó en el Uruguay puestos importantes, el de fiscal del Estado, diputado varias veces, catedrático, — funciones que alternaba con las literarias, con la polémica política y científica.

Los sucesos vertiginosos de su país lo hallaron siempre envuelto en todas y cada una de sus alternativas. No excusó su responsabilidad, ni su colaboración, en los momentos de peligro público, y aún le tocó sufrir en la propia persona los desmanes de la tiranía. Inteligencia madurada y flexible, conocedora profunda del destino y elementos étnicos de nuestros pueblos, sus concesiones á las circunstancias no se aceptaron en su patria como la expresión sincera de una aspiración constante á la tranquilidad colectiva y á la concordia de los orientales. Sin embargo, era este el fondo de su conciencia de ciudadano y de su corazón de hombre civilizado.

Los que lo conocieron de cerca y estuvieron en su amena intimidad, en aquellas horas de prueba política en que todo pareció definitivamente subvertido en el Uruguay, esos mismos que no participaron de sus vistas, pueden decir hoy con franqueza que el doctor Angel Floro Costa no anhelaba para aquel pedazo de suelo americano, sino la felicidad y la grandeza.

Era sutil en la agudeza, prolífico en la sátira, inimitable en el panfleto. De esa tendencia á la crítica y á la caricatura, de que ha dejado modelos perdurables, — de esa tendencia jamás contenida y siempre satisfecha con un amor sanchesco y delicioso, nacieron resistencias dolorosas, que sometieron á duras pruebas al escritor y al ciudadano.

Pero él las desdeñaba con filosófica indulgencia. Aquella flor de la risa un poco pantagruélica, de la alegría gala trasfundida á sus ideas, por un raro cultivo de todos los dones con que le había dotado la naturaleza, — jamás se marchitó en los puntos de su cálamo, ni en los giros seductores de su « causerie » inagotable.

Se hacía leer como pocos; todos le escuchaban embelesados, celebrando los matices de su charla cortés y aristocrática. Había allí un organismo que otros climas y otros ambientes hubieran forjado para todos los torneos de la sátira y todas las delicadezas de la ironía. Tantos no vieron nunca otra cosa que la murmuración estéril ó la maledicencia malévola en sus páginas pimpantes de gracia y rebosantes de socarronería.

Los escritos del doctor Costa, compilados formarían muy densos tomos. Pocos hombres han producido más, si bien su obra está diseminada en asuntos de muy diversa índole, y han obedecido la mayor parte de sus trabajos á solicitaciones de un momento. Con todo, hay allí mucho bueno; estudios sobre finanzas, sobre derecho público, sobre política y letras; panfletos y «menipeas», según la pintoresca denominación que dió él mismo á los artículos de índole

satírica que, aún de extensión desmesurada, el público se disputó siempre como lectura predilecta.

El doctor Costa gozó durante su vida de la amistad y consideración de sus más ilustres contemporáneos, entre los cuales se contaban el general Mitre, el general Roca, don Pedro II, Cotegipe, Alfonso Celso, Barros Arana y tantos más, con quienes mantuvo interesantísima correspondencia. Su biblioteca es un archivo precioso, que contiene piezas invalorables, donde debe reflejarse toda la vida política internacional y privada de esta parte de la América, durante los últimos cuarenta años.

Encerrar en un marco pequeño, como las proporciones de una rápida necrología, la variada y compleja personalidad del doctor Costa, es una tarea á que renunciamos, al escribir bajo la presión de las dolorosas circunstancias en que lo hacemos, este compendiado artículo de diario.

Su figura merecería mucho más porque tuvo múltiples relieves y líneas curiosísimas. Más que un hombre, había en el doctor Costa varios hombres, — tal era la diversidad de las fases que se entrelazaban en su ingenio y se sucedían en su intelecto. Fué en la intimidad de su casa, poeta, pintor, hasta músico. Y en esa misma intimidad, pocos caracteres tuvieron un aspecto más afectuoso y más entero. El hogar, modelo de cultura, abierto siempre á la amistad, lo presidía su hospitalidad castellana, con la franqueza tradicional y el encanto de sus bondades.

Ha muerto en la ciudad que amó y admiró siempre, como si el destino trayéndole aquí accidentalmente hubiese querido escuchar algún voto íntimo de interiores anhelos.

Homenajes fúnebres—En el Club Oriental—Traslación de los restos

Un sentimiento unánime de pesar ha producido en ambas márgenes del Plata, el fallecimiento repentino del doctor Angel Floro Costa, ocurrido el domingo en la forma conocida.

La prensa porteña ha rendido justo homenaje á los excepcionales talentos del ilustre fallecido, y durante el día de ayer, apenas circulada la noticia por los órganos de la mañana, la casa mortuoria se vió invadida por numerosísimas personas de nuestra mejor sociedad, elementos de la política, del foro, de las finanzas y en particular miembros de la Colonia uruguaya.

Nuestros telegramas de Montevideo trasmiten ecos de la impresión causada en aquella capital por la muerte del doctor Costa, y refieren la manera como el gobierno se ha asociado al duelo que produce la desaparición de ese distinguido ciudanano, que era, como es sabido, miembro de una de las cámaras legislativas.

Sin duda alguna, la recepción de los restos del doctor Costa, que hoy serán embarcados para Montevideo, dará lugar á manifestaciones expresivas de sentimiento, que exterioricen la justicia póstuma del pueblo uruguayo en derredor de una figura que honraba la intelectualidad de la patria.

Hombre de combate, su vida desenvuelta en la perpetua polémica, tenía que acarrearle en pueblos como los nuestros, alejamientos y rupturas. La muerte, sino borra las heridas de la lucha, las cicatriza por lo menos, depurando las intenciones y poniendo en claro los propósitos. Esto es lo que ha pasado y debía pasar con la personalidad de este hombre discutido en su acción, pero nunca en su elevación mental y en la fuerza de sus concepciones.

El espectáculo producido es por lo tanto, consolador y generoso porque pone de relieve el fondo de preparación que palpita en el alma colectiva, dispuesta á rehabilitar á los que en una ó en otra forma han servido grandes intereses políticos, económicos ó artísticos.

En virtud del pedido que hizo el Club Oriental de esta ciudad á la familia del doctor Angel Floro Costa, para que se le permitiera velar el cuerpo en sus salones como tributo póstumo de sus compatriotas, pedido á que accedieron los deudos del extinto, anoche fué trasladado el cadáver al local del centro mencionado, en una carroza fúnebre de Mirás.

Formaban cortejo en varios coches, un crecido grupo de amigos y conciudadanos del doctor Costa.

El funerario convoy llegó al Club Uruguayo á las 9 de la noche, y en la puerta fué recibido el cadáver por la comisión directiva y numerosos amigos del extinto.

El féretro fué depositado en la gran sala de lectura del club, en una sencilla pero elegante capilla ardiente.

Al pie del cajón fué colocada una magnífica placa de bronce en nombre de la legación y consulado uruguayo.

Entre las coronas que vimos, las más notables son las enviadas por la legación y consulado general de la República Oriental, familia del general Mitre, la del señor Pantaleón Pérez Gomar, doctor Ernesto Frías, señor Antonio Bachini, Club Uruguayo, Lía y Elina Silva Blanco, etc.

Entre la numerosa y selecta concurrencia que hacían acto de presencia anoche en el Club Uruguayo, estaban los señores: encargado de negocios Pantaleón Pérez Gomar, cónsul general Antonio Bachini, canciller del consulado señor Barboza Terra, Agustín de Vedia, doctor Juan Angel Golfarini, Rodríguez Larreta, Andrés Carril, doctor Luis Ponce, M. León, Esteban Lamadrid Richard, docsor Carlos Urien, José Martínez, doctor Fructuoso Pittaluga, Alberto Nebel, A. Duhau, doctor B. Jardín, Manuel Silva, Manuel Fernández Vázquez, Rosende Mitre, Roberto Quiroga, A. Urrutia, etc., etc.

La comisión directiva del Club resolvió anoche á última hora nombrar una comisión encargada de acompañar los restos mortales del señor Costa hasta su patria, comisión compuesta por los señores: doctor Ernesto Frías, Juan José Britos, M. Silva Bastos, Francisco A. Maciel y Tomás G. Izurzu.

También se acordó pasar una nota al señor Agustín de Vedia, pidiéndole acompañe á esta comisión hasta Montevideo.

Los restos del doctor Costa serán trasladados hoy á las cuatro

de la tarde del local del Club Uruguayo hasta el vapor *Eolo*, en la Dársena Sur, estando encargado de despedirle el doctor Juan Angel Golfarini.

(El País, Buenos Aires).

Doctor Angel Floro Costa

Ha muerto el viejo luchador, el hombre de animosos impulsos, de corazón generoso, de inextinguibles entusiasmos, de accidentada existencia combatida por todos los huracanes de la política de un país en el que, en este punto, pensar es luchar; y ha muerto como debía morir un hombre de su temple y de sus antecedentes; sorprendido en medio de la actividad y en la plenitud del pensamiento, cuando con toda la energía de su alma siempre joven, defendía un largo y laborioso litigio sostenido durante 25 años con el gobierno argentino, y cuando con toda la entusiasta actividad de su fantasía de poeta, preparaba nuevos y vastos planes para el porvenir.

La muerte, más misericordiosa, más humana de lo que fué con él la vida, le arrebató sin prevenciones dolorosas, sin sacudimientos, sin avisos de un próximo fin que siempre acongojan al espíritu mejor templado, al presentarle la visión del no ser, hiriéndole de improviso, dejando incólumes las flores de la ilusión y de las esperanzas, que con tanta frondosidad brotaron siempre en aquella alma de niño á la que no alcanzó jamás el hielo de los años, ni amargó la hiel de los desengaños sufridos.

El nombre del doctor Floro Costa llena no una, sino muchas páginas de la historia uruguaya, así de las épocas negras y luctuosas de la tiranía, como de las trágicas y sangrientas de las luchas civiles y las blancas de los pocos años de tranquilidad bonancible de que ha disfrutado aquel hermoso país.

En la prensa, en el parlamento, en la diplomacia, en la tribuna en todas partes actuó el doctor Floro Costa haciendo gala de la universalidad de sus conocimientos y de su erudición vasta y profunda, y en todas ellas dejó luminosa huella de su paso y envidiable reputación de sinceridad y de patriotismo.

No todo fué satisfacciones en su azorosa existencia, antes al contrario la vida pareció complacerse en ofrecerle más abrojos que flores, pero éste es el patrimonio de los elegidos y el doctor Floro Costa no podía sustraerse á él.

Conoció muy de cerca la opulencia, pero también en su vida de luchas y contrastes, tuvo que pelear bravamente con serias dificultades económicas que le llevaron á conocer en toda su desnudez las necesidades más apremiantes de la vida. Defendiendo se hallaba en Buenos Aires los restos de su patrimonio comprometidos en un largo pleito con el gobierno argentino, pleito que por su duración ha pasado

á ser tradicional y del que todos tienen conocimiento y guardan memoria.

Con el doctor Angel Floro Costa pierde la república hermana uno de sus hombres más descollantes, uno de sus ciudadanos más activos y mejor intencionados, y la América latina una de las figuras más nobles y más simpáticas.

La prensa de ambas orillas pierde asimismo un colaborador asíduo, infatigable y brillante.

Como periodistas y como argentinos, nos adherimos de todo corazón al dolor que experimentan nuestros hermanos del Uruguay por el fallecimiento de este prohombre.

(**La Razón**, Buenos Aires).

El Doctor Angel Floro Costa

Repentinamente falleció ayer en esta ciudad que lo contaba entre sus huéspedes más asíduos, el doctor Angel Floro Costa, personalidad uruguaya de salientes y originales rasgos.

Publicista infatigable, espíritu activísimo y singularmente dotado para la polémica y la sátira, el doctor Costa desempeñó desde su primera juventud un papel principal en el movimiento de la intelectualidad platense.

Aunque muy aficionado á las especulaciones científicas, su brillante fantasía, tan propicia á las grandes ilusiones de un optimismo característico lo presentaron siempre como un escritor y un proyectista más ameno y fecundo que positivo, no obstante que todas sus múltiples concepciones de progreso se desplegaban sobre la base de iniciativas eminentemente prácticas. Era un soñador de excelsas cosas, un gran sugeridor de ideas y planes vastos y atrevidos á quien le faltó, aparte de todo, esa cooperación del medio que es condición indispensable de las realidades audaces. Iba mucho más lejos que su grupo circundante y en sus planes predominaba demasiado el idealismo propio de los cerebros sin regulador para su exhuberancia.

Como escritor se destacó enérgicamente en las obras de polémica, por sus rasgos de una causticidad aguda que en épocas de opresión política le ganaron múltiples persecuciones y en épocas de normalidad y concierto práctico, recelos y distanciamientos muy perjudiciales al desenvolvimiento de una acción eficaz.

Sus opúsculos, « Panfletos contra puñales », « Excelsior! » y las célebres « Menipeas », obtuvieron gran éxito de resonancia, caracterizando el rasgo saliente y popular de su personalidad de escritor. Pero su pluma afrontó infinitos temas de mayor trascendencia, entre los cuales sus estudios sobre las crisis financieras de la República Argentina, su gran obra « Nirvana », sus grandes trabajos sobre tierras fiscales y planes económicos aportarán en el futuro valiosos elementos á la resolución de importantes problemas.

Sus últimos proyectos de irrigación de la Patagonia y canalización del estuario del Plata son empresas que acreditan un talento vasto y lleno de fé en sí mismo.

El Dr. Angel Floro Costa residió en diversas épocas en Buenos Aires, donde tuvo estudio de abogado y se vinculó á todas las instituciones científicas. Sus ataques á los gobiernos de Latorre, Santos y Cuestas determinaron estas emigraciones. Santos, principalmente, lo persiguió con tenacidad; lo destituyó arbitrariamente de su cargo de fiscal de hacienda, lo declaró « traidor á la patria » y lo encerró en el célebre cuartel del batallón 5.° de cazadores donde estuvo amenazado de muerte.

Senador en 1889, diputado desde 1901 hasta el presente y candidato para ocupar la legación uruguaya en España.

Su muerte se produjo á consecuencia de un ataque al corazón, que le sobrevino ayer al llegar á la casa de su sobrino, don Alberto Raymond.

Se requirieron inmediatamente los auxilios de un médico, quien solo pudo comprobar la muerte á consecuencia de afección cardiaca.

El cadáver fué conducido á casa del señor Andrés Carril, yerno del extinto.

Inmediatamente de haberse producido el fallecimiento se dió aviso al presidente de la República del Uruguay y al de la Cámara Legislativa de la misma como también al representante de esa nación en nuestra capital.

El cadáver del doctor Costa será conducido á Montevideo. El consulado uruguayo ha recibido un telegrama oficial ordenándole haga aplicar al cadáver inyecciones conservatorias; el consul cumplido esto deberá esperar órdenes.

El doctor Angel Floro Costa era un gran admirador de nuestro país, un amigo entusiasta del pueblo argentino y un hombre de talento que aplicó considerable parte de su pensamiento al estudio y á la propaganda de nuestros progresos.

(**El Diario**, Buenos Aires.)

Angel Floro Costa

De una manera imprevista, cuando parecía rebosando salud, dejó ayer de existir en esta ciudad el doctor Angel Floro Costa, una de más potentes intelectualidades uruguayas.

Abogado á los 20 años, el doctor Costa ha ocupado su vida con una tarea prodigiosa. Su actividad era tan proverbial como su eclecticismo.

Fué todo y de todo: profesor, magistrado, legislador, periodista, literato, hombre de negocios. Fué, más que otra cosa, un polemista formidable, cuya sátira mordaz dejó más de una cicatriz imborrable. La universalidad de sus conocimientos y la amplitud de su espíritu le

permitían tratar todos los temas, ya científicos, ya económicos, ya políticos y ora fuese en la tribuna, en el libro ó en la prensa.

Entusiasta como pocos, lleno de ensueños hasta en los últimos días de su vida, muy rara vez consiguió realizar sus propósitos, y fué con frecuencia cruelmente combatido, insultado, humillado y hasta torturado.

Las tiranías de Latorre y Santos tuvieron en el doctor Costa un flagelador temible por su audacia y por la causticidad de su frase, siempre amena, no obstante lo desordenado é incorrecto del estilo. Escribía á latigazos, cuajados de términos científicos y de palabrejas rebuscadas. Asi y todo, sus artículos y folletos eran leídos con avidez y comentados calurosamente, aunque no con cariño, porque la franqueza y la virulencia del doctor Costa le habían enajenado muchísimas simpatías.

Hasta en el seno de su propio partido, al cual sirvió siempre con verdadera lealtad, fué de continuo combatido, cerrándosele el paso, negándosele el acceso á los cargos dirigentes.

Su personalidad fué en todo tiempo descollante y nadie dejó nunca de reconocerle como uno de los talentos más robustos del país vecino. Le faltó quizás el sentido práctico. El exceso de fantasía le cerró muchas veces el camino de los éxitos, sin que los frecuentes fracasos abatieran jamás su poderoso temperamento de luchador infatigable.

De cualquier modo, el Uruguay pierde con el doctor Angel Floro Costa una personalidad de primera fila, respetable y estimable, á pesar de sus errores y defectos.

(Tribuna, Buenos Aires).

Doctor Angel Floro Costa

Víctima de una afección cardiaca, diagnosticada por los médicos de años atrás, falleció ayer en esta capital, el publicista eximio y espectable hombre público uruguayo doctor Angel Floro Costa, conocidísimo en ambas orillas del Plata y aún en los diversos centros intelectuales del viejo mundo.

En el vasto campo de las altas especulaciones científicas y literarias fué el que acaba de morir un Proteo auténtico. Todo lo abarcó con el vuelo de águila de su soberana inteligencia y sólo es de sentir, que el prodigioso equilibrio de aquella mentalidad potente no hubiera guardado relación con una actuación política casi siempre irregular.

Haría dos meses que el doctor Angel Floro Costa vivía habitualmente entre nosotros ocupado en dar cima á su magno proyecto de canalización del estuario del Plata.

¡Paz en su sepulcro!

(La Epoca, Buenos Aires).

Doctor Angel Floro Costa

La República Oriental del Uruguay pierde con la muerte del doctor Angel Floro Costa una de las personalidades más culminantes de su parlamento, y la República Argentina uno de sus amigos más consecuentes. En su extensa y accidentada actuación política, el doctor Costa puso siempre de relieve brillantes condiciones de hombre de estado. Tal vez, no pocas veces, la fogosidad de su espíritu luchador le haya llevado á extremos violentos, pero nunca dejó de inspirarse en el más más sano patriotismo.

El doctor Costa falleció repentinamente en esta capital el domingo, por la tarde. Los residentes orientales y la sociabilidad porteña, á la cual se hallaba vinculado por hondas simpatías, tributáronle un elocuente homenaje de cariño. La capilla ardiente, instalada en el «Club Oriental», fué continuamente visitada por distinguidas personas. Al ser trasladados sus restos al buque que debía conducirlos á Montevideo, el doctor Golfarini pronunció una sentida oración fúnebre. En la dársena hablaron elocuentemente los señores Pérez Gomar y doctor Urien.

Caras y Caretas.

Angel Floro Costa

Una de las más poderosas intelectualidades de la República Oriental, era el doctor Angel Floro Costa; pero batallador incesante por tendencia innata de su carácter, hubo de herir muchas susceptibilidades y atraerse no pocos resentimientos. Era un escritor original, era un talento lleno de erudición, era un ingenio agudo y punzante, y era un periodista de relevantes condiciones. Luchó contra la tiranía de Latorre, fué perseguido por Santos, y en todas estas ocasiones su refugio fué Buenos Aires.

Actualmente ocupaba en el Congreso uruguayo una banca de diputado.

La muerte le ha sorprendido repentinamente, sin enfermedad ni achaque que anunciara su llegada inminente.

El cadáver ha sido velado en el Club Oriental, de donde lo trasladaron á bordo del *Eolo*, llevándolo á Montevideo por orden de la legislatura, que le ha decretado honores especiales.

(P B T, Buenos Aires).

Angel Floro Costa

De nuestro país fueron conducidos los restos mortales del gran estadista oriental doctor Angel Floro Costa, quien por su intelectualidad y méritos de hombre público, recibió siempre el aprecio de sus conciudadanos.

Paz en la tumba de los buenos y exclarecidos patriotas.

(La Libertad, Belgrano, R. O.)

Carta de Montevideo

La muerte del doctor Costa—Su biografía y su carácter—Un romántico á la moderna—El escritor—Lugar que ocupa en la literatura nacional Originalidad de su estilo—La sátira—Las ingenuidades de su espíritu—Síntesis de su obra—Su vida política como ejemplo—La muerte de Aristófanes.

Montevideo, Junio de 1906.

Esta correspondencia estaba destinada á dar cuenta de las grandes obras públicas que se ejecutan y que se proyectan; pero el fallecimiento del doctor Angel Floro Costa obliga al corresponsal á postergar el desarrollo del tema, para dedicar algunos comentarios á esa personalidad que acaba de desaparecer en forma tan inesperada.

Todos los diarios han publicado extensas biografías del ilustre muerto; la que insertó *La Prensa* es una de las más completas, pero á veces las biografías no consiguen definir el carácter de una personalidad. Es que los hechos de la vida del hombre no responden siempre á la propia individualidad, ni al ideal que se ha traído en el espíritu. Las circunstancias del medio constituyen estrecha cárcel para la personalidad.

El doctor Costa se halla en ese caso; ha habido verdadera desproporción entre el hombre y su vida, entre lo que fué y lo que hubiera podido ser. Y eso que su vida fué múltiple, compleja, agitada y llena de episodios. Acaso ese mismo exceso de actividad devoró estérilmente muchas de sus energías.

Pasó de prisa por los puestos públicos; fué senador, diputado magistrado, pero siempre de paso, en los intervalos del destierro, huésped en la propia patria, oscilando siempre entre las dos márgenes del Plata, atraído y repelido por los azares de la política.

En esa forma nómada de vida adquirió la agilidad de espíritu que fué su característica, esa filosofía escéptica pero festiva, esa facilidad, en fin, para aceptar la suerte contraria sin protesta y llevar de aquí para allá su aduar á la aventura.

Fué esa existencia de peregrino, en la que había algo del romanticismo de su maestro Juan Carlos Gómez, que le enseñó á soñar y á engañarse con los falsos mirajes.

Pero la realidad, lo que había de positivo en este hombre superior, solo á medias pudo dejarlo advertir. Lo inestable de su vida, la falta de reposo, lo incierto del porvenir, le robaron la preciosa facultad de meditación para darle en cambio el febril apresuramiento con que acumuló obras y proyectos, colosales muchos de ellos, con el temor de que el tiempo le faltara.

Y el tiempo le ha faltado efectivamente. La muerte le ha sorprendido á traición, en plena labor. No hace muchos días en las antesalas de la Cámara de Diputados le decía á un joven compañero de parlamento, refiriéndose al palacio legislativo que va á construirse: « Eso es para ustedes, los viejos moriremos aquí. Y tenía razón.

De todo lo que llevo dicho se desprende que el doctor Costa era un soñador: y lo era en efecto, pero un soñador generoso. Estaba habituado á la utopía: fácilmente se dejaba arrastrar por ella. Era este un defecto de educación, un último resabio juvenil. Había nacido en 1839, en plena revolución romántica, cuando Montevideo era el foco de la intelectualidad americana. Se formó en la literatura de la época, oyendo el cañoneo de la Defensa y habituado á ver en las calles de la ciudad sitiada las románticas siluetas de Cané y Etcheverría.

Pero él protestaba contra esa paternidad intelectual; citaba á menudo á Darwin, Spencer y Haeckel, á Compte, Littré y Claude Bernard, hacía gala de avanzado positivismo científico, y sin ser un sansimoniano, pretendia serlo.

Tal vez en el fondo de este soñador á la moderna, que para explicar el origen del mundo y de las ideas estudiaba geología é historia natural, había un sedimento de espiritualismo que dejó allí la educación del seminario, la enseñanza de sus maestros los jesuitas, á quienes siempre recordó con cariño.

Es difícil desprenderse completamente de lo que se ha sentado en los primeros años; en Renán, el filósofo, aparecía á veces el antiguo seminarista de San Sulpicio.

En el doctor Costa el escritor lo fué todo. Su actividad, su acción como político, como jurisconsulto, como legislador, como hombre de empresa, todo lo redujo á esa enorme labor literaria que llena su vida.

Cuando se escriba la historia de la literatura nacional, al doctor Costa corresponderá un capítulo bien interesante. En cierto sentido fué un reformador: por primera vez entre nosotros, introdujo en el lenguaje literario el tecnicismo científico, y trocó las metáforas girondinas de los escritores de su generación, por los símiles tomados en las ciencias positivas. Cuando se imitaba á Chateaubriand, á Lamartine, á Guizot y á Edgar Quinet, él puso especial cuidado en desechar esos modelos, y se formó un estilo propio, mezclando á sus

lecturas clásicas la sátira de Juvenal, el humorismo jovial de Beaumarchais y el léxico científico á que dió vida la evolución de las ciencias positivas.

Sin embargo, no fué literato en la acepción de la palabra; carecía del sentido de la proporción y no le preocupaba gran cosa la forma; sabía escribir á la buena de Dios, *calamo currente* para usar su frase favorita, echando mano de la anécdota, de la sátira, del sarcasmo, de su inagotable caudal científico.

Escribiendo así se formó un estilo original, creó un género de literatura periodística que tituló « Menipea, » y se hizo un humorista temible. Sobre todo la sátira, la esgrimió sin descanso; su espíritu festivo y burlón, se complació en este género; como á Rabelais, la ironía le retozaba en los labios. En la Cámara de Diputados su verba risueña sostenía el interés en los más áridos debates, y á menudo sus colegas sentían el botonazo de su ironía.

La sátira es un arma peligrosa, que á menudo se vuelve contra quien la esgrime; el doctor Costa sintió muchas veces el *choo en retour* herirlo en mitad del pecho. Y siempre el golpe le tomó de sorpresa, porque se creía invulnerable.

Tenía la ingenuidad de creer que sus juicios eran inofensivos y solía prodigarlos sin previo control. Eso le hizo ser á veces injusto hasta la crueldad, pero siempre fué generoso y tuvo la alta virtud de saber olvidar.

En su espíritu había un fondo de candor: temía morir en el olvido y amaba las apoteosis de ultratumba. La idea de ser honrado después de muerto, le deleitaba. No hace mucho que recorriendo la galería de próceres que posee el Senado, manifestó que aspiraba á que su retrato figurara allí después de su muerte. En este anciano vivaz é inquieto había algo de niño; se deslumbraba fácilmente con las exterioridades brillantes

¿Qué queda de esta personalidad original que se ha marchado dejando tantas cosas por realizar? Su obra se resiente demasiado del apresuramiento y la inquietud de su vida. Pudo ser fecunda y sólo deja el resplandor de un talento vigoroso y el bosquejo de los grandes proyectos que no pudo ver realizados.

Escribió libros nutridos de ciencia y doctrina; fué legislador é improvisó los más avanzados y vastos proyectos, soñó con grandes obras públicas y formuló sus planes, dispersó sus ideas de progreso aquí y en la Argentina, fué orador ático, político de principios liberales y honrados y, sobre todo, escritor original y ameno, cuya popularidad pocos han alcanzado en el Uruguay.

Su vida constituye un ejemplo elocuente de lo que ha sido la política en estos países de formación moderna. Este hombre, ante cuya muerte el país se conmueve y á quien se tributan los más altos honores públicos, hace apenas veinte años fué declarado por decreto «traidor á la patria», sufrió persecuciones, encarcelamientos y destierros.

En esas condiciones de vida no se puede realizar una obra

completa. Los que exigen la síntesis, el exponente de este cerebro de pensador, encerrado en una obra única y fundamental, son injustos. El doctor Costa se vió obligado á trabajar en detalle, á dispersar su talento en la lucha diaria, y como la mayoría de los grandes americanos; no acertó con la fórmula que encerrara su testamento científico y literario.

Pero la verdadera obra de estas personalidades está en la influencia que han ejercido y que perdura á través del tiempo. Juan Carlos Gómez, cuya obra quedó sin escribir, educó desde la tribuna y la prensa á varias generaciones en el culto de los grandes principios democráticos. La huella que deja el doctor Costa es también profunda.

« Ha muerto Aristófanes », escribió el publicista alemán Starh, cuando murió Heine, y con esa frase hizo el mejor elogio de la obra del inmortal poeta. La gracia y la ironía desaparecían con el ruiseñor del Rhin.

¿Quién recogerá el legado que deja este otro espíritu aristofanesco también, pero que tenía profundidades de pensador y cuya desaparición se sentirá en el parlamento con la misma intensidad que sintieron los salones franceses de principios del siglo pasado la desaparición de Fontanes y Jouvet ?

Raúl Montero Bustamante.

Los discursos

Traslación de los restos del doctor Costa — del Club Oriental á la Dársena

No obstante el pésimo día de ayer, fué numeroso el cortejo que acompañó hasta la dársena los restos del doctor Angel Floro Costa, para ser conducidos á Montevideo, en el vapor *Eolo*, por la Comisión nombrada al efecto y que componen los señores Esteban La Madrid, Ernesto Frías, Manuel Silva Bastos y Francisco Maciel.

Antes de ser sacado el féretro de la capilla ardiente levantada en el Club Oriental, habló el doctor Juan Angel Golfarini, y en la dársena el encargado de negocios, señor Pérez Gomar y el doctor Urien.

Hé aquí los discursos:

Del doctor Golfarini

Señores: En el transcurso de un año, esta es la segunda vez que me toca cumplir con el penoso deber de tributar, en representación del Club Oriental, el postrer homenaje á un compatriota ilustre.

Hace unos meses rodeábamos los restos mortales del doctor Juan

Carlos Gómez, al ser restituídos á la patria: hoy nos congregamos alrededor del féretro que guarda los despojos del doctor Angel Floro Costa, caído también en tierra extranjera, sorprendido en la lucha por el recio golpe de la muerte, como el huracán troncha la secular encina que desafía sus iras.

Era el doctor Costa un digno representante de aquella generación brillantísima que se amamantó al extinguirse los fulgores de la epopeya nacional y modeló su pensamiento, nutrió sus ideales y concretó sus anhelos durante los lustros sombríos que sucedieron á aquella, cuando á la siniestra penumbra de la anarquía la suerte de la patria parecía incierta y por doquier las pasiones producían choques formidables, renovados con empeños constantes y decididos como si de aquel heroico batallar retoñaran nuevos bríos y el alma angustiada de la patria impusiera estoicismos ejemplares vibrando sin cesar, por todos los ámbitos, las terribles clarinadas que concitaban al exterminio...

En este período caótico se armaron caballeros los hombres que en distintos bandos, ilustraron más tarde el nombre oriental, como poetas, escritores, estadistas, polemistas, jurisconsultos, dejando un reguero de luz á manera de un meteoro por donde quiera que pasaron.

La personalidad del doctor Costa es una de las más interesantes de esta generación, de la cual era uno de los pocos sobrevivientes; de carácter afable y persistente, animoso, trabajador, fecundo, talentoso y sabio, constituía, al mismo tiempo, un conjunto de antitesis que imprimía á sus producciones literarias y á la enunciación de sus especulaciones científicas, un sello singular, personalísimo que hacíanlas inconfundibles, del mismo modo que las facetas de un diamante, talladas en sentido inverso, producen radiaciones multicolores...

Era un eterno visionario del ideal.

Su concepción intelectual marchaba al unísono con los modernos progresos, y tan fácil y espontáneamente á las exigencias del momento, que más parecía un joven entusiasta que un hombre que reunía la experiencia de dos tercios de siglo.

Aún en el calor de la polémica, que sostenía como maestro eximio, olvidaba los agravios; y cuando abroquelado en sus doctrinas se batía con jóvenes que podían ser sus discípulos, hacía gala de su espíritu jovial, rebosante de lirismo, y repetía las hermosas estrofas de Longfellow: « No hemos sido creados ni para regocijarnos ni para sufrir, sino para obrar, á fin de que cada día siguiente, nos hallemos más adelantados. ¡No confiéis en el porvenir por risueño que sea! ¡Dejad al pasado sepultar á los muertos! ¡Obrad, obrad en el presente que vive! ¡El corazón en nuestro pecho y Dios sobre nuestras cabezas! »

No es el momento de formular un juicio sobre la actuación del doctor Costa, siquiera fuese para encomiarle; pero cualquiera que sea el criterio personal ó político con que se le juzgue, forzoso será reconocer que era un ciudadano eminente y que su desaparición deja un vacío muy difícil de llenar.

Señores: El Club Oriental ha cumplido un honroso deber, ofreciendo fraternal asilo á los restos del doctor Angel Floro Costa, y al despedirlos para siempre, quiero dejar constancia de los sentimientos de dolor que embargan á mis consocios, en cuyo nombre tributo este modestísimo homenaje.

He dicho.

Del encargado de negocios señor Pérez Gomar

Señores: En nombre del gobierno de la República Oriental del Uruguay, cumplo con el penoso deber de depositar la siempreviva del recuerdo eterno, sobre los restos mortales del que fué en vida doctor Angel Floro Costa.

Este fallecimiento, señores, ha sido doblemente sentido entre sus compatriotas y amigos de ambas orillas del Plata, por la forma violenta como se ha producido: momentos antes de morir lo hemos visto en el yunque del trabajo y en el cumplimiento más estricto del deber y del honor.

Es que el doctor Costa pertenecía á aquella generación de luchadores, era un fanático del cumplimiento del deber; por eso ha caído anciano ya pero en la plenitud de sus energías.

Inteligencia robusta é incomparable, jurisconsulto, magistrado, legislador, puede decirse que ha dejado la huella luminosa de su talento en los cargos á que sus propios méritos lo llevaron.

Las letras nacionales están de duelo con su desaparición, pues como literato era un notable estilista que hacía honor no sólo á su patria sino al mundo entero.

Doctor Costa, caballeresco amigo ¡ qué la tierra de la patria que tanto amasteis cubra vuestros restos en su descanso eterno!

Del doctor Carlos M. Urien

Señor representante del gobierno uruguayo; señores: Cumplo con el penoso deber de despedir de tierra argentina los despojos del doctor Angel Floro Costa, al que me unió en vida el doble vínculo de la amistad y de los afectos.

La inesperada muerte del doctor Costa, significa, señores, un día de duelo para las letras en el Plata, porque vosotros sabéis que el espíritu que agitó el cuerpo del que yace, fué el de un constante batallador, cuyas iniciativas y brillantes pruebas quedan imborrablemente señaladas en la tribuna, en la cátedra, en la prensa y en el libro, pues fué el doctor Costa orador, maestro, periodista y publicista, en las distintas esferas á que consagró su asombrosa actividad intelectual, ya fuese como político ó como geógrafo, economista, jurista, sociólogo y literato.

Elocuente y vibrante como polemista, su huella queda también trazada en el panfleto y en la prensa de ambos estados del Plata; y si es verdad que alguna vez arrastrado por la pasión del parti-

dario, llevó el ataque ó la defensa hasta lo personal, es noble también confesar que fué obligado á ello para contestar alusiones hirientes que su espíritu independiente no toleraba, ó cuando tuvo que transigir con el personalismo, que no otra cosa es, por lo general, la política interna en nuestros pueblos, en los que las doctrinas y declaraciones se olvidan y falsean para dar satisfacción á ambiciones personales ó mezquinos intereses de círculo, como lo evidencia el resultado de recientes hechos.

Pero la personalidad política fué sólo una fase de las muchas que brillaban en el espíritu y en la mente del escritor, el que os hubiera expuesto con la misma lucidez y galanura de palabra la nueva doctrina jurídica ó literaria, la teoría de Laplace sobre la formación del planeta, como los principios sobre librecambio, proteccionismo, moneda é impuestos que discuten los problemas de la economía política, desde sus orígenes, con los maestros Juan Bautista Say y Adam Smith, hasta nuestros días, con Jevons, Macleod, Cawes y Leroy Beaulieu.

Era así, señores, porque el doctor Angel Floro Costa, fué si bien un carácter nervioso y un temperamento fundido al calor de las pasiones, lo que hacía de él un idealista y un soñador, también un estudioso, que en medio de la agitadísima vida en que actuaba, no descuidaba los problemas que afectan á estos países y que deben preocupar á nuestros estadistas.

Por ello consagró muchas de sus vigilias y meditación á las conclusiones de su libro *Nirvana*, obra en la que se revela una vez más no solamente un consumado hablista, si que también una inteligencia luciente cuyos destellos hacen vibrar las proyecciones de su pensamiento, cuando se singulariza por la clarovidencia del juicio y la novedad de las conclusiones aplicadas á las evolución de nuestras sociedades.

Por eso, discípulo del doctor Juan Carlos Gómez, de quien heredó mucho de sus ideas y principios, como igualmente de su idealismo, los que también distinguieron á los románticos de 1839, no se arredraba de exponer, en medio de la lucha ardiente de los partidos de su patria, ideas relativas á un proyecto de confederación de los estados del Plata, fuera porque pensara que los vínculos y sacrificios del pasado, como la comunidad de aspiraciones y tendencias, tiene que hacer uno solo de ambos estados, ó sea porque creyese que esta ambición de progreso, que esa inquietud del porvenir que mueve á uruguayos y argentinos, deben marchar confundidas, á semejanza de las aguas del Plata y del Uruguay, que bañando las márgenes de ambas repúblicas y aunque corren separadamente, terminan por unirse antes de entregarse al Océano.

Es que el doctor Costa, aunque uruguayo por su nacimiento, era también argentino, y particularmente porteño por sus afecciones; por eso la muerte le ha sorprendido con una serie de proyectos relativos al ornato é higienización de la ciudad de Buenos Aires, á la que amaba en realidad.

Y siendo así, seguía con particular empeño todos nuestros triunfos y progresos, y era el primero en participar de nuestros dolores; por ello es que hacía oir la voz en nuestras solemnidades y aniversarios, fuese en los momentos de alborozo público, fuera en los tristísimos días de los duelos nacionales. Bastará recordar para evidenciar esta afirmación dos episodios no más: el jubileo del general Mitre y la muerte del patricio, cinco años después, que motivaron en la República Oriental, la asociación á la fiesta primero y al duelo público después, por la iniciativa de la brillante palabra del orador uruguayo, que dejó, en ambas oportunidades, dos oraciones cívicas dignas de elogio y recordación.

Estos hechos que á grandes rasgos trazo, en la síntesis que reclama el momento, de la brillante y múltiple figuración del doctor Angel Floro Costa, no tienen, no, la pretensión de perfilar la figura del publicista que cerró para siempre los ojos á la vida en tierra amiga; quieren sólo traer á la memoria los antecedentes del publicista amante de la nación y encariñado á nuestro pueblo. Y si la palabra modesta y sin brillo del que lo recuerda, no está á la altura de la intelectualidad del doctor Costa, siquiera pueda ella aceptarse y pasar, para significar que en tierra argentina no han sido olvidados el cariño y alabanzas que tributó el extinto á nuestro país y á nuestro pueblo.

¡Dormid en paz, buen amigo!

Doctor Angel Floro Costa

Ha fallecido en la Capital Federal el ilustrado y renombrado publicista, doctor Angel Floro Costa, padre de nuestro particular amigo el doctor Ramón C. Costa.

El fallecimiento del eximio hombre de letras viene á privar á las repúblicas del Plata de una de sus más preciadas eminencias, en el orden de la jurisprudencia, de las finanzas, de la diplomacia y del periodismo, donde figuró como astro de primera magnitud.

Al dar nuestro sentido pésame á su distinguido hijo el doctor Ramón C. Costa, nos permitimos publicar algunos datos biográficos del malogrado extinto, cuya fama ha traspuesto los dinteles de la joven república que le vió nacer.

El doctor Angel Floro Costa nació en Montevideo el 18 de Agosto de 1839, habiendo cursado estudios preparatorios en el Colegio de los Jesuitas y terminándolos en la Universidad. En 1856, siendo bachiller, tuvo que dedicarse á cursar jurisprudencia á causa de no existir en su patria facultad de medicina. En 1860 se graduó de doctor no habiendo cumplido aún los 21 años. En 1861 obtuvo en concurso y con nota de sobresaliente la cátedra de geografía general y astronomía, que era de reciente creación en la Universidad de

Montevideo. Producida la cruzada del general Venancio Flores, el doctor Costa emigró á la capital de la República Argentina, donde se estableció y donde al par que terminó su práctica forense y abrió su estudio con verdadero éxito, dedicóse á cultivar aquellos conocimientos que fueron de su predilección con los médicos más distinguidos y especialmente con el sabio químico doctor Pedro Arata, de quien recibió muchas y aprovechadas lecciones. Fué miembro fundador de la Sociedad Científica Argentina y miembro activo de la Sociedad Paleontológica; Asesor del Consejo Nacional de Higiene, puesto que desempeñó gratuitamente tres años, mereciendo votos honrosísimos de ese cuerpo por los importantes servicios prestados. Produjo notabilísimos estudios sobre las distintas crisis financieras, en que, durante 20 años (1865 á 1885), se viera envuelta la República Argentina, estudios que le valieron calurosos elogios de los primeros financistas argentinos, como don Norberto de la Riestra ministro argentino y de don Francisco Balbín, presidente del Banco Hipotecario; del teniente general don Bartolomé Mitre y del doctor Nicolás Avellaneda. Fué electo en aquella época Miembro de la Corporación Municipal y uno de los candidatos á su presidencia, á pesar de su nacionalidad oriental. Al dar á publicidad su gran obra «Nirvana», recibió merecidos elogios de los doctores Juan B. Alberdi y J. M. Zuviría y del general Bartolomé Mitre.

Volvió más tarde á su patria y allí fué nombrado fiscal de hacienda de estado, puesto del que fué destituído por consejo del general Santos, su enemigo político que influía en el ánimo del presidente Vidal. Regresó á la Argentina y desde allí hizo mucho bien á su patria exhortando al tiranuelo que la oprimía, á la concordia de la familia uruguaya. Santos decretó su prisión en uno de los oscuros calabozos del siniestro « Quinto de Cazadores », donde el doctor Costa hubo de ser fusilado á no mediar los esfuerzos conjuntos de los diplomáticos argentino y brasileño, general Benjamín Victorica y doctor Juan Ponte Ribeiro. Fué uno de los principales factores de la caída de Santos, habiendo alcanzado á ser el primer escritor satírico y el mas leído en su país. Fundó *La Defensa* y después *El Progreso,* diarios en que se destacó como polemista y satírico sin rival. Fué senador en uno de los últimos congresos uruguayos, revelándose orador de alta talla y tratando asuntos de importancia financiera.

Fué autor de la «Carta Orgánica del Banco de la República del Uruguay» de sus «Estatutos». Los Anales del Foro», el «Drama Judicial» y su «Código de organización de la administración de justicia» le valieron mejor reputación aún. Sobre Ciencias Naturales escribió algunos folletos y entre ellos uno que se refiere á la exploración geológica del Uruguay. Escribió sobre la canalización del estuario del Plata y sobre canalización de la Pampa Central. Por último, una serie de « Menipeas políticas » que han consolidado su nombre de escritor dentro y fuera del país. — Fué miembro de varias sociedades uruguayas y argentinas, de la Real Academia de

Jurisprudencia Española, de la Sociedad de Jurisprudencia y Economía de Berlín, de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid y de otras corporaciones no menos ilustres.

En 1898 el doctor Costa volvió á expatriarse estableciéndose nuevamente en la argentina, poniéndose al frente de empresas que lo reclamaban y á las que estaba vinculado con su talento y laboriosidad excepcionales.

(La Libertad, Paraná).

Angel Floro Costa

Repentinamente ha muerto en Buenos Aires el distinguido hombre público con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Una personalidad más que desaparece, dejando un puesto irreemplazable en el escenario público..

La muerte de este distinguido hombre, no solo significa una gran pérdida para su patria, la República Oriental, sino también para nuestro país, al que el doctor Costa había sabido también vincularse estrechamente.

Nació en Montevideo el 18 de Agosto de 1839. En 1860, cuando aún no había cumplido los 21 años, se graduó de doctor en derecho. En 1861, después de haber obtenido por concurso la cátedra de geografía y astronomía en la universidad de Montevideo, tuvo que emigrar de esta ciudad por haberse iniciado la revolución encabezada por el general Flores.

Llegó á Buenos Aires é inmediatamente abrió su estudio, que acreditó en seguida. Desde esa época hasta 1878, en que regresó á su país formó parte como miembro de la Sociedad Científica, asesor del Consejo Nacional de Higiene, miembro de la corporación municipal y otros puestos no menos importantes.

Publicó en esa época varios estudios sobre las crisis financieras de la República Argentina en el período de 1865 á 1885, estudios que le valieron muchos elogios.

Solo permaneció en Montevideo hasta 1878, pues perseguido por el gobierno de Latorre tuvo que emigrar. De nuevo entre nosotros, publicó el famoso folleto político titulado « Panfleto contra puñales » y su obra « Nirvana ».

Desaparecido el gobierno de Latorre y llamado por sus amigos políticos, volvió á su país, siendo nombrado fiscal de hacienda; pero, surgida en esa época la preponderancia del general Santos, á quien combatiera el doctor Costa, se le destituyó. En esta época aparecieron los trabajos del doctor Costa titulados: « El alma de Menipo », su « Excelsior » y « Ecos del Partido Colorado ».

A raíz de esto, el presidente de la República decretó la prisión del doctor Costa; fué encerrado en uno de los calabozos del 5.° de cazadores, donde hubo de ser fusilado. Los trabajos que hicieron

en su favor los diplomáticos argentino y brasileño lo libraron de la muerte.

Fundó *La Defensa* y después *El Progreso*, donde hizo valer su pluma.

El doctor Angel Floro Costa fué senador en su país y trató con independencia importantes cuestiones financieras.

En el año 1898, á consecuencia del golpe de Estado que se produjo en Montevideo, volvió á radicarse en Buenos Aires, donde atendió como director la «Empresa de Canalización del Estuario» hasta 1902 que fué designado para ocupar una banca de diputado en el parlamento de su país, en representación del Salto.

Desde entonces han sido muchas las obras y trabajos que se hicieron conocer del doctor Angel Floro Costa, además de su importante actuación en el parlamento uruguayo, donde condensó en un vasto proyecto un estudio económico-jurídico sobre tierras fiscales y arreglo de la propiedad territorial. Presentó también el proyecto de un nuevo plan de hacienda y colaboró en importantes trabajos relacionados con el adelanto de su país.

Ha desempeñado también importantes comisiones y formado parte de las principales instituciones científicas de este país y del de su nacimiento, que pierde con la muerte del doctor Costa uno de sus hijos más esclarecidos.

(El Tribuno, Paraná)

Doctor Angel Floro Costa

La luz fecunda de una gran inteligencia acaba de eclipsarse.

El doctor Angel Floro Costa ha caído de la única manera que caen las águilas de la ciencia y del talento.

Los países del Plata que desde más de cuarenta años admiraran las irradiaciones de su cerebro, sólo conservarán la huella luminosa que ha dejado en su paso por la tierra y verán en sus obras su verdadera apoteosis, porque son las obras el mejor bronce para inmortalizar á los grandes.

Angel Floro Costa fué un literato y un publicista de nota, periodista, polemista y un hábil político.

Expatriado en la época del general Santos en la República Oriental, dejó á Montevideo y se radicó en Buenos Aires, siendo uno de los principales factores que contribuyó á hacer caer dicho gobierno, volviendo nuevamente á su país á quien prestó grandes é importantes servicios.

Hacia poco que se encontraba en Buenos Aires donde la muerte lo ha sorprendido.

Paz en su tumba.

(La Lucha, Paraná).

Angel Floro Costa

La personalidad de este ciudadano oriental, cuya inteligencia robusta é incomparable le había conquistado una hermosa posición política, social y literaria, es demasiado conocida. Puede decirse que ha dejado brillante estela de su paso en los cargos á que sus propios méritos le llevaron.

Hombre de convicciones profundamente arraigadas, se conquistó un nombre envidiable que le valió el aplauso de sus conciudadanos y de todos aquellos que supieron apreciar sus condiciones irreprochables de perfecto caballero.

Angel Floro Costa nació en Montevideo el 18 de Agosto de 1839. En 1860, cuando aún no había cumplido los 21 años, se graduó de doctor en derecho. En 1861, después de haber obtenido en concurso la cátedra de geografía y astronomía en la universidad de Montevideo, tuvo que emigrar de esta ciudad por haberse iniciado la revolución encabezada por el general Flores.

Llegó á Buenos Aires é inmediatamente abrió su estudio, que acreditó enseguida.

Desde esa época hasta 1878, en que regresó á su país, formó parte de la Sociedad Científica Argentina, asesor del Consejo Nacional de Higiene, miembro de la corporación municipal y otros puestos no menos importantes.

Floro Costa publicó en esa época varios estudios sobre las crisis financieras de la República Argentina en el período de 1865 á 1885 estudios que le valieron muchos elogios.

Sólo permaneció en Montevideo hasta 1878, pues perseguido por el gobierno de Latorre tuvo que emigrar.

De nuevo en Buenos Aires, publicó el famoso folleto político titulado *Panfleto contra Puñales* y su obra *Nirvana*, de tantísima resonancia.

Desaparecido el gobierno de Latorre y llamado por sus amigos políticos, volvió á su país, siendo nombrado fiscal de hacienda; pero, surgida en esa época la preponderancia del general Santos, á quien combatiera el doctor Costa, se le distituyó arbitrariamente y se le declaró « traidor á la patria », en un decreto, cuyos fundamentos tenían por base las pretendidas ideas anexionistas que se creyó ver en un artículo publicado por el doctor Costa en *El Siglo*.

En esta época aparecieron los trabajos del doctor Costa titulados: *El alma de Menipo*, su *Excelsior* y *Ecos del Partido Colorado*, que conmovieron y agitaron los espíritus.

A raíz de esto, Santos, presidente de la República, decretó la prisión del doctor Costa; fué encerrado en uno de los calabozos del 5.° de cazadores, donde hubo de ser fusilado.

Los trabajos que hicieron en su favor los diplomáticos argentino y brasilero lo libraron de la muerte.

Fundó á pesar de tantos vejámenes *La Defensa* y después *El Progreso*, donde hizo valer su pluma.

El doctor Angel Floro Costa fué senador en su país y trató con independencia importantes cuestiones financieras.

En el año 1898, á consecuencia del golpe de Estado que se produjo en Montevideo, volvió á radicarse en Buenos Aires, donde atendió como director la «Empresa de Canalización del Estuario» hasta 1902 que fué designado para ocupar una banca de diputado en el parlamento del país, en representación del Salto.

Desde entonces han sido muchas las obras y trabajos que se hicieron conocer del doctor Angel Floro Costa, además de su importante actuación en el parlamento uruguayo, donde, condensó en un vasto proyecto un estudio económico jurídico sobre tierras fiscales y arreglo de la propiedad territorial.

Presentó también un proyecto de un nuevo plan de hacienda y colaboró en importantes trabajos relacionados con el adelanto de su país.

Ha desempeñado también importantes comisiones y formado parte de las principales instituciones científicas de la Argentina y de su su patria, que pierde con la muerte del doctor Costa uno de sus hijos más esclarecidos.

(Pensamiento Latino, Chile.)

Al Doctor Angel Floro Costa

Con motivo de la muerte de este
eminente hombre público uruguayo.

Gladiador en la arena del combate
Esgrimió siempre con pujanza y brio;
La pluma de oro que jamás se abate
En lo ardiente y tenaz del desafio.

Coloso de las letras, que valiente
En su estilo brilló, viril idea,
Del polemista su gloriosa frente
Con laureles cubrió la MENIPEA.

Altivo luchador, siempre en la brecha
Sereno soportó el contrario sino;
Y si de enconos se encendió la mecha
Continuó batallando su camino.

Su palabra galana cual ninguna
Fué el fruto del saber grande y profundo,
Orgullo es de la tierra de su cuna
La obra de talento tan fecundo.

Ya su espíritu de ingenio poderoso
Del cual tomaba el pensamiento vuelo;
No alumbrará radiante y magestuoso
En aquel bravo y turbulento suelo.

La muerte del varón esclarecido
Llora la patria con acerbo duelo;
Las inmortales frases que ha exparcido
Fueron luz de astro en nuestro turbio cielo.

La Plata, Junio 11 de 1906.

Enrique Etcheverry.

Notas de condolencia

Cámara de Representantes. — Montevideo, Junio 15 de 1906. — Señora Enriqueta Latorre de Costa: La H. Cámara de Representantes me ha encomendado el penoso deber de expresar á usted el hondo pesar que le ha causado la inesperada muerte de su esposo el eminente ciudadano doctor Angel Floro Costa, cuya actuación descollante en el Parlamento unida á su poderoso talento y á la fecundidad inagotable de sus iniciativas de progreso, que constan en los anales legislativos, constituían para la Cámara de que formaba parte, un elemento valiosísimo, difícil, sino imposible de reemplazar.

La H. Cámara lamenta la pérdida de tan ilustre ciudadano y acompaña á su viuda en el justo dolor que hoy la embarga, esperando que las múltiples manifestaciones de aprecio de que ha sido objeto el extinto en el acto de su sepelio, por parte de los Poderes del Estado y por el país entero servirán de lenitivo á tan grande pesar.

Reciba usted, señora, con las expresiones de mi más sentido pésame, las seguridades de mi alta consideración y respeto. — *Antonio M. Rodríguez*, presidente; *Manuel García y Santos*, secretario redactor.

—

Ateneo de Montevideo. — Montevideo, Junio 13 de 1906. — Señora Enriqueta Latorre de Costa. — Distinguida señora: La Junta Directiva del Ateneo de Montevideo, que tengo el honor de presidir, resolvió en sesión extraordinaria celebrada el día de ayer, dirigir á usted la presente como homenaje de adhesión al duelo que la embarga por la muerte de su esclarecido esposo, el eminente publicista doctor Angel Floro Costa.

Al tomar esa resolución el Ateneo ha tenido en cuenta no solamente las relevantes condiciones intelectuales del ilustre muerto, sino también la circunstancia de que más de una vez el doctor Costa puso su brillante talento al servicio de la institución, dilucidando desde su tribuna, las más difíciles cuestiones económicas y sociales de la República.

Al trasmitir á usted el voto de esta Junta Directiva me hago un honor en saludarla con mi consideración más distinguida. — *Pedro Figari*, presidente; *José Salgado*, secretario

—

Biblioteca de la Cámara de Representantes. — Montevideo, Junio 19 de 1906. — Señora Enriqueta Latorre de Costa. — Estimada señora: En nombre de la repartición, de la cual su ilustre esposo era Presidente, tengo el honor de elevar á Vd. el más sentido pésame.

Aquí en esta « Ciudad de los libros » él era un rayo de luz que

todo lo iluminaba con su verba risueña, interesante é instructiva. Su gran amor á la lectura, le hacía el huésped más distinguido de cuantos pasaban el templo en que las ideas se comprimen para hacerse libro.

Su recuerdo está tan ligado á este mi empleo, que jamás le olvidaré — y á fin de que lo que él tanto amó no permanezca sin algo que le recuerde — he solicitado al Presidente de la Cámara autorización para colocar el retrato en la Biblioteca.

Asociándome en un todo á su pena y á la de su distinguida familia, la saluda con su mayor consideración. — *Alberto Nin Frías.*

—

Universidad de Montevideo. — Nota núm. 176. — Montevideo, Junio 26 de 1906. — Señora Enriqueta Latorre de Costa: — El Consejo de Instrucción Secundaria y Superior me ha confiado la misión de trasmitir á usted la dolorosa impresión que produjo en su seno el fallecimiento de su ilustre esposo doctor Angel Floro Costa.

No era éste para la Universidad un extraño, como no lo era para ninguno de los centros intelectuales del país.

Su poderoso talento había honrado las aulas universitarias desde el banco del estudiante, para honrarlas después desde la Cátedra, fundando y regenteando una de las de Enseñanza Secundaria.

Por ello y por la cooperación prestada en los últimos tiempos por el doctor Costa á todos los proyectos de las autoridades universitarias, tienen éstas para con él una deuda de gratitud, que se hacen un deber en reconocer por medio de la presente.

Quiera usted aceptar con la expresión sincera de nuestra condolencia, las seguridades de mi más distinguida consideración. — *Eduardo Acevedo* — *Juan Andrés Ramírez.*

Telegramas

Montevideo. — A Andrés Carril. — Buenos Aires. — Oficial urgente. —Profundamente apenado he cumplido triste misión. — Cámara reunirase mañana para resolver lo oportuno. — Entretanto por disposición Presidente República te autorizo tomar por cuenta Gobierno medidas para traer cadáver. Consulta con asistencia pública y que den inyecciones conservadoras y pongan restos en caja zinc debidamente soldada. — En esos preparativos debe intervenir autoridad que expedirá documentos para traslado. Hecho eso espera órdenes te serán trasmitidas después de reunión Cámara. — *B. Fernández y Medina,* Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno.

—

Montevideo. — A Andrés Carril. — Buenos Aires. — Cámara resolvió tributar honores públicos doctor Costa comisionando Cónsul Bachini para que de acuerdo con familia procure embarcar cuerpo hoy mismo. Gastos corren por cuenta Estado. Ruégole advertirme telegráficamente cualquier inconveniente saludos y condolencias. — *Antonio M. Rodríguez,* Presidente.

Señor A. Carril. — Montevideo, Junio 11 de 1906. — Recibí telegrama. — Cámara no resolvió enviar comisión por creer que hoy podrían embarcarse restos ahí.

Esperámoslos pasado mañana. — Honores públicos resueltos acordose familia pensión 2.400 pesos anuales. Salúdalo. — *Antonio María Rodríguez,* Presidente.

—

Buenos Aires. — A Enriqueta Latorre de Costa y familia. — Lamentamos desgracia y las acompañamos en su duelo. — *Lelia y Elina Silva Blanco.*

—

Buenos Aires. — A Enriqueta Latorre de Costa y familia. — De corazón los acompañamos lamentando irreparable pérdida. — *Ernesto Olivera Wells y Señora.*

—

Buenos Aires. — A Enriqueta Latorre de Costa y familia. — Los acompañamos en su dolor lamentando sinceramente pérdida esposo y padre ejemplar, excelente amigo y eminente ciudadano. — *Julio y Josefa Piacentini.*

—

San José. — A Enriqueta Latorre de Costa y familia. — Montevideo. — En este momento acabamos de saber la pérdida del doctor Costa, sinceramente impresionados lamentamos no estar en esa para acompañarlas en este triste momento. — *A. Suárez Pérez y Señora.*

—

Salto. — A Enriqueta L. de Costa y familia. — Montevideo. — Presento mi más sentida condolencia por la horrible desgracia que la aflije de la que recien tengo conocimiento. — *Consuelo M. de Castro y familia.*

—

A Angel G. Costa. — Legación Oriental. — Buenos Aires. — Reciba mi más sentido pésame. — No se extingue un talento genial sin conmover hondamente el corazón de sus compatriotas y más el mío que conserva vivo el recuerdo de nuestras estrechas amistades juveniles. — *Gonzalo Ramírez.*

—

A Angel G. Costa. — Montevideo. — Lamento sensible desgracia expresándote mis condolencias. — Anoche estuve casa de tu cuñado Carril y hoy me haré un deber en acompañar los restos de tu inolvidable padre hasta la dársena. — *E. Risso Herrera.*

—

Buenos Aires. — A Familia del doctor Costa. — Montevideo. — Mi más sentido pésame. — *Julio Pelletán.*

—

Buenos Aires. — A Enriqueta L. de Costa — Montevideo — Presento á usted mi más sentida condolencia por la irreparable pérdida que han experimentado en su hogar la patria y el cariño de los que fuimos sus sinceros amigos. — Haremos aquí lo que nos sea po-

sible para honrar su memoria y pido á Dios conceda á Vds. la posible resignación en tan aciagos momentos, mi familia hace también á Vds. su pésame.—*Ernesto Frías.*

—

Buenos Aires.—A Enrique Lemos.—Montevideo.—Ruégole deposite una corona en la tumba del doctor Angel Floro Costa en nombre de la familia del general Mitre y haga presente á la familia del doctor Costa esta ofrenda de condolencia y simpatía.—*Emilio Mitre.*

—

Buenos Aires.—A Angel G. Costa.—Montevideo.—Te acompaño en tu justo dolor.—*Manuel Balparda.*

—

Buenos Aires.—A Enriqueta L. de Costa.—Montevideo.—Todos aquí la recordamos con cariño y le enviamos nuestra más afectuosa palabra de consuelo.—*Fermina P. de Madero.*

—

Buenos Aires.—A Enriqueta L. de Costa y familia.—Montevideo.—Vidal y Tuly envían su sentido pésame.

—

Buenos Aires.—A Angel G. Costa.—Montevideo.—Reciba y participe familia pésame de su amigo.—*Enrique Delucchi.*

—

Santiago de Chile.—A Ramos Montero.—Montevideo.—Con Nievecitas enviamoste pésame sincero pérdida inesperada de ilustre doctor Costa que llora Sud-América.—Trasmite á familia que estos amigos deploran inesperada desgracia—abrázate.—*Dionisio.*

—

Buenos Aires.—A Enriqueta L. de Costa.—Montevideo.—Con profunda pena envíamosle sincero pésame.—*Cármen y Marcos L. Agrelo.*

—

San Fructuoso.—A Angel G. Costa.—Montevideo.—Recibe con sentidas condolencias por pérdida irreparable—un abrazo afectuoso de tu amigo.—*Emilio A. Berro.*

—

Concordia.—A Enriqueta L. de Costa y familia.—Montevideo.—Reciban Vds. nuestro más sentido pésame.—*Guillerma S. de Gómez.*

—

Buenos Aires—Viuda de Angel Floro Costa y familia.—Montevideo.—Siento profundamente su desgracia y lamento la pérdida del amigo.—*Doctor Francisco Ramírez.*

—

Pergamino.—A Martha Costa de Carril.—Buenos Aires.—Sentido pésame.—*Celina Victorica de Sierra.*

—

Córdoba.—A Alberto Raymond.—Buenos Aires.—Sírvase decir en mi nombre á la señora viuda y á todas las niñas de mi amigo el eximio publicista Angel Floro Costa, que les envío mi pésame por la

irreparable pérdida que sufren hoy por el fallecimiento del ilustrado jurisconsulto, su familia, su patria y las letras sud-americanas. Haga también presente á su mamá y á su hermanita que las acompaño en su justo pesar. — *José Rodríguez del Busto.*

—

Buenos Aires. — A José M. Comas. — Montevideo. — Presenta á Angel mi más sentida condolencia. Cariños. — *S. I. Agustini.*

—

Paraná. — A don Ramón C. Costa. — Montevideo. — Mi sentido pésame. — *Antonio Medina.*

—

Casupá.—A Angel G. Costa.—Montevideo.—Por telegrama Julio enterome fallecimiento tu pobre viejo. — Angel recibe mi más sentido pésame y hazlo extensivo á la familia. — Recibilo tarde sino estaría hoy contigo. — *J. R. Linares.*

—

Santa Fé. — A Alberto Raymond. — Buenos Aires. — Profundamente conmovido me asocio al dolor de la familia del ilustre extinto doctor Angel Floro Costa. — *Ingeniero E. Romanini.*

—

La Plata. — A Alberto Raymond. — Buenos Aires. — Ruégole presente familia sentido pésame por fallecimiento de mi amigo el eminente doctor Costa. — *Rodolfo Moreno.*

—

Salto. — Angel G. Costa. — Montevideo. — El amigo acompaña en su justo y acendrado dolor al hijo — lamenta el ciudadano el robusto talento que pierde el país — y el partidario llora los viejos que se van cuando el vacío es difícil sino imposible de llenar. — Resígnate. — *Joaquín Betbeder*, Jefe Político.

—

Salto.—A Andrés Carril y señora. — Montevideo. — Acabo de conocer infausta nueva, á usted y distinguida esposa el más sentido pésame. — *Consuelo M. de Castro y familia.*

—

Victoria.—A Andrés Carril y Señora. - Buenos Aires. - Nuestra condolencia en la desgracia que les aflije. — *Julio Arias y Señora.*

—

Pehuajó. — A Andrés Carril. — Buenos Aires. — Mi más sentido pésame por el fallecimiento de su distinguido padre político doctor Angel Floro Costa.—Su amigo. —*Juan Francisco Arias.*

—

Montevideo. — Andrés Carril y Martha Costa de Carril. — Yo y Juliana enviamos nuestros más sentidos pésames por tan grande dolor.—*Belfort.*

—

Montevideo.—A Andrés Carril y señora.—Buenos Aires.—Con el espíritu entristecido por la inmensa desgracia que importa para la Patria y la familia, la desaparición del doctor Costa, expresamos á

ustedes con nuestro profundo pesar el testimonio de nuestra afectuosa simpatía.

Rogamos hagan extensivos iguales sentimientos á Isabel, Beba y Alberto.—*Ramón V. Benzano y familia.*

—

Salto.—A Angel G. Costa.—Montevideo.—Afectado me asocio justísimos tributos que se rinden á la memoria de su querido señor padre y buen amigo mío; ese hombre que fué bueno, de talento excepcional universalmente reconocido, buen patriota y verdadero partidario—cuyo vacío será difícil de llenar dadas las notables cualidades que constituían su vida de hombre público.

Ruégole presente estos mis sentimientos á su señora madre y hermanas, á quienes hago votos por su tranquilidad.—*Manuel C. Jacottet.*

—

Pehuajó.—A Andrés Carril.—Buenos Aires.—Sentido pésame.—*Mariano Cané.*

Cartas

Doctor Enrique B. Moreno y señora, Carlos Füller, Edelmira Mitre de Rosende, Juan Carlos Blanco Sienra, Delia M. de Zavalla, doctor Federico Fleurquin, Enrique Moreno, Mario Zufriateguy, Alejandro M. de Vedia, Pedro Tesada, Enrique Ellauri, doctor Juan Pedro Castro, doctor Mateo Magariños Solsona, E. Lerena Joanicó, Arturo Brizuela, Alfonso Pacheco, Lucila G. de Gowland, Aida Gómez, Teresa S. de Sánchez, José María Martínez, Carlos Zavalla Zorrilla, Elisa Martínez, Julio Martínez, Marella y Blanc, Benito Pascual, Julio María Sosa, Panchita B. de Vaeza, María Iglesias, Francisco Tomas y Struch, Carlos C. Lacalle, Carolina C. de Blanc, Sara Cruz de Benítez, Colta Cruz, Federico J. Silva, Manuela de H. de Salterain, Julia S. de Montaña, Irineo Rebollo, F. A. Procacini, Pedro Oliveira, A. Medrano, Rosario Ruiz Díaz, Daniel Muñoz, señora Navajas de Etcheverry, Firmino da Silva Santos.

Tarjetas

Presidente de la República señor José Batlle y Ordoñez y señora, Presidente de la R. Argentina doctor José Figueroa Alcorta, José B. Comensoro y familia, Santiago Fabini, Rodolfo Favaro y señora, Pedro B. Castañeda y familia, Marcos Arredondo, Carolina L. de Argerich, José M. Cigorraga, Camilo Giucci y familia, doctor Ramón S. Mendoza y señora, Florencio Madero, Otto Müller, doctor Luis Piñeyro del Campo, Sara M. de Iturraspe, Jaime Herrera y familia, Alcira L. de Navajas, doctor Alberto Nin y familia, Nereo Pérez Montero y familia, señoritas de Rubio, doctor E. Conlazo Zava-

lía y señora, Mr. Charles H. Webster, Mme. Volny Labaure y señoritas, Federico Hamilton y familia, Walter Harley y señora, Remigio Castellanos, doctor Saturnino Camp, Alvaro Barros y señora, Leopoldo del Campo, doctor Martín Aguirre, Cárlos Casares, doctor Eduardo Acevedo Díaz, Paula S. de Cruz y señoritas, Margarita L. de Francastel, José García Conde, Luis Gowland y familia, Ercilia C. de Iglesias, Alberto Ibarra, doctor Enrique Lussich, doctor Luis Melian Lafinur y señora, señoritas de Melian Lafinur, Vicente Iglesias, Angela Magariños, Cárlos De la María y señora, G. Gandolfo, Abelardo Cigorraga, Enrique Castañeda, doctor Alejo Arocena y señora, Eduardo Muró, C. M. Mañé, T. E. Giribaldi, coronel V. Echeverry y señora, Juan R. Gómez, Juan C. Alvarez, doctor Benigno Andrade Jardim, Anselmo Pedro Gómez, general Simón Martínez y familia, Juan A. Marquez, Ernesto G. García y familia, González Dumas, Abdón G. García, doctor Carlos A. Fein y señora, señoritas de Fuentes, Francisco Corbacho, Carlos Albin, Miguel A. Favaro y señora, Juan N. de Fearon, Angela L. de Areta, Emilio Avila Avegno, Cesar Anavitarte, Vte. et Vtesse, Castillon de St. Victor Ctesse Castillon St. Victor y señorita, José Miguel Costa, Enrique M. Antuña, Amaro Burgos y Moran, Julio Cánega y señora, Rafaela, B. de Arrien y señorita, Pablo Bonavia y señora, Miguel Gallardo, Cesarea González, Camilo de los Heros y señora, doctor Matías Alonso Criado y señora, doctor Luis Alberto de Herrera, Alberto del Campo, Juan Carlos Amadeo, Eloisa M. de Castellanos y señoritas, Juan Giribaldi Heguy, teniente coronel Ramón R. García, doctor Francisco Alcobendas, Julio Araucho y señora, Enrique Berhonet y señora, María Bordenave, Adolfo Alsina, Pedro E. Agustoni, Federico Britos del Pino, señoritas de Britos del Pino, M. Sasso, Artigas Servetti, coronel Manuel A. Silva, Alberto M. Velazco, Eduardo V. Conde, Juana Garviso, Luis Ponce de León, doctor Adolfo del Campo, Solana R. de Gonzalez, doctor Agustín Cardoso y señora, doctor Alfredo Parasí, Martín Carricaburo, doctor S. Pelazo, Jaime Castells Carafí y señora, Jaime Castells y señora, doctor José T. Piaggio y señora, Juan J. Cabrera, Alfonso Pacheco y señora, Esteban de la Chá, Juan P. Díaz y señora, Olivia M. de Dupont y señoritas, Manuel Escuder, Pedro Etcheverry, Eduardo J. Echart, José D. Evia, Camila F. de Estrazulas, Julio Freire, Aquiles L. Favaro, Miguel A. Flangini, Edmundo Favaro, Carlos Forteza y señora, Conrado Ferber, Carlos Füller, Pedro G. González, Ernesto García Parssons, Rodolfo Hoffman y señora, Luis Labadíe y señora, A. Larramendi Mongrell, Manuel Lessa y familia, José R. Linares, Luciano Micheli, Salvador Mezquita, Pedro Lastarria, coronel A. Musto Fernández, Lorenzo Rinaldi, Luis A. Molvi, Juan P. Moratorio y señora, Miguel A. Livingston, señoritas de Lagomarsino, Antonio López Calvete, Juan de León, Alejandro Martínez Bresque y señora, Juan Christophersen, doctor Francisco M. Castro y familia, Alfredo Malvar, Santiago Agustini, Juan Bacigalupe y señora, doctor Bellouard, Alfredo Bravo, Tomasa S. de Giave y señorita

Juan Pablo Córdoba, Fred. A. Christie, W. J. Corrales, Emilio B. Godoy, Daniel Diez (hijo), Paulino Escobar y señora, Agustín Drago y señora, Carlos Fariní y señora, Exequiel Dudignac y señora, Agustín S. Degregory y señora, José Enrique Febre, Josefina R. de Lara, Juan María Lavignolla, Rodolfo Laas, Dolores E. de Marenco, Mercedes Mascayano, Emilio B. Morales, Rafael Palomeque y señora, Cruz Victorica de Paz, José Padilla, Eduardo R. Pallette, Mariano Requena, Hermán Thode, Julio C. Sánchez, María Sacarelo, Emérico Stengel, Antonio Sala, José V. Victorica, Charles H. Webster, Dionisio Aradas y familia, Hipólito Barbagelata, Eduardo Aguiar, Laureano B. Brito y señora, Josefina Acevedo, Dionisio Aradas (hijo), Boaventura R. de Azevedo y familia, Ricardo Crocker y señora, Emilia G. de Correa, Luis P. Capurro, Luis Casella, Francisco Diehl, doctor Alfredo Arocena, María C. de Buero, María Vaeza de Busto, Juan B. Brown y familia, Juan Casarino y familia, Carlos H. Crocker, Eduardo Flores y señorita, Román Freire, doctor Lindoro Forteza y familia, doctor Ildefonso García Acevedo, A. González Roca, coronel Antonio González, Roque García y Santos, señoritas de García Acevedo, Manuela Q. de Herrera, doctor Juan L. Héguy y señora, doctor Manuel Herrero y Espinosa, José B. Iglesias y señora, doctor Felipe Iglesias, Alfredo Lacusse, doctor Juan F. Lacoste, Concepción R. de Roca, Damián Vivas Cerantes, Ramón Villarnobo y señoritas, Luis Rodríguez de la Torre y señora, Conrado Rucker, María y Martina Reyes, Tomasa R. de Silveira, Leopoldo Storace, Juan José Sosa Díaz, Antonio Rodríguez, Juan Soiza y señora' Carolina Vidal, Victor Sasso, Alfredo Scarone, Ricardo Scarone, Enrique A. Romanini, José Robelo y familia, Aurelio Rodríguez, Carlos Rogberg y señora, Carlos Saavedra Barrozo, Elena Llambí de Sala, Arturo Richard, doctor German Roosen y señora, Alberto Susviela y señora, Julio María Sosa, Roberto Sabbia y familia, doctor Julián Saráchaga, Alejo Rosell y Rius y señora, Carlos Rowley Solsona y familia, José María Ruiz, Teodoro M. Pereyra, Paulina M. de Pintos, José V. Pérez y señora, José Pareja y familia, Ignacio J. Pérez y familia, Alejandro M. Pagola, Lucio Piñeiro del Campo y señora, Antenor Pereyra, Victorio Peirano, Antonio María Pittaluga, Nereo Pérez Montero, doctor Luis Piera y familia, Matilde E. de Platero, Mariano Pérez Carta, Jorge Perey y señora, Eduardo H. Piaggio y señora, Corina C. de Ponte señoritas, Guillermo de Pró, Carlos de la Peña, Nicanor Palacios Costa, Andrés Otero Mendoza, Héctor G. Lacueva, Pedro Pradel, Oscar Hordeñana, Rufino Gurmendez y señora, Julio Pelletan, Ramón Carafi, Antonio R. Benvenuto, Adela Barros, Rodolfo de Arteaga y familia, Santiago Garavagno, doctor Eduardo Acevedo y señora, Cárlos E. Ceppi, doctor Cárlos Gómez Palacios, Luis Godoy, Manuel Illa y señora, Faustina C. de Illa y señoritas, Emilio Ferri, Eugenio Winterhalter, Eduardo E. Wilde, Blas Vidal y señora, Guillermo Hill y señora, Andrés Folle Illa, Justino Fernández, María Josefa Muñoz de Correa y señoritas, Pedro Cedrés, Florentino Alciature, Florencio Alvariza y señora, José S. Braga, Dario Beccar, Fe-

derico Caballero, Antonio Cigorraga, Amaro Carve, Francesco Roberti di Castelvero, Amelia M. de Fresnedo, doctor Alfredo Furriol, Aniceto Graceras, doctor José M. Gutiérrez, Eduardo Iglesias, Alberto Liendo, Josefina R. de Lara, Alberto Lacordelle, Enrique Muñoz, Salustiano Magariños, Angela y María Luisa Mezquita, Florencio Michaelson y señora, Luis E. Piñeiro y señora, coronel Luis Queirolo, doctor José Romeu y familia, señoritas de Spikerman, señoritas Suffern Arteaga, doctor Ricardo Usher Blanco, Uguccioni hermanos, doctor Luis de Vila, Cárlos de la Vega, Pablo Zufriateguy y familia, Manuela Torres, Alfredo Tallaferro, Flora W. de Shaw, Julia C. de Sacarelo, Juan Sardá y familia, Horacio B. Silveira, Alberto M. Pitaluga, Luis Posadas y señora, Alfredo Acosta y Lara, Juan C. Alvarez, Juan Mier, Alejandro Mora Magariños, Mariano Orgueira, doctor Manuel Otero, Cristoforo Oreggia y señora, Juan J. Barros, María L. de Beherens, José L. Fialho, Julio B. Figueroa, Adolfo Fabregat, María Buela, Ana Correa de Fernández, doctor Arturo Lerena y señora, Máximo Butta, Carlos García Acevedo, Juan D. Lanza (hijo), Arturo Gómez Folle y señora, Oscar Fischer y señora, María Illa de Frías y señoritas, Enrique Gradín y señora, Julio Liendo, doctor Domingo González y señora, doctor Andrés Lerena y señora, Miguel J. Díaz Ferreira, Emma Castel Castellanos, Mariano Boneo (hijo), Antonio E. Barbagelata, Enriqueta Bazatta y Vedia, doctor Ramón López Lomba, Aurelia S. de Liendo y señorita, señoritas Lussich Nin, Salvador Leone, César J. Martinelli y señora, Luis J. Buela, Laureana Mendez Usher y señoritas, Joaquín Montaña y señora, Manuel Onetti y señora, doctor Ezequiel E. Pérez y señora, Sofía Olivieri, Augusto Q. Nery y señora, Contralmirante Atilio S. Barilari, Silveira N. de Nin, Enrique G. Nalé, Federico Nin Aguilar, Carlos Mac-Lenan, Arturo M. Méndez, Juan R. Albistur y familia, Trinidad R. Albistur y señorita, Margarita Brunel, doctor Carlos T. Becu, Armando A. Favaro, doctor Alejandro Guesalaga y familia, Angel Guerra, doctor José Luis Murature, Juan B. Molina y señora, doctor Fructuoso Pittaluga y señora, Eduardo de la Peña, Camila T. de Rosati y señoritas, Margarita Ruete, Arturo Wilson y señora, Beltrán Zavalla y familia, Eulogio S. Belgrano, Colombo Fronc Calvi, María Josefina Gómez, doctor Arturo Garabelli y señora, Conrado González Barbot y señora, Carmen P. de Cabezudo y señorita, Federico Paullier y familia, Manuel Martínez Saiz, Ricardo Iturriaga, Tomás W. Howard y familia, señoritas de Larravide, Emilio B. Morales, Fermín C. Yéregui, Augusto Ximeno, Eduardo Weisell, F. Villegas Zúñiga y señora, doctor Alfredo Vázquez Acevedo y familia, Juan J. Zalduondo, Eduardo M. Saez y señora, F. Requena y García, Emelina Quiroga, doctor Norberto Quirno Costa, Edelmira H. de Perdriel, señoritas Pillado Matheu, Agustín Piera y señora, Felipe P. de Martínez de Hoz, Francisco J. Muñoz, Enrique Iriarte y señorita, Francisco L. García y señora, general Eduardo Vázquez, doctor Duvimioso Terra, doctor Juan Torrent, doctor Sienra Carranza, guardiamarina G. Surdi, doctor Carlos M. Rivie-

ri, doctor Abel J. Pérez y señora, doctor Celestino Pera, Enrique Piñeirua, Aurelio Rucker, doctor Federico de Velazco, Alvaro Varzi, Hector G. Peña, ministro de los Estados Unidos general Eduardo O'Brien, ministro de los Estados Unidos del Brasil doctor Francisco Xavier da Cunha y señora, Carlos B. Mayer y señora, doctor José Pedro Massera, Mercedes M. de Massera, señoritas de Portillo, Adolfo Pareja y señora, José María Videla, señoritas Varzi de la Sierra, Frank Livingston y señora, Ana A. de Leone, Federico R. Vidiella y señora, doctor Jacobo A. Varela, Mario Livingston, Teodoro Lorenzent, doctor Juan A. Golfarini, Claudelina M. de Gutiérrez, Pascual Costa, Adolfo P. Carranza, José M. Braceras, Alberto Nin Reyes, Julio C. Navia y señoritas, Arturo R. Brown y señora, José R. Mendoza, doctor Justo J. Mendoza, H. Gómez Lombardini, doctor Alberto García Lagos, doctor Adolfo Decoud y señora, Jorge Drago Mitre, Eduado Castel Castellanos, Adolfo Banchero, Francisco Barbagelata, teniente Arturo Molinari y señora, señoritas de Nin Lavalleja, Delia y Emilia Posse, Alberto L. Picasso, Fernando Pou y familia, Juan J. Brito, Abraham F. de la Bandera, Antonio C. Braga, José R. Barbot y familia, Emma y María S. Peralta, Juan A. Palma, coronel Atilio P. Pigurina, doctor Cárlos M. de Pena y familia, Antonio Bachini, José Barboza Terra, Amadeo C. Marengo, Ricardo R. Montaña, Carlos Peixoto de Abreu Lima y familia, Ernesto Piñeyrúa, María Teresa Pombo, José A. Palma, Félix Buxareo Oribe y señora, doctor Martín Berinduague (hijo), Erneste Beherens y señora, Irineo Rebollo Paz, Eduardo M. Alvarez y señora, María Bataglini, Rosa S. de Chapuy, Francisco Artigas y señora, Juana B. de Alvarez, Dolores C. de Brizuela, y señoritas, Valentina D. Bonilla, Manuel Bernardez, Juan P. Bonasso y familia, Cárlos Barros Conde, Antonio Spezel, Dolores Escola, Corina B. de Caprario, Alfredo Chiodi, Malvina V. de Castro, Dolores de Castro, Adolfo Carranza Acosta, Carlota S. de Caubarrére, Fernando Bustamante, L. Cardosc Carvalho, Ana M. de Fernández y señoritas, doctor Enrique Figari, Valentina J. de Penco, María M. Rosati de Ros, Martín Reyes y señora, Alfredo Rovira Urioste, Diego Violante, Constancio C. Vigil, coronel Zenón de Tezanos y familia, doctor Arturo Terra, José M. Sánchez, Eugenio A. de Sacarelo y señorita, C Speron, Ramona M. de Sosa, O. Solé Rodríguez, Santiago S. Silva, A, Rivero, Cristina J. de Prims, T. Sabá Hernández, Daniel Hamiltón y señora, A. Guerra Stewart, Margarita S. de Guerra y señorita, Pedro Hauris, Eduardo Livingston, Juan Lüdeke, Manuel Muñoz y Maines y familia, Mercedes T. de Montaña, Julio Muró, Tristan Navajas, Eugenio Negro, Julio Echebarne, Luisa Echebarne, Olivia Cassaffouth, Atilio C. Brignole y señora, María Buela, doctor Saturnino Alvarez, Elena A. de Balparda y familia, Alfredo Bastos y señora, Matilde O. de Cadenas y señoritas, doctor Juan Carlos Blanco y señora, Lorenzo Barbagelata y señora, Horacio Castellanos y señora, Victoriano E. Montes, Ricardo Mayol y señora, Alberto Calamet y señora, coronel José Luis Gómez, Julio Lamarque, Abdón Arosteguy, Luis G. Balcarce, José Pedro Carve, Sofia S. de Fon-

tan, y señoritas, Evaristo Diez Ocampo, Carlos S. Davies y señora, Servanda Gómez de Bertonnet, doctor Jacinto De León y familia, Domingo F. Alvarado, Luis Demarchi, Juan Burlo, Jorge M. Amarillo, José de Francesco, Leopoldo A. Dorés, Manuel Alonso Criado, teniente coronel Saturnino de Martínez, doctor Alberto Marquez y señora, Carlos Farini, señoritas Gorlero Burzaco, Joaquín Ramos, Trajano Regalia y señora, Francisco E. Freijó, Adela G. de Fynn, Manuel Rovira Urioste y señora, señoritas de Rache, Christian Altgelt, y señora, Carlos Anavitarte, Alfredo Nebel, Alberto Ruora, José Antonio Nicolich y familia, José A. Nicolich (hijo), Carolina Zumarán de Sienra, Manuel Silva Bastos, Francisco Saiz Rozas, Adelina y Dolores de la Torre, doctor Francisco Azarola y Azanza y señora, Carlos de Tezanos, doctor Luis Varela señora, Miss Aire, Bernardino Ayala y señora, Concepción Camusso, Leopoldo Díaz, Santiago Aguiar y Mello y señora Santiago Arteaga, Eugenio J. Abella, Alfredo Castells, doctor J. F. Canessa, Lorenzo Marrorena, Martin J. Mirazo, Goya Z. de Mac-Lennan, Camilo P. Alvarez, Ricardo J. Reissig, Elías Rojo, Leopoldo Scotti, José Shaw y señora, Eduardo E. Shaw y señora, Julio Schnitzphan y señora, Pedro Pagola Rinaldi, Marcial E. Rapela, Natalio Roldán, Francisco S. Capurro, Gustavo Casal Carranza, Alberto Castel Ramos, Emilio Cerdán, Julio Pablo Rodríguez de la Torre y señorita, S. E. Ramela, Carlos de Rocha, Adolfo Saldías, José Scheuzer, Santiago F. Silva, Juan J. Sierra, Juan J. Sambucetti, Luis Sambucetti (padre), Micaela B. de Triaca y señoritas, general Benjamín Victorica, Rosario Ocampo de Vaeza, José Serrato y señora, Julio C. Sánchez, Julio Sierra, Eduardo Reilly y familia, Adolfo Richard, señoritas de Rubio, Inés Rodríguez Uhagón, Ubaldo Sivori y señora, Ricardo de Segundo, doctor Antonio María Rodríguez, doctor Gregorio Rodríguez, Federico G. Sacarelo y señora, Ricardo Susviela Guarch, Francisco Saez y familia, Abraham Rodríguez y señora, Laurentino Sienra Carranza, María F. de Villamil, Aurora O. de la Vega y señoritas, Luis G. Viale, Fernando Vasquez, Carlos Servetti, Cárlos M. Ceballos, Zelmira S. de Ceballos y señorita, Enrique Ruíz Caffera y familia, Mariano Carvalho Cáos, Pedro Codoni, Ildara Carranza, Adelina S. de Crociniani, Guillermo Pérez, Alberto Puig y señora, Francisco A. Maciel, doctor José M. Cantón, Solano Torres Cabrera y familia, Ernesto Colestro, doctor Martín Suárez y señora, Juan G. Spangenberg y familia, doctor Dardo Rocha, Ignacio M. Soria y señora, Joaquín Soria y señora, Carolina de Soria, Luis J. Vincent, Adolfo Vaeza Ocampo y señora, Pastor Victoríca; Alejandro M de Vedia, Pedro C. Torraseli, Joaquín Tagle Castro y señora, Bartolomé Sacarelo y señora, Carlos Boader Siegrist y señora Elena Sánchez, doctor Antonio A. Serratosa y señoritas, señoritas de Rebollo Paz, Rosa P. de Richling, Víctor Dieulafat, doctor Pablo De María y familia, Deidamia B. de Conrado, Antonio Cúneo y señora, Ramón Céspedes, Juan S. Coutinho, Alejandro Ceballos, Juan S. Cervente, Luis R. Sundberg, Mariana Viale, Alberto Vaeza Ocampo, José Vi-

llamil y Casas, Juan Victorica y familia, doctor Carlos de Castro y señora, César Caprile y familia, Juan A. Capurro.

Coronas

Legación y Consulado del Uruguay, familia del general Mitre Eduardo E. Shaw y señora, Batallón 2.° de Cazadores, Margarita y Hortensia de Salterain, Lelia y Elina Silva Blanco, Sofía C. de Füller, Rafael Howard y Arrien y señora, Pantaleón Pérez Gomar, Ernesto Frías.